



# **La Fiebre del heno**

Stanislaw Lem

**Editorial Bruguera, S. A.**  
**BARCELONA . BOGOTÁ . BUENOS AIRES . CARACAS . MÉXICO.**

Titulo original: KATAR

Edición en lengua original

© **Stanislaw Lem - 1976**

© **Carlo Frabetti - 1978**

Presentación

© **Pilar Giralt Gorina - 1978**

Traducción

© **Jadwiga Maurizio - 1978**

Revisión

Cubierta: Diseño y realización, SCEVOLA - 1978

(Ilustración: Paul Lehr-Thomas Schliic)

La presente edición es propiedad de  
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

1." edición: octubre, 1978

Impreso en España

Printed in Spain

ISBN 84-02-06011-0

Depósito legal: B. 31.440 - 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de  
EDITORIAL BRUGUERA, S. A,  
Carretera Nacional 152, Km 21,650  
Parets del Valles - Barcelona - 1978

## PRESENTACIÓN

### Ni el azar ni la necesidad

*Como en el caso de La investigación (Nova, 13), con La fiebre del heno se plantea un difícil problema de clasificación. ¿Es realmente una novela de ciencia ficción? ¿O se trata más bien de una novela policiaca que incorpora algunas extrapolaciones científicas?*

*La narrativa de Lem es una narrativa del conocimiento, en el mismo sentido en que la poesía de Valéry es una poesía del conocimiento: más que el tema, más que la intriga, lo importante es la reflexión gnoseológica implícita. Más que lo descrito interesa el hecho mismo de describir, la meditación sobre la forma de interpretar, ordenar y transmitir lo descriptible.*

*Lem se ha ganado por derecho propio un puesto entre esos inquietantes autores que nos obligan a enfrentarnos con la fragilidad de los presupuestos de nuestra cultura —más aún, de nuestra pretendida lógica, de nuestro seudorracionalismo—. Kafka, Lewis Carroll, Lovecraft, Swift... Cada uno a su manera, nos recuerdan que la aparente solidez de nuestros montajes no es mayor que la de un decorado de cartón piedra. Y Lem hace lo propio de una forma directamente entroncada con la nueva filosofía de la ciencia, como corresponde a una época en que los científicos han tocado el fondo de unas bases filosóficas insuficientes y empiezan a escarbar en él.*

*Se puede decir que La fiebre del heno es en cierto modo una novela complementaria de La investigación: la primera es al azar lo que la segunda es a la necesidad. Si en La investigación se impugna un concepto demasiado rígido —mecánico— de causalidad, en La fiebre del heno es la casualidad lo que se presta a una profunda e inquietante reflexión, en el marco de una absorbente intriga policiaca desarrollada con la pericia de un maestro del género.*

*Ahora ya es más fácil contestar a la pregunta planteada al principio: temáticamente, se podría definir La fiebre del heno como una novela policiaca con extrapolaciones científicas; pero por su método e intención, por el tipo y la hondura de sus reflexiones, admite plenamente la designación «fantasía especulativa» que algunos prefieren a la ambigua fórmula «ciencia ficción».*

*Claro que estas elucubraciones clasificatorias no tienen demasiado sentido, como no sea el de justificar la inclusión de la novela en una colección de ciencia ficción: la obra de Lem —y me refiero a su obra en general, no sólo a esta novela— escapa a la clasificación. Y no podría ser de otra manera, ya que precisamente impugna los criterios de ordenación y etiquetado de un racionalismo esclerótico, cuya encorsetada metodología se parece más bien a una burocracia del conocimiento.*

CARLO FRABETTI

## NAPOLIS-ROMA

El último día me pareció más largo que ninguno. No por inquietud; no sentía ningún temor, y no existía motivo para sentirlo. Tenía continuamente la impresión de estar solo en medio del tumulto de voces. Nadie se fijaba en mí. No advertí a mis guardaespaldas; además, no los conocía en absoluto. Y como no creía que pudiera recaer sobre mí una maldición porque dormía con el pijama de Adams, me afeitaba con su maquinilla y paseaba por la bahía en pos de sus huellas, tendría que haber sentido alivio al pensar que al día siguiente podría despojarme de mi falsa piel. Tampoco esperaba ninguna emboscada por el camino, ya que a él no le habían tocado ni un pelo en la autopista. Y la única noche que pasaría en Roma, estaría bajo una vigilancia especial. Me dije a mí mismo que ahora sólo deseaba ver terminada cuanto antes esta acción, ya que había resultado infructuosa. Me dije muchas cosas sensatas, y pese a ello no dejaba de apartarme del orden del día.

Después del baño debía regresar al Vesubio alrededor de las tres, pero a las dos y veinte ya me encontraba en las cercanías del hotel, como si algo me empujara con fuerza hacia allí. En mi habitación no podía ocurrir nada, así que enfilé lentamente la calle. Conocía de memoria este barrio. En la esquina había una barbería, y después un estanco y una agencia de viajes, y detrás estaba el aparcamiento del hotel, metido en el interior de la manzana. Cuando se salía del hotel y se dirigía una calle arriba, se pasaba por delante de un guarnicionero en cuya tienda Adams se había hecho coser el asa de la maleta, y un poco más allá había un pequeño cine de sesión continua. La primera noche estuve a punto de entrar porque los globos rosados del cartel se me antojaron planetas. No me percaté de mi error hasta que llegué a la taquilla: se trataba de un gigantesco trasero. Ahora, bajo el calor asfixiante, corrí hasta la tienda de la esquina, donde vendían almendras garapiñadas, y en seguida volví sobre mis pasos. Ya no quedaban castañas del año anterior. Después de contemplar las pipas, entré en un estanco y compré un paquete de «Kool», a pesar de que no suelo fumar cigarrillos mentolados. Los altavoces del cine emitían gemidos y estertores como los de un matadero. El vendedor de almendras empujó su carretilla bajo la sombra de la marquesina del hotel Vesubio. Tal vez fuera un hotel elegante en su día, pero la vecindad era testigo de su creciente decadencia. El vestíbulo estaba casi vacío. El ascensor me pareció más fresco que mi habitación. Hacer el equipaje con este calor significaba sudar por todos los poros, y entonces los sensores no se adherían al cuerpo, por lo que hice la maleta en el cuarto de baño, que en este hotel antiguo era casi tan grande como el dormitorio. En el cuarto de baño hacía el mismo bochorno, pero tenía el suelo de mármol. Me duché en la bañera, que descansaba sobre unas zarpas de león, me sequé sólo superficialmente y empecé a llenar la maleta, descalzo, para sentir al menos un poco de frescor. En el neceser toqué un bulto duro y pesado. El revólver. Ya no me acordaba de él, y me habría gustado ocultarlo debajo de la bañera. Lo puse en el fondo de la maleta, bajo unas camisas, me froté cuidadosamente el pecho con una toalla seca y me situé ante el espejo para colocarme los sensores. Antes tenía siempre las marcas de la presión, pero ya habían desaparecido. Para el primer electrodo, busqué entre las costillas el lugar donde latía el corazón. El segundo, encima de la clavícula, no quería adherirse. Me froté una vez más y apreté bien el parche por ambos lados, con objeto de que el sensor no sobresaliera de la clavícula. Carecía de práctica en ello, ya que anteriormente no tenía que hacerlo solo. Camisa, pantalones, tirantes. Usaba tirantes desde mi regreso a la Tierra; resultaban muy cómodos. Así no hay que tirar continuamente de la cintura por temor de que resbalen los pantalones. En el espacio la ropa no pesa nada, y cuando uno vuelve, tiene siempre este «reflejo de pantalones caídos».

Estaba dispuesto. Tenía todo el plan en la cabeza. Tres cuartos de hora para comer, pagar y devolver la llave, media hora hasta la autopista a causa del tráfico de la hora punta, diez minutos de reserva. Miré en los armarios, puse las maletas junto a la puerta, me lavé la cara para refrescarla, comprobé ante el espejo si se veían los sensores, y bajé en el ascensor. En el restaurante había muchísima gente. El sudoroso camarero me sirvió un vaso de chianti y yo le pedí un plato de pasta verde y café para el termo. Casi había terminado de comer y ya consultaba el reloj, cuando el altavoz retumbó: «¡Llaman por teléfono al señor Adams!» Sentí que se me erizaban los pelos de la mano. ¿Qué hacer, ir o no ir? Un hombre gordo con una camisa chillona se levantó de una mesa junto a la ventana y se dirigió a la cabina. Otro Adams. ¡Como si Adams fuese un nombre poco corriente! Tenía la certeza de que no ocurriría nada, pero estaba furioso conmigo mismo. Mi tranquilidad era fingida. Me sequé la grasa de la boca, tragué una de las amargas pildoras verdes con el resto del vino y fui a la recepción. El hotel alardeaba todavía de sus tapizados, estucos y terciopelos, pero del patio interior venía un tufo de cocina. Como un aristócrata que oliera a col.

Así fue la despedida. Salí detrás del portero, que llevaba mis maletas, al calor sofocante del exterior. El coche de Hertz esperaba con dos ruedas sobre la acera. Un «Hornet» negro como un coche fúnebre. No permití que el portero colocase el equipaje en el maletero porque allí podía estar oculto el transmisor, por lo que le despedí con una propina y subí al coche, que parecía un horno. En un instante quedé bañado en sudor. Busqué los guantes en el bolsillo, pero no me hacían falta, ya que el volante estaba forrado de piel. No había nada en el maletero; ¿dónde habrían metido el amplificador? Estaba en el suelo, bajo el asiento delantero, tapado con una revista abierta desde la que me sacaba su lengua brillante de saliva una rubia desnuda, de mirada fría. No emití ningún sonido, pero algo gimí en mi interior cuando maniobré para introducirme en el denso tráfico. Era una columna interminable de luces traseras pegadas unas a otras. Aunque estaba descansado, me sentía débil, un poco malhumorado y propenso a una risita tonta, quizá porque había comido un gran plato de macarrones, que no puedo soportar. Lo único malo de mi situación era que había ganado peso. En el cruce siguiente puse en marcha el ventilador; el ardiente hedor de los gases de los tubos de escape me llenó la nariz. Cerré el ventilador. Según la costumbre italiana, los coches se empujaban unos a otros. Un desvío. En el espejo retrovisor, sólo radiadores y techos de coche. *La potente benzina italiana* emanaba a chorros dióxido de carbono. Yo iba detrás de un autobús y de sus gases malolientes. Unos niños tocados con idénticas gorras verdes me miraban boquiabiertos a través de la ventanilla posterior. Tenía el estómago revuelto, la cabeza me hervía, y sobre el corazón, el emisor me apretaba a cada giro del volante y rozaba el tirante izquierdo. Abrí un paquete de «Kleenex» y extendí los pañuelos sobre la caja del cambio de marchas, porque la nariz me hormigueaba como antes de una tormenta. Estornudé una vez, dos veces, y estaba tan ocupado con los estornudos que no me di cuenta de que Nápoles se había quedado atrás y desaparecido entre el azul de la costa.

Ahora conducía ya por la Autostrada del Sole. Aunque era todavía una hora punta, había muy poco tráfico. Me picaban los ojos, la nariz me goteaba, y encima tenía la boca reseca. Igual que si no hubiera tomado «Plimasin». Ahora lo que me convenía era un café, pese a que en el hotel había bebido dos capuchinos, pero por lo menos hasta Maddalena no podía permitirme ningún descanso para tomar café. El *Herald Tribune* no estaba tampoco esta vez en el

quiosco, a causa de una huelga. Entre un «Mercedes» y pequeños «Fiat» que despedían humo, conecté la radio. Las últimas noticias. Sólo entendía palabras sueltas: manifestantes... incendios... Un portavoz de la policía ha explicado que... El movimiento clandestino feminista anunciaba nuevas acciones... La locutora leyó con voz profunda la declaración de las terroristas, la condena del Papa, todo sin puntos ni comas, y también voces de la prensa. Movimiento clandestino de las mujeres... ¿A quién puede asombrarle ya? Nos han arrebatado la capacidad de asombro. ¿Qué quieren en realidad? ¿Hablan de la tiranía masculina? Yo no me sentía un tirano. Nadie se siente tirano. ¡Pobres *playboys!* ¿Qué les harán a ellos? ¿Acabarán también con el clero? Cerré la radio como si tapara un camión de basura.

Estar en Nápoles y no ver el Vesubio... Yo no lo había visto, a pesar de que tenía muy buenas relaciones con los volcanes. Mi padre siempre me contaba cosas de ellos antes de que me durmiera, hace casi medio siglo. «Ahora ya no, tú también eres un viejo», pensé, y me asomé tanto como si de pronto se me hubiera ocurrido que iba a convertirme en una vaca. Los volcanes eran algo sólido, que inspiraba confianza. La tierra se abre, brota un río de lava, las casas se derrumban..., todo esto se antoja evidente y maravilloso cuando se tienen cinco años. Estaba convencido de que por el cráter se podía bajar al interior de la tierra. Mi padre lo discutía. Fue una lástima que no siguiera viviendo; se habría alegrado por mí. Ah, la imponente quietud de los espacios infinitos, cuando se percibe el maravilloso sonido de los garfios que sujetan el vehículo espacial al módulo. En todo caso, mi carrera no fue larga. No resulté digno de Marte. Es probable que esto le hubiera afectado a él más que a mí. Pero entonces, ¿tendría que haber muerto después de mi primer vuelo? Planear su muerte de modo que cerrase los ojos creyendo todavía en mí... ¿Era esto cinismo o sólo una insensatez?

«¿Sería tan amable de atender un poco al tráfico?» Me introduje en un hueco, detrás de un «Lancia» psicodélico, y eché una ojeada al retrovisor. No había rastro del «Chrysler» de Hertz. En Marianella había visto brillar algo muy atrás, pero no pude reconocer el coche, que en seguida volvió a desaparecer. Este tramo monótono, atestado de ruedas en movimiento, me concedía a mí y sólo a mí el privilegio de conocer un secreto que me acechaba de forma incomprensible para cualquier policía del Viejo y el Nuevo Mundo. Yo era el único que llevaba en el coche un bote neumático, flotadores y raquetas de tenis, no para irme de vacaciones, sino para atraer hacia mí un ataque procedente de una dirección desconocida. De este modo trataba de distraerme artificialmente, pero en vano... hacía tiempo que la escapada había perdido todo atractivo para mí. Ya no cavilaba sobre el enigma de la mortal conspiración, sólo pensaba en si debía tomar otra tableta de «Plimasin», pues la nariz me goteaba sin cesar. Era igual dónde se ocultara el «Chrysler». Mi transmisor tenía un radio de acción de ciento setenta kilómetros... Mi abuela solía colgar en el tendedero bragas del mismo color de este «Lancia»...

A las cinco y veinte pisé con más fuerza el acelerador. Durante un rato conduje detrás de un «Volkswagen» en cuya parte trasera había pintados unos grandes ojos de cordero, que me miraban con ternura y reproche. El automóvil como revalorización del *yo*... Después me metí detrás del coche de un compatriota de Arizona en cuyo guardabarros había una pegatina con la inscripción: *Have a nice day*. Detrás y delante de mí se amontonaban sobre los coches canoas, esquís acuáticos, cestas, cañas de pescar, tablas de acuaplano, fardos de color naranja y frambuesa... Europa se disponía en serio a pasar *a nice day*. Las cinco y veinticinco minutos. Levanté por centésima vez la mano derecha y luego la izquierda y contemplé mis dedos extendidos. No temblaban. El mínimo temblor habría sido la primera señal de un peligro. Pero ¿podía fiarme de esto? Nadie

sabía nada. Si, por ejemplo, contenía un minuto la respiración, daría a Randy un susto mayúsculo. Vaya ocurrencia estúpida.

Un viaducto. Los guardacantones de cemento se estremecieron al paso del coche. Miré de reojo, como si quisiera robar el paisaje. Era maravillosa esta verde llanura, rodeada de montañas hasta el horizonte. Un «Ferrari», plano como una chinche, me adelantó por el carril izquierdo. De nuevo estallé en una salva de estornudos, como si lanzara maldiciones en serie. El cristal estaba cuajado de restos de mosquitos, los pantalones se me pegaban a las pantorrillas, el cromado de los limpiaparabrisas me dañaba los ojos. Me soné; el paquete de «Kleenex» se deslizó entre los asientos y las hojas crujían al viento que entraba por la ventanilla. ¿Quién puede describir una naturaleza muerta en el espacio? Cuando uno piensa que todo está bien sujeto, inmovilizado por imanes, pegado con esparadrapo, se organiza un verdadero maremágnum: flotan por doquier grandes cantidades de utensilios para escribir, las gafas circulan por el aire, extremos sueltos de los cables serpentean como lagartos, pero lo peor son las migajas. Cazar las galletas con el aspirador... ¿Y la caspa del cabello? Hay algo en estos afanosos paseos humanos por el cosmos sobre lo que se guarda silencio. Fueron niños los que primero preguntaron cómo se mea en la Luna...

Las montañas eran más altas, parecían marrones, serenas y graves, y en cierto modo, familiares. Una de las mejores partes de la Tierra. La carretera cambió de dirección, el sol se metió en el coche como un cuadrado, y también esto recordaba los mudos y majestuosos círculos de luces de la cabina. El día en plena noche, juntos los dos, como antes de la creación del mundo, y el sueño de volar convertido en realidad, y la confusión, la perplejidad del cuerpo, transformado en algo que no puede ser. Había oído conferencias sobre la enfermedad del aparato locomotor, pero yo tenía mis propias ideas a este respecto. No se trataba de un malestar corriente sino de una sublevación de los intestinos y el bazo; las visceras ignoraban qué les ocurría, y en lugar de portarse normalmente, se rebelaban. Su confusión me causaba un auténtico dolor. Mientras nuestra mente se deleitaba en el cosmos, nuestro cuerpo se sentía mal en él, y en seguida se cansaba. Lo habíamos llevado hasta allí, pero él estaba en contra... Es cierto que el entrenamiento hacía lo suyo. Se puede enseñar a un oso a montar en bicicleta, pero ¿ha sido el oso creado para ello? Sólo consigue hacer reír a la gente... Pero nosotros no nos dábamos por vencidos, con el tiempo la sangre no se agolpaba en la cabeza, los intestinos no se agarrotaban; pero sólo se trataba de un interludio, ya que finalmente hay que volver a la Tierra. Esta nos recibía como una prensa mortífera; enderezar las rodillas y los riñones era un desesperado acto de heroísmo, la cabeza se deslizaba de un lado a otro como una bola de plomo. Yo sabía que ocurriría esto, había visto a hombres atléticos que se avergonzaban porque no podían dar ni un solo paso, y yo mismo les había metido en la bañera para que el agua les librara momentáneamente del peso del cuerpo; pero, el diablo sabrá por qué, me imaginaba que a mí no me ocurriría.

El psicólogo barbudo afirmaba que sucedía lo mismo con todos. Y entonces, cuando uno ha vuelto a acostumbrarse a la fuerza de gravedad de la Tierra, la ausencia de gravedad del espacio es como un sueño por el que siempre se siente nostalgia. No servimos para el cosmos, y precisamente por eso jamás renunciaremos a él.

Un fulgor rojo me traspasó la pierna, anticipán-ose a mi conciencia. Pasó un segundo antes de que comprendiera que estaba frenando. Los neumáticos chirriaron sobre arroz desparramado. Los granos eran cada vez mayores, como granizo. No, cristal. La columna aminoró la marcha. El carril derecho estaba interceptado por un cordón de conos. Traté de encontrar un hueco entre el



hormiguero de coches. ¿Dónde? Sobre el campo se posaba lentamente un helicóptero amarillo; el polvo se amontonaba como harina bajo el fuselaje. Dos coches insertados el uno en el otro, con los radiadores destrozados. ¿Tan lejos de la carretera? ¿Y los ocupantes? De nuevo crujieron los cristales, pasamos como tortugas por delante de unos policías que agitaban los brazos: «¡Más de prisa, más de prisa!» Cascos de policía, ambulancias, camillas, las ruedas de uno de los vehículos girando en el aire, mientras el intermitente seguía emitiendo señales luminosas. La calzada despedía humo. ¿El asfalto? No, probablemente gasolina. La columna volvió al carril derecho; acelerar facilitaba la respiración. Se calculaban cuarenta muertos. Apareció un restaurante en un puente sobre la autopista; junto a él, en una gran gasolinera, los aparatos de soldadura lanzaban multitud de chispas. Eché una ojeada al cuentakilómetros. Cassino estaba cerca. En la curva siguiente mi nariz dejó de gotear repentinamente, como si la tableta de «Plimasin» no hubiera podido vencer a los macarrones hasta este momento.

La segunda curva. Me estremecí, porque me sentí objeto de una mirada que — ¿cómo era posible?— procedía del suelo, como si alguien estuviera echado en posición supina y me observase fijamente desde debajo del asiento. Era el sol, que brillaba sobre la revista e iluminaba a la rubia que me sacaba la lengua. Sin desviar la vista, me incliné y la puse del revés. «Para ser un astronauta, tiene usted demasiada vida interior», me dio a entender aquel psicólogo después de la prueba Rorschach. Yo le interrogué; quizá él también a mí. Expresó la opinión de que había dos clases de miedo, una más superficial, que procedía de la fantasía, y otra más profunda que venía de los intestinos. Es posible que con ello pretendiera sólo consolarme y convencerme de que era demasiado bueno para aquel trabajo...

El cielo cortaba y aplastaba las nubes, que se fundían en un blanco lechoso. Apareció la gasolinera y aminoré la marcha. Un anciano juvenil, de largos cabellos grises despeinados por el viento, me adelantó con un ronco sonido de fanfarria, como un Wotan senil. Fui hacia los surtidores y mientras me llenaban el tanque de gasolina, bebí todo el contenido del termo, endulzado con azúcar moreno. No me habían limpiado los cristales manchados de gasolina y sangre. Llevé el coche hasta la acera, bajé y me desperecé. Allí estaba el gran pabellón acristalado de las tiendas, donde Adams comprara una baraja de cartas, imitación de una baraja italiana de Tarot del siglo xviii o xix. Estaban ampliando la gasolinera, y en el lugar donde se levantarían los nuevos surtidores había una gran zanja rodeada de grava blanca sin apisonar. Las puertas de cristal se abrieron ante mí. Entré: un gran espacio vacío. ¿Siesta? No, ya había pasado la hora. Vi montones de policromas cajas de cartón y frutas artificiales. La blanca escalera mecánica que conducía al piso superior se puso en movimiento cuando me acerqué; describí un círculo en torno a ella y se detuvo. Me miré en un televisor próximo a las vitrinas, la imagen en blanco y negro temblaba bajo los reflejos del sol; me contemplé de perfil. ¿Estaba realmente tan pálido? No se veía un vendedor por ninguna parte. Sobre los mostradores se amontonaban recuerdos baratos, pilas de barajas, seguramente de la misma clase.

Busqué moneda suelta en el bolsillo mientras esperaba a un vendedor, y de improviso los neumáticos de un coche chirriaron sobre la grava. De un «Opel» blanco que frenó en seco bajó una joven que llevaba pantalones vaqueros; caminó hasta la acera y entró en el pabellón. Le di la espalda y la observé en el televisor. Se quedó inmóvil a una docena de pasos detrás de mí. Yo cogí del mostrador la imitación de un antiguo grabado en madera: el Vesubio en erupción sobre la bahía. También había postales con fotos de los frescos de Pompeya, que en su día escandalizaron a nuestros antepasados. La muchacha dio dos pasos en mi dirección, como si no estuviera segura de que yo fuese un vendedor. La

escalera se puso en movimiento; funcionaba con lentitud, y la muchacha, una delicada figurilla vestida con pantalones, se quedó donde estaba. Me volví para salir de allí. No tenía nada especial: un rostro inexpresivo, casi infantil, y una boca pequeña; pero el hecho de que me mirase sin verme, con los ojos muy abiertos, y de que rascara con la uña el cuello de su blusa blanca, me hizo acortar involuntariamente el paso cuando llegué hasta ella, y en aquel momento se cayó de pronto hacia atrás, sin proferir ningún sonido ni cambiar la expresión del rostro. Yo estaba tan poco preparado para esto que no tuve tiempo de sostenerla antes de que se desplomara; sólo conseguí amortiguar el golpe asiéndola por los brazos desnudos, como si quisiera, por deseo suyo, tenderla sobre el suelo.

Yacía como una muñeca. Desde fuera habrían podido pensar que me arrodillaba junto a una muñeca del escaparate, ya que a ambos lados de éste había maniqués vestidos con trajes napolitanos, y yo estaba en cuclillas detrás de ellos, inclinado sobre la joven. Le tanteé el pulso. Era débil, pero regular. Tendida así, se le veían las puntas de los dientes y el blanco de los ojos, como si durmiera con los párpados entreabiertos. A cien metros de allí los coches se detenían frente a los surtidores, se hacían llenar los tanques y se alejaban, levantando nubes de polvo blanco, en dirección al ruidoso tráfico de la Autostrada del Sole. Sólo había dos coches ante el pabellón, el mío y el de la muchacha.

Me incorporé lentamente y la contemplé una vez más. El brazo lánguido que acababa de soltar resbaló hacia el lado a un ritmo cansino. Al dejar al descubierto el vello claro de la axila, observé muy cerca de éste dos pequeñas marcas, un arañazo o un diminuto tatuaje. Una vez había visto algo similar en miembros de las SS hechos prisioneros, sus runas, pero esto sería seguramente un lunar vulgar y corriente. De improviso empezaron a temblarme las piernas y sentí el impulso de arrodillarme de nuevo, pero me contuve y me dirigí hasta la salida. La escalera mecánica se detuvo, como para subrayar que la escena había terminado. En el umbral me volví a mirar. Una montaña de globos de colores ocultaba a la muchacha, pero yo aún podía verla en la pantalla del televisor. La imagen fluctuó y tuve la impresión de que ella se había movido. Esperé dos o tres segundos. Nada. La puerta de cristal me dejó pasar, solícita. Salté sobre la zanja, subí al «Hornet» y di marcha atrás para observar la matrícula del «Opel». Era alemana. En el interior del coche, entre una gran diversidad de objetos, sobresalían unos palos de golf.

Cuando me hube incorporado de nuevo al tráfico, tenía suficientes motivos de preocupación. La historia se parecía a un silencioso ataque de epilepsia, un *petit mal*. Había casos así, sin convulsiones. Tal vez la chica sintió los primeros síntomas y por ello se detuvo, y cuando entró en el pabellón ya le fallaban los sentidos. De ahí la mirada ausente, como ciega, y el movimiento de insecto de los dedos que arañaban el cuello. Pero todo esto podía ser fingido. Por la carretera no me había fijado en el «Opel», aunque por otra parte tenía la cabeza llena de otras cosas y me había cruzado con muchos coches parecidos, blancos de línea angulosa. Repasé como a través de una lupa cada uno de los detalles que me habían llamado la atención. En el pabellón tendría que haber habido al menos dos o tres vendedores. ¿Y todos se habían ido a tomar una copa? Extraño. Aunque en la actualidad también esto es posible. Seguro que estaban en un café, porque sabían que a esta hora nadie entraba en el pabellón, y la muchacha se había refugiado en él porque prefería pasar lo que fuera sola a dar un espectáculo ante el empleado de los surtidores. Todo parecía muy natural, ¿verdad? ¿O no demasiado natural?

Ella estaba sola. ¿Quién viaja solo en semejante situación? Y suponiendo que hubiera vuelto en sí... yo no la habría acompañado hasta su coche. Habría

intentado persuadirla de que no continuara el viaje. Le habría aconsejado abandonar el «Opel» y subir a mi coche. Cualquiera persona hubiera procedido así, y por supuesto que yo también, de haber estado aquí como turista. Sentí una oleada de calor. Tendría que haberme quedado y dejado que me implicaran en la cuestión, suponiendo que quisieran implicarme. ¡Para esto me encontraba aquí! ¡Maldición! Traté de convencerme con más fuerza de que ella había perdido realmente el conocimiento, y sólo logré estar menos convencido. Y no era únicamente esto. No se deja desatendido un pabellón de tiendas, o mejor dicho, un supermercado. Por lo menos la cajera tendría que haber estado en su puesto. Y sin embargo, el lugar estaba vacío. Es verdad que el interior del pabellón era bien visible desde el pequeño café que había al otro lado de la zanja. Pero ¿quién podía saber que yo pasaría por aquí? Nadie. Fuera lo que fuese, el asunto no iba dirigido contra mí. ¿Qué era yo entonces? ¿Una víctima anónima? ¿Víctima de quién? Los vendedores, la cajera, la muchacha..., ¿todos envueltos en la misma conspiración? Era demasiado fantástico. Así pues, se trataba de un incidente casual, como muchos otros. Adams había llegado a Roma sano y salvo. Y solo. Pero ¿y los otros? De pronto volví a acordarme de los palos de golf del «Opel». ¡Dios Todopoderoso! Pero si unos palos como ésos...

Decidí sobreponerme, a pesar de la sensación de haber cometido un fallo. Como un actor mediocre, pero obstinado volví a entregarme a mi maldito papel. En la siguiente gasolinera pedí, sin bajar del coche, un neumático nuevo. Un hombre moreno y apuesto, que vestía un mono, echó una mirada a mis neumáticos. «Lleva usted ruedas sin cámara.» «¡Pero necesito una!» Pagué y miré hacia la autopista a fin de no perder al «Chrysler», pero no lo vi por ninguna parte. Quince kilómetros más allá cambié una rueda intacta por la de reserva. Lo hice porque también Adams lo había hecho. Cuando me puse en cuclillas delante del gato, el calor cayó sobre mí con toda su fuerza. El gato chirriaba, no estaba engrasado. Reactores invisibles surcaban el cielo sobre mi cabeza, y el retumbante eco me recordó la artillería de la marina que cubriera la cabeza de puente de Normandía. ¿Por qué se me ocurrió pensar en esto? Después estuve en Europa por segunda vez, pero como objeto de exhibición, y además de segunda clase, como reserva, y ya miembro casi ficticio del proyecto de Marte. Europa me presentó entonces su lado digno; la iba conociendo, si no mejor, al menos sin el oropel; las callejuelas que apestan a orina en Nápoles, sus repulsivas prostitutas, e incluso el hotel, que si bien alardeaba todavía de sus estrellas, se pudría poco a poco, rodeado de traficantes y con un cine porno en las inmediaciones, algo inconcebible poco tiempo antes en semejante lugar. Tal vez se trataba de otra cosa, tal vez tenían razón quienes afirmaban que Europa se descomponía desde arriba, desde la cabeza.

Las herramientas quemaban. Me limpié las manos con crema, las sequé con un «Kleenex» y subí al coche. Tardé mucho rato en poder abrir la botella de «Schweppes» que había comprado en la gasolinera; no encontraba el cortaplumas con el abridor, y cuando por fin bebí el amargo líquido me acordé de Randy, que ahora me oía beber desde algún lugar de la autopista. El sol había calentado el cabezal, y la piel de la nuca me ardía. En el horizonte el asfalto tenía un brillo metálico, y daba la impresión de ser un río. ¿Sería un trueno lo que acababa de oír? Sí, estaba tronando. También había podido oír el paso de los reactores, pero cualquier ruido más débil que un trueno cercano era sofocado por el continuo estrépito de la autopista. Ahora el trueno había sonado con más fuerza que el tráfico, traspasando un trozo de cielo que aún tenía nubes doradas; el oro se dirigía hacia las montañas, pero ya con un tono amarillo intenso.

Los indicadores ya anunciaban Frosinone. Por la espalda me resbalaban chorros de sudor, como si alguien me hiciera cosquillas entre los omoplatos con

una pluma, y la teatral tormenta amenazaba al estilo italiano: en lugar de descargar en serio, se limitaba a tronar sin una gota de lluvia. Sin embargo, al mismo tiempo se deslizaban sobre el paisaje unas hebras de niebla plateada, y después de una curva prolongada vislumbré incluso un lugar de la autopista sobre el que pendían vapores oblicuos. Saludé con alivio la humedad de las primeras gruesas gotas de lluvia. Inmediatamente empezó a llover a cántaros.

El parabrisas parecía un campo de batalla, por lo que no puse en seguida en marcha el limpiaparabrisas, que después tardó aún un buen rato en barrer todos los restos de insectos. Un poco más adelante me detuve junto a la cuneta; tenía que esperar aquí durante una hora. La lluvia caía a raudales, tamborileaba sobre la capota, los coches que pasaban levantaban surtidores de agua turbia y hacían remolinear la lluvia. Respiré profundamente. Por la rendija de la ventanilla entraba un chorro fino que me humedecía la rodilla. Encendí un cigarrillo y lo sostuve contra el hueco de la mano para que no se mojara; no tenía ningún sabor, ya que era mentolado. Un «Chrysler» de color metalizado pasó por mi lado, pero el agua caía con tal fuerza contra los cristales que no pude reconocer si era el de Randy. Oscurecía rápidamente. Relámpagos, un estallido, como si se partiera hojalata; para no aburrirme contaba los segundos entre relámpago y trueno; el tráfico de la autopista seguía zumbando y rugiendo como si nada fuese capaz de detenerlo. Mi reloj indicaba las siete pasadas, hora de ponerme en marcha. Con un suspiro, bajé del coche. Al principio la ducha fría no fue agradable, pero pronto me sentí mejor. Manipulé los limpiaparabrisas, como si quisiera arreglarlos, y mientras tanto vigilaba los coches, pero nadie se fijaba en mi y no había rastro de la policía. Empapado, me senté al volante y reemprendí el viaje.

La tormenta había remitido, pero iba oscureciendo; después de Frosinone dejó de llover, el asfalto se secó poco a poco, y los charcos de la cuneta emanaban un vapor blanco y ondulante en el que penetraba la luz de los faros, y de pronto el sol salió de detrás de las nubes, como si quisiera mostrar el paisaje bajo una nueva luz justo antes de que anocheciera. Bajo el resplandor rosado y ultraterreno, giré hacia el aparcamiento del restaurante del puente de Pavesi. Tiré de la camisa, que tenía pegada al cuerpo, para que no se vieran los sensores, y subí al restaurante. No había visto el «Chrysler» en el aparcamiento. En el comedor la gente charlaba en una docena de lenguas y comía sin preocuparse de los coches que más abajo se deslizaban como bolos en una bolera. Un cambio repentino se había operado en mí... me había tranquilizado. Ahora todo me daba igual y pensaba en la muchacha como en una historia ocurrida años atrás; bebí dos cafés y un «Schweppes» con limón, y tal vez habría seguido ganduleando un rato más de no haberseme ocurrido que me hallaba en un edificio de hierro y cemento que actuaba como una pantalla, por lo que los demás no sabrían cómo me funcionaba el corazón. Estos problemas no existen entre Houston y la Luna.

En el lavabo me lavé las manos y la cara, me peiné y me observé casi de mala gana en el espejo, y otra vez me puse en marcha.

Ahora tenía que volver a ir despacio. Conducía como si hubiera soltado las riendas y el caballo conociera el camino.

Mis pensamientos no se afanaban en ninguna dirección, no me entregué a ninguna fantasía; me desconecté, simplemente, como si no existiera. Antes llamaba a este estado «de cabeza vacía». Sin embargo, la atención no quedaba del todo anulada, ya que me detuve de acuerdo con el plan. Era un buen lugar. Aparqué al pie de una suave colina, en el punto donde la autopista describía un dibujo geométrico para salir frente a la otra ladera. Como a través de un gran portal, reconocí el horizonte donde la franja de cemento se abría camino

con un giro enérgico hacia la próxima y prolongada ladera. Aquí el horizonte, allí el trigo. Froté los cristales, y como tenía que abrir el maletero para procurarme más «Kleenex», toqué el fondo blando contra el que noté la presión del arma. Como por un acuerdo secreto, casi todos los coches encendieron simultáneamente los faros. Contemplé el amplio paisaje. En dirección a Nápoles brillaban franjas blancas, en dirección a Roma, franjas rojas, como si rodaran por la autopista carbones encendidos. La columna frenó en el fondo del valle, y al hacerlo se convirtió en un rojo centelleante detenido en un tramo de la autopista: un bello ejemplo de una ola inmovilizada. Si la carretera hubiera sido tres veces más ancha, podría haberse tratado de Texas o Montana. Aunque me hallaba a pocos pasos de la autopista, estaba tan solo que sentí una alegre serenidad. Las personas necesitan hierba, igual que las cabras, pero no lo saben con tanta claridad. Cuando oí zumbir en el cielo un helicóptero invisible, tiré el cigarrillo y subí de nuevo al coche, que aún conservaba un pequeño resto del calor del día.

Detrás de las colinas siguientes, las farolas anunciaban que Roma ya no estaba lejos. Pero mi camino era más largo, ya que tenía que rodear la ciudad. La oscuridad ocultaba a la gente en sus coches, las montañas de maletas sobre los techos adquirían formas extrañas. Todo era importante y anónimo, todo estaba lleno de alusiones, como si al final del tramo esperasen cosas increíblemente significativas. Un astronauta de la reserva ha de ser, al menos en un ángulo de su corazón, una mala persona, ya que algo en él está siempre al acecho de que uno de los hombres en activo sufra un percance, y si no está al acecho, es un necio. Un poco más tarde tuve que hacer otra parada —el café, la tableta de «Plimasin», el «Schweppes» y el agua helada hicieron su efecto—; di unos pasos detrás de los matorrales de la cuneta, y el cambio me sorprendió: daba la impresión de que no sólo el tráfico, sino también el tiempo se había desvanecido. De espaldas a la carretera y a través del tufo de los gases olí en la ligera brisa un perfume de flores. ¿Qué haría si ahora tuviera treinta años? En vez de devanarme los sesos, me abroché los pantalones y volví al coche. La llave del contacto me resbaló de los dedos y cayó en la oscuridad, entre los pedales; la busqué a tientas porque no quería encender la luz del espejo. Reemprendí la marcha, ni cansado ni alegre, ni furioso ni tranquilo, apático, un poco decaído y también un poco maravillado. La luz de las farolas se introducía por el parabrisas, prestaba una palidez blanca a mis manos asidas al volante, y seguía fluyendo hacia atrás. A los lados se deslizaban los rótulos con los nombres de los pueblos, claros como fantasmas, y los añadidos de hormigón se hacían notar con una ligera sacudida... Ahora a la derecha, hacia el cinturón romano, a fin de entrar en la ciudad desde el norte, como él. No pensaba en él, era uno de los once, y la casualidad había querido que fueran precisamente sus cosas las que me habían dado. Randy había insistido en ello, y desde luego tenía razón. Cuando se escenificaba una cosa así, era mejor hacerlo con la máxima exactitud posible. Y en realidad a mí me resultaba indiferente usar las camisas y las maletas de un muerto; si al principio me molestó, fue solamente porque eran cosas de un extraño. Ahora la carretera estaba casi vacía durante largos trechos y yo tenía continuamente la sensación de que aquí faltaba algo; por la ventanilla abierta entraba un aire lleno de perfume de flores; afortunadamente las gramíneas habían dejado de moverse. Ya no tenía que sorber por la nariz. Psicología por aquí, psicología por allá; el catarro había inclinado la balanza. Yo estaba absolutamente convencido de ello, aunque habían querido persuadirme de que no era así, y realmente tenían razón si se enfocaba el asunto con lógica: ¿acaso crecían hierbas en Marte? En consecuencia, la alergia al polen de las gramíneas no era un inconveniente. No, claro, pero en algún punto de mi historia personal,

en las observaciones debía figurar: «Alérgico»; en otras palabras, no totalmente válido. Cuando alguien era tildado así, se le pasaba a la reserva, mejor dicho, era un lápiz que se mantenía tan afilado que al final no podía trazarse con él ni un solo punto. Un Cristóbal Colón de la reserva, ¡qué mal suena!

La larga columna que venía en dirección contraria a la mía me cegaba con sus faros y me hacía cerrar alternativamente el ojo derecho y el izquierdo. ¿Sería posible que hubiera pasado de largo el desvío? No había visto ninguna salida de la autopista. Sentí una gran indiferencia: ¿qué más podía hacer? Conducir en la noche y basta. Apareció un letrero luminoso, alto y apaisado: ROMA TIBERINA. ¡Menos mal! La Roma nocturna tenía más movimiento y más iluminación a medida que me acercaba al centro. Por suerte, los hoteles donde debía buscar habitación estaban muy cerca el uno del otro. En todos extendían los brazos: plena temporada, completo; y yo volvía a aferrarme al volante. En el último hotel quedaba alguna habitación libre; pedí una tranquila, que diera al patio; el conserje me miró de hito en hito y yo meneé la cabeza y volví al coche.

La vacía entrada del Hilton estaba inundada de luz. Cuando bajé del coche no pude descubrir ningún rastro del «Chrysler», y me estremecí al pensar que podían haber sufrido un accidente y que por ello no les había visto en el camino. Cerré mecánicamente la portezuela y entonces vi reflejado en el cristal el brillante radiador del «Chrysler». Estaba detrás de la rampa, en la penumbra, entre la cadena y la señal de parada. Caminé hacia el hotel. Al pasar vi el oscuro interior del coche, que parecía vacío, pero el cristal estaba bajado a medias. Cuando me hallaba a cinco pasos de él, vi la punta encendida de un cigarrillo. Quise hacerles una seña, pero me contuve; la mano me tembló, la metí en el bolsillo y entré en el vestíbulo.

Un pequeño incidente cuya única importancia residía en que quedaba cerrado un capítulo y comenzaba el siguiente. En el fresco aire nocturno todo parecía de una claridad antinatural: los coches del aparcamiento, mis pasos, el empedrado, y me fastidió no poder hacerles ni una seña. Hasta ahora había seguido el plan de horario como un alumno las horas de clase, y verdaderamente no había pensado en el hombre que hiciera antes que yo este mismo viaje, que como yo se detuviera y tomara café, fuera de hotel en hotel por la Roma nocturna y terminara su viaje en el Hilton, de donde ya no salió vivo. Ahora, el papel que estaba representando se me antojó una burla, como si quisiera desafiar al destino.

Un joven botones, rígido por la propia importancia —quizá sólo intentaba exagerar su cansancio—, salió conmigo hasta el coche y tomó en sus manos enguantadas mis polvorientas maletas, y yo sonreí, distraído, a sus relucientes botones. El vestíbulo estaba vacío; otro botones colocó mi equipaje en el ascensor, que se elevó con el sonido de una caja de música. Yo aún llevaba dentro el ritmo del viaje, no podía deshacerme de él, como si se tratara de una melodía pegadiza. El botones se detuvo, abrió una puerta de dos batientes, encendió las luces de las paredes y el techo, salón y dormitorio, dejó las maletas en el suelo y me quedé solo. De Nápoles a Roma hay sólo dos pasos y no obstante me sentía cansado, un cansancio diferente de otros, tenso, porque ignoraba qué me depararía la sorpresa siguiente. Me sentía como si hubiera vaciado una lata de cerveza a cucharadas, era algo parecido a una sobriedad embriagada. Recorrí las habitaciones; la cama llegaba hasta el suelo, por lo que podía ahorrarme mirar debajo de ella, y abrí todos los armarios, aunque sabía muy bien que allí no encontraría a ningún asesino; el asunto no era tan sencillo, pero hice lo que debía hacer. Levanté las sábanas y los dos colchones, examiné el travesero; me parecía inverosímil que ya no volviera a bajar de esta cama. Pero qué se le va a hacer, el hombre no funciona democráticamente. El centro de la conciencia, las

voces de derecha e izquierda, todo es un parlamento ficticio, pues existen catacumbas que lo hacen retemblar. El Evangelio según Freud. Controlé el acondicionador de aire, subí y bajé las persianas; los techos eran lisos, claros, no como en la Posada de las dos Brujas. Allí el peligro era tangible, francamente macabro, el dosel de la cama caía sobre la persona dormida y la estrangulaba. Aquí no había dosel ni tenaz romanticismo. Sillones, una mesa, alfombras, todo en el lugar adecuado: una decoración corriente y confortable... ¿Había apagado los faros?

Las ventanas daban al otro lado de la calle, por lo que no podía ver el coche. Estoy casi seguro de que los he apagado, pero si he olvidado hacerlo, que Hertz se preocupe de ello. Corrí las cortinas, me desnudé, dejé caer los pantalones y la camisa y me quité el sensor con mucho cuidado. Después de la ducha tenía que ponérmelo de nuevo. Abrí la maleta grande; encima de todo estaba la caja del esparadrapo, pero no encontraba las tijeras. Me quedé en medio de la habitación, sintiendo una ligera presión en la cabeza y la mullida alfombra bajo las plantas de los pies. Ah, sí, las había puesto en la cartera. Impaciente, tiré de la cerradura, y con las tijeras cayó también una reliquia metida en una funda de plástico, una fotografía, amarilla como el Sahara, del Sinus Aurorae, mi pista de aterrizaje número 1, donde no había aterrizado nunca. La foto estaba sobre la alfombra, ante mis pies desnudos —algo doloroso, necio y significativo a la vez—. La recogí, la contemplé a la luz blanca de la lámpara del techo: a diez grados de latitud norte y cincuenta y dos de longitud este; arriba, la mancha del Bosphorus Gemmatus, abajo la formación del ecuador. Lugares donde debería haber posado los pies. Me quedé contemplando la fotografía, y finalmente, en lugar de guardarla de nuevo en la cartera, la dejé junto al teléfono de la mesilla de noche y me fui al cuarto de baño.

¡Maravilloso cómo el agua se derramaba sobre mí en centenares de finos chorros calientes! La civilización empieza con el agua corriente. Los retretes del rey Minos de Creta. Un faraón hizo formar una teja con la suciedad que le habían raspado del cuerpo durante toda su vida para que le sirviera de almohada en su sepultura. Las abluciones siempre tienen algo simbólico.

En mi juventud no lavaba nunca un coche que tuviera el menor defecto hasta que estaba reparado; entonces lo limpiaba y pulía hasta darle el máximo brillo. ¿Qué sabía en aquella época sobre el simbolismo de la pureza y la impureza que existe en todas las religiones? Lo único que apreciaba en los apartamentos de doscientos dólares era el cuarto de baño. El hombre se siente como se siente su piel. En el espejo que cubría toda la pared vi mi torso enjabonado con la marca de los electrodos como si estuviera de nuevo en Houston, y también las caderas, blanquecinas por el *slip* de baño. Abrí más el grifo y las cañerías gimieron lastimosamente. Calcular las curvaturas de modo que nunca produzcan una resonancia es, por lo visto, un problema casi insoluble de la hidráulica. ¡Cuántos conocimientos inútiles! Por fin me sequé, sin perder mucho tiempo en la elección entre las diversas toallas, y fui desnudo al dormitorio, dejando huellas de humedad tras de mí. Volví a pegar firmemente el sensor del corazón, pero en lugar de echarme en la cama, me senté sobre ella. Calculé con rapidez: en el termo cabían al menos siete cafés. Antes me hubiese dormido como una marmota, pero ahora ya sabía qué significa dar vueltas de un lado a otro. En la maleta tenía «Seconal», un preparado que se recomendaba a los astronautas y que yo había ocultado a Randy. Adams no lo había tomado; por lo visto dormía perfectamente. Tomar ahora una tableta no sería jugar limpio. Había olvidado apagar la luz del cuarto de baño. Me levanté perezosamente. En la penumbra, la *suite* parecía mayor. Desnudo, de espaldas a la cama, permanecí indeciso unos segundos: ah, sí, tenía que cerrar la puerta con llave y dejar ésta en la cerradura. 303, el

mismo número. Se habían preocupado de que lo fuera. ¿Y ahora? Busqué el miedo en mi interior. Un sentimiento vago, un poco de vergüenza, pero no había modo de saber de dónde provenía la inquietud. ¿De la perspectiva de una noche de insomnio? ¿Acaso de la agonía? Todos somos supersticiosos, aunque no todos lo sabemos. A la luz de la lámpara de la mesilla volví a observar con detalle todo cuanto me rodeaba, esta vez con resuelta desconfianza. Las maletas estaban medio abiertas, la ropa, diseminada por los sillones. Un auténtico ensayo general. ¿El revólver? Tonterías. Meneé la cabeza con autoconmiseración, apagué la lámpara al acostarme, distendí los músculos y empecé a respirar con regularidad.

La capacidad de conciliar el sueño a una hora determinada había sido una parte esencial del entrenamiento. Y además: ¿no había abajo dos hombres en el coche que observaban en el osciloscopio cada movimiento de mi corazón y mis pulmones? Con la puerta cerrada por dentro, las ventanas herméticamente aseguradas con cerrojos, ¿qué me importaba que él hubiese dormido a esta misma hora en esta misma cama?

La diferencia entre el Hilton y la Posada de las dos Brujas era indiscutible. Me imaginé el regreso: sin anunciarme, me detengo ante la casa, o aún mejor, ante la farmacia. Voy a pie, como si viniera de dar un paseo, los chicos ya han vuelto de la escuela y me ven desde la ventana, la escalera resuena bajo sus pasos... Me incorporé de pronto, acababa de ocurrírseme que debía beber un trago de ginebra. Me apoyé en los codos y permanecí un rato dudando. La botella aún estaba en la maleta. Fui a tientas en la oscuridad desde la cama hasta la mesa, busqué bajo las camisas la botella aplanada, vertí un poco de ginebra en el tapón y, al hacerlo, me mojé el dedo. Vacíé por completo el tapón de metal, nuevamente con la estúpida sensación de estar actuando en una obra de aficionados, «Hago lo que puedo», me justifiqué ante mí mismo, y volví a la cama, invisible; el torso, los brazos y las piernas desaparecieron, la piel tostada por el sol se fundió con la oscuridad y sólo las caderas brillaban como franjas blanquecinas. Me acosté, el alcohol me calentaba el estómago, y propiné un puñetazo a la almohada: ¡ya esto has llegado, reservista! Me tapé hasta el cuello con la colcha —y ahora, de prisa, los ejercicios respiratorios—. Caí en un sopor cuyos débiles restos de desvelo sólo es capaz de eliminar una pasividad total. Ya empezaban a rondarme las visiones del sueño. Volaba por el aire. Es interesante que soñara con volar exactamente igual que antes de mi permanencia en la estación espacial, como si las obstinadas catacumbas de mi cerebro se cerrasen ante cualquier corrección de la experiencia. Volar en sueños es algo falseado, porque mientras se vuela el cuerpo conserva su orientación normal y porque el movimiento de brazos y piernas es tan sencillo como cuando se está despierto, aunque más fácil y fluido. En la realidad las cosas son muy diferentes. Los músculos están fuera de quicio. Si se quiere apartar algo, se empieza a volar hacia atrás, y si uno desea sentarse y lleva las piernas hasta la barbilla, con un movimiento imprudente puede incluso dejarse a sí mismo fuera de combate con las rodillas. El cuerpo se mueve como si estuviera embutido en una camisa de fuerza, y además flota, privado de la resistencia salvadora que la Tierra le ofrece por doquier.

Me desperté, medio asfixiado. Algo blando, pero inflexible, me dificultaba la respiración. Me incorporé con los brazos extendidos, como si quisiera agarrar lo que me estaba estrangulando. Sentado, comprendí poco a poco, con un esfuerzo, que se trataba de eliminar una capa viscosa e indeseable de mi cerebro. Por una rendija entre las cortinas se filtraba en la habitación un centelleo claro como el mercurio. Pude constatar que estaba solo. Seguía faltándome el aire, tenía la nariz totalmente tapada, la boca me ardía como el fuego y mi lengua estaba seca. Desde luego había roncado espantosamente, y me pareció que habían sido los ronquidos



lo que había penetrado hasta la última envoltura del sueño precisamente cuando me estaba despertando poco a poco.

Me levanté, algo vacilante, pues aunque los sentidos ya me funcionaban, el sueño seguía abrumándome como un peso inmóvil. Me incliné cautelosamente sobre la maleta y en la oscuridad busqué en el bolsillo lateral que contenía el frasco de «Piribensamin». Las gramíneas debían de estar en flor también en Roma. En el sur sus capullos empiezan tiñéndose de un amarillo que se extiende hacia latitudes más elevadas, lo cual es bien sabido por todos aquellos que sufren de la fiebre del heno durante toda su vida. Las dos. Algo preocupado, me pregunté si mis amigos saltarían del coche cuando vieran en el osciloscopio los repentinos saltos de mi corazón; así pues, me acosté de nuevo, con la cabeza de lado sobre la almohada, ya que de este modo cede con más rapidez la inflamación de las membranas mucosas. Permanecí quieto, escuchando con un oído para asegurarme de que no se acercaba la ayuda no solicitada. Paulatinamente, el corazón recobró su ritmo normal.

No volví a la imagen del hogar; no lo deseaba, tal vez porque creía que no debía mezclar a los niños en este asunto. ¡Sólo faltaría que no pudiera dormir sin ayuda de mis hijos! Tendrían que bastar los ejercicios de yoga que el doctor Sharp y sus asistentes habían recomendado especialmente para los astronautas. Los dominaba a la perfección, y los ejecuté con tanto éxito que en seguida la nariz silbó con acento conciliador y dejó pasar algo de aire, y el «Piribensamin», privado de su aditamento, me instiló en el cerebro su característica somnolencia, turbia y algo impura, y no sé siquiera cuando me quedé profundamente dormido.

## ROMA-PARIS

A las ocho de la mañana fui a ver a Randy, de muy buen humor porque había empezado el día con un «Plimasin» y, pese al calor seco, la nariz no me goteaba. El hotel de Randy no le llegaba al Hilton ni a la suela del zapato. Estaba en una callejuela de empedrado romano, repleta de coches, no lejos de la escalinata de la Plaza de España. Ya no recuerdo el nombre. Mientras esperaba en el estrecho pasillo que hacía las veces de vestíbulo, recepción y café, hojeé el Herald que me había comprado por el camino. Me interesaban las negociaciones entre el Gobierno y Air France, pues la perspectiva de quedarme inmovilizado en Orly no me atraía demasiado. El personal de tierra del aeropuerto estaba en huelga, pero de momento seguían aterrizando aviones en París.

Randy no tardó en aparecer, y considerando que había pasado una noche en blanco, su estado de ánimo no era malo, aunque parecía algo deprimido; desde luego el fracaso era bien evidente. Sólo nos quedaba París como única tabla de salvación. Randy quería acompañarme él mismo al aeropuerto, pero me negué a ello; tenía que dormir. Afirmó que esto era imposible en su habitación, y entonces subí con él. En la habitación entraba el sol a raudales, y del cuarto de baño abierto de par en par no venía aire fresco, sino el olor de la colada puesta a hervir.

Por suerte teníamos una alta presión atmosférica de las Azores, predominantemente seca, así que recurrí a mis conocimientos profesionales, corrí las cortinas, mojé la parte baja para que el aire circulase mejor, abrí un poco todos los grifos, y tras esta misericordiosa operación me despedí y le aseguré que llamaría en cuanto supiera algo concreto. Fui al aeropuerto en un taxi, después de recoger mi equipaje en el Hilton a toda prisa, y poco antes de las once ya estaba empujando un carrito con las maletas. Era la primera vez que me encontraba en el nuevo edificio del aeropuerto romano, y empecé a buscar los tan elogiados dispositivos técnicos de seguridad sin adivinar la exactitud con que llegaría a conocerlos.

La prensa había hecho una gran propaganda de la inauguración de este aeropuerto, porque se suponía que con él se pondría fin a todos los atentados. Sólo la sala acristalada de la aduana tenía el aspecto de cualquier otra. Por todo el edificio, que desde arriba parecía un tambor, se extendía una red de escaleras mecánicas y cintas transportadoras en las que la gente podía ser radiografiada sin que nadie se diera cuenta. En los últimos tiempos se había llegado a pasar de contrabando granadas y armas de fuego desmontadas que después volvían a montarse en el lavabo del avión, y por ello los italianos fueron los primeros en renunciar al magnetómetro. Ahora se examinaban los cuerpos y las ropas de los pasajeros durante su paso por las escaleras mecánicas mediante ultrasonidos. Un computador daba inmediatamente los resultados de este control invisible y designaba a las personas sospechosas. Se decía que este sistema descubría hasta los empastes de las muelas y las hebillas de los cinturones; ni siquiera una carga explosiva no metálica le pasaba desapercibida.

El nuevo aeropuerto tenía el nombre no oficial de Laberinto. Durante la fase de pruebas, los funcionarios del servicio de seguridad habían empleado las escaleras mecánicas con toda clase de armas refinadamente ocultas, y ninguno de ellos había logrado pasar desapercibido. El Laberinto funcionaba desde el mes de abril sin incidentes graves; siempre se trataba de gente que llevaba objetos tan extraños como inofensivos, por ejemplo, una pistola de juguete o incluso su silueta recortada en papel de estaño. Muchos expertos afirmaban que esto era un intento de agitación psicológica por parte de terroristas defraudados, y otros

decían que se trataba de tentativas para averiguar la máxima capacidad de funcionamiento del dispositivo. Estos falsos contrabandistas eran la pesadilla de los juristas, pues aunque sus intenciones resultaban inequívocas, no eran delictivas. El único incidente serio se registró el día de mi salida de Nápoles. Un asiático lanzó una bomba en el llamado Puente de los Suspiros, en el centro del Laberinto, justo cuando era descubierto por los aparatos. La bomba cayó en el vestíbulo de debajo del puente, pero la explosión no causó ningún daño aparte del susto consiguiente de los viajeros. Ahora creo que estos pequeños sucesos preparaban una operación que burlaría el sistema de seguridad mediante una táctica diferente.

El despegue de mi avión de Alitalia se retrasó una hora porque no se sabía seguro si aterrizaríamos en Orly o en De Gaulle. Por lo tanto, fui a cambiarme de ropa, ya que habían anunciado que también en París estaban a treinta grados a la sombra. No podía recordar en qué maleta había puesto la camiseta de malla, por lo que me dirigí a los lavabos con el carrito, que no podía subir por la escalera mecánica, y deambulé largo rato por las rampas de los pasillos subterráneos hasta que alguien parecido a un raja me indicó el camino. Ignoro si era realmente un raja, pero llevaba un turbante verde. Me habría gustado saber si se lo quitaba en la bañera. El también se dirigía a los lavabos. Había perdido tanto tiempo en mi excursión con el carrito, que sólo tomé una rápida ducha y me vestí a toda prisa: un traje de hilo y zapatos de lona. Metí la ropa interior y el neceser dentro de la maleta y me dirigí con las manos vacías hacia la puerta de salida. Todas mis cosas iban en el equipaje; este paso resultaría muy sensato, pues dudo que los microfilmes —los tenía en el neceser— hubieran salido indemnes del baño de sangre de la escalera.

La climatización de la sala no era perfecta: en muchos lugares hacía un frío glacial, mientras en otros había el ambiente de un horno. En el pasillo de los vuelos a París soplaba un aire más cálido, por lo que me eché la chaqueta sobre los hombros. También esto fue una feliz inspiración. Cada uno de nosotros recibía un «pase Ariadna», una funda de plástico para el billete en la que estaba metido un resonador electrónico. Sin él no se podía subir al avión. Justo detrás del torniquete del pasillo empezaba una escalera mecánica, tan estrecha que era preciso ir en fila india. El ascenso recordaba un poco el Tívoli y un poco Disneylandia. Una vez arriba, los peldaños se unían a una cinta transportadora que atravesaba la sala por encima en un océano de luces de neón. El suelo no se veía, pues estaba sumido en la oscuridad. Ignoro cómo habían conseguido este efecto. Después del Puente de los Suspiros, la cinta describía una curva y se convertía de nuevo en una escalera, que conducía hacia arriba con una inclinación bastante pronunciada y atravesaba la misma sala, la cual sólo podía reconocerse por los apuntalamientos del techo, ya que cada cinta transportadora tenía a ambos lados una chapa de aluminio decorada con dibujos mitológicos. Esto es todo cuanto pude saber de este recorrido. Su idea básica era sencilla: el carnet del pasajero que lleva algo sospechoso emite un sonido continuado. El sujeto así desenmascarado no puede escapar, porque la cinta transportadora es demasiado estrecha; los múltiples pasillos que hay sobre el vestíbulo tienen la misión de desmoralizarle y obligarle a deshacerse del arma. En el vestíbulo hay letreros en los que se advierte en veinte lenguas que introducir armas o explosivos a bordo o aterrorizar a los pasajeros equivale a arriesgar el pellejo. Esta enigmática amenaza se insinúa de diversas maneras: yo había oído hablar de tiradores profesionales ocultos tras las paredes de aluminio, pero no presté crédito a este rumor.

Era un vuelo chárter, pero en el «Boeing» había más plazas de las solicitadas, por lo que se pusieron a la venta los billetes restantes. Y alguien que, como yo,

había comprado el billete en el último momento, se vio implicado en la misma confusión. El «Boeing» había sido fletado por un consorcio bancario, pero mis vecinos de la escalera mecánica no tenían el aspecto de empleados de banca. La primera en pisar los escalones fue una anciana con bastón, después una rubia con un perro, yo, una niña y un japonés. Cuando miré hacia abajo, vi periódicos desdoblados en manos de varios pasajeros. Yo prefería mantener los ojos bien abiertos y por ello metí mi Herald doblado bajo los tirantes como un quepis.

La rubia llevaba unos pantalones guarnecidos con perlas, tan estrechos que se le marcaban las bragas, y sostenía en el brazo un perro de trapo que parecía vivo porque abría y cerraba los ojos. La chica me recordó a la rubia de la revista que me había hecho compañía en el viaje a Roma. La niña, de ojos avispados, toda vestida de blanco, semejava una muñeca. El japonés, no mucho más alto que ella, era el típico turista ávido e iba acicalado de pies a cabeza, como si acabara de salir del taller de un excelente sastre. Sobre la chaqueta a cuadros que llevaba abrochada, se cruzaban las correas de un transistor, unos gemelos y una gran cámara «Nikon-Six». Cuando me volví, estaba destapando esta última, como si se propusiera fotografiar las maravillas del Laberinto. Los peldaños se convirtieron en cinta lisa al tiempo que se oía un penetrante pitido. Procedía del japonés. La muchacha se apartó un poco de él, inquieta, y apretó contra su pecho el monedero y el billete, mientras él, sin cambiar de expresión, aumentó el volumen de su radio. Tenía que ser muy ingenuo si creía que con ello apagaría el pitido. Este fue el primer aviso. Nos deslizábamos encima del gran vestíbulo. A ambos lados de la cinta brillaban a la luz de los tubos de neón las imágenes de Rómulo, Remo y la loba, y el billete del japonés pitaba de manera ensordecedora. Un estremecimiento recorrió a las personas allí congregadas, aunque nadie profirió el menor sonido. El japonés pestañeó y durante bastante rato se quedó como petrificado, oyendo el pitido cada vez más alto; la frente se le perló de sudor. Se sacó el billete del bolsillo e inició una lucha desesperada contra él. Lo zarandeó como un loco a la vista de todos, aunque nadie abrió la boca. Ninguna de las mujeres gritó. En cuanto a mí, sólo tenía interés en saber cómo le sacarían de entre nosotros. Cuando se terminó el Puente de los Suspiros y la cinta describió una curva, el japonés se agachó tanto que dio la impresión de que se lo había tragado la tierra. Tardé un poco en darme cuenta de lo que hacía. Sacó de la funda la cámara «Nikon» y la abrió. La cinta se deslizaba de nuevo en línea recta, pero ahora empezaron a formarse peldaños que se convirtieron en una escalera, pues el segundo Puente de los Suspiros era en realidad una escalera que cruzaba una vez más el gran vestíbulo. Cuando el japonés se enderezó, en la «Nikon» apareció un objeto ovalado, refulgente, como espolvoreado de cristales de azúcar, un cilindro que apenas se podía abarcar con la mano. Era una granada no metálica, de corindón, con una funda en la que había dientes perforados, y sin mango. Dejé de oír el pitido del billete. El japonés apretó contra sus labios con ambas manos el fondo de la granada, como si quisiera besarla, y cuando se la apartó de la cara comprendí que había sacado la espoleta con los dientes: ahora la tenía entre los labios. Di un salto, pero sólo rocé la granada con la mano, porque el japonés se lanzó violentamente hacia atrás, derribando a varias personas y golpeándome en la rodilla. Di con los codos doblados en la cara de la niña, el propio impulso me lanzó contra la barandilla, choqué de nuevo con la niña y la arrastré conmigo al caer por encima de la barandilla y precipitarme en el vacío. Después sentí un duro golpe en los riñones y ambos caímos de la luz hacia la oscuridad.

Esperaba caer sobre arena. Los periódicos no habían dicho de qué estaba compuesto el suelo del vestíbulo, solamente habían subrayado que la explosión no causó ningún desperfecto. Así pues, yo contaba con arena, y por ello intenté

juntar las piernas durante la caída. Pero en lugar de arena noté algo blando, elástico, húmedo, que bajo mi peso se hundía como la espuma, y bajo esta espuma me encontré en un líquido glacial. Al mismo tiempo me llegó hasta la médula el trueno de la detonación. Había perdido a la niña. Tenía las piernas metidas en lodo o fango y me hundía en él mientras nadaba desesperadamente con los brazos, hasta que por fin la serenidad acudió en mi ayuda. Disponía de un minuto, tal vez un poco más, para salir de allí. Primero pensar, luego actuar. Debía de ser un recipiente que, por su forma, impedía la acumulación de la onda compresiva. Así pues, no era un plato, sino más bien un embudo, forrado con una masa resbaladiza y lleno de agua cubierta por una gruesa capa de espuma amortiguadora.

En vez de esforzarme por subir, ya que estaba hundido hasta más arriba de las rodillas, me agaché como una rana y palpé el suelo con los brazos extendidos. Se elevaba por el lado derecho. Utilicé las manos como dos palas planas y traté de arrancar las piernas de aquella pasta viscosa; era un esfuerzo enorme. Continué arrastrándome por la pendiente inclinada, usé de nuevo las manos como palas y di impulso hacia arriba como si estuviera en un declive nevado, sólo que allí se puede respirar.

Seguí impulsándome hacia arriba hasta que empezaron a estallar contra mi rostro gruesas burbujas, y, medio asfixiado, respirando con dificultad, emergí en una penumbra que estaba llena de los gritos proferidos por la gente que había encima de mí. Miré a mi alrededor, con la cabeza sobresaliendo apenas de la viscosa espuma. La niña no estaba allí. Inspiré profundamente y me sumergí con los ojos cerrados, el agua contenía algo que quemaba como el fuego; volví a emerger y me sumergí de nuevo por tres veces, y entonces noté que las fuerzas me abandonaban, pues me resultaba imposible tomar impulso en aquel suelo de fango, y tenía que mantenerme encima de la espuma para evitar que me absorbiera. Ya había perdido toda esperanza cuando agarré por casualidad sus largos cabellos. La espuma hacía su cuerpo resbaladizo como el de un pez. Cuando pude cogerla por la blusa, ésta se me rompió en los dedos.

No sé con exactitud cómo logré subir con ella. Sólo recuerdo una breve lucha, las grandes burbujas que le arranqué de la cara, el horrible sabor metálico del agua, mis maldiciones silenciosas y que la levanté sobre el borde del embudo — era una pared gruesa y elástica como la goma—. Cuando la hube posado fuera del recipiente, no trepé en seguida fuera del agua, sino que me dejé caer hasta el cuello en la espuma, que crepitaba ligeramente, y me quedé jadeando y oyendo sobre mí los gritos de la gente. Tuve la impresión de que caía sobre mi cabeza una lluvia fina y cálida. Sentí las gotas aisladas. «Estoy imaginando cosas —pensé—. ¿Cómo puede llover en este lugar?» Miré hacia arriba y vislumbré el puente. Grandes tiras de aluminio pendían hechas trizas, el suelo estaba agujereado como un tamiz. Los peldaños eran de acero fundido, en forma de panales: cribas intencionadas, que tamizan la onda explosiva y no dejan pasar astillas.

Trepé hasta el borde parecido a una pared, bajo la lluvia, que continuaba cayendo, y coloqué a la niña sobre mis rodillas, de bruces. Estaba mejor de lo que yo temía, pues empezó a vomitar. Le hice masaje en la espalda y noté que todo su cuerpo respondía. Tenía hipo y náuseas, pero respiraba. También yo sentía ganas de vomitar y me ayudé con el dedo. Noté un poco de alivio, pero me faltaba valor para levantarme. Ya podía ver lo que me rodeaba, aunque me llegaba muy poca luz y parte de los tubos de neón del puente se habían caído. El rumor que se oía sobre nosotros parecía reducido a gemidos y estertores. «Allí hay personas que mueren—pensé—, ¿por qué no les ayuda nadie?» De alguna

parte llegó una estridencia hasta mis oídos, algo chirrió, como si intentaran poner de nuevo en marcha la escalera mecánica. Se oían gritos, pero diferentes, de personas sanas que habían salido ilesas. No podía comprender qué pasaba allí arriba. Toda la longitud de la escalera mecánica estaba atestada de gente que tropezaba entre sí, dominada por el pánico. No se podía llegar hasta los moribundos; antes había que retirar a las personas frenéticas de miedo. En los peldaños había adheridos zapatos y trozos de ropa. Por el lado no se podía subir; el puente había resultado ser una trampa.

Mientras tanto me ocupaba de mí y de la pequeña. Por lo visto se recuperaba, porque ya se había sentado. Le dije que ya había pasado todo y que no tuviera miedo; en seguida nos reuniríamos con los demás. Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, y pronto pude descubrir una salida.

Era una escotilla que solo estaba entornada, al parecer por un descuido. Si hubiera estado cerrada, habríamos permanecido allí como ratas en una ratonera. Detrás de la puerta había un túnel, redondo, parecido a un canal, y de nuevo una escotilla baja que tampoco estaba cerrada del todo. Un pasillo iluminado por bombillas metidas en nichos enrejados conducía a una bodega, baja como un bunker, y repleta de cables, tuberías y tubos de desagüe. Los tubos podían llevar a los baños; me volví hacia la niña, ipero había desaparecido!

—¡Eh! ¿Dónde te escondes? —grité, mirando hacia todos los rincones de la bodega, apuntalada sobre pilares de hormigón. Entonces la vi, corriendo descalza de pilar en pilar. La alcancé en un par de saltos, que me valieron un dolor insoportable en los riñones, la cogí de la mano y le dije con severidad—: ¿Qué haces? ¡Tenemos que andar muy juntos, pues de lo contrario nos perderemos!

Me siguió en silencio. Ante nosotros se veía más claridad: una rampa con paredes revestidas de azulejos blancos. Por ella llegamos a un espacio más elevado, y aquí me bastó una mirada para ordenar la imagen en mi mente. Reconocí la rampa más próxima: por allí había empujado una hora antes el carrito del equipaje. Y cuando llegamos a la esquina apareció un pasillo con una hilera de puertas. Abrí la primera, eché una moneda —tenía dinero suelto en el bolsillo— e inmediatamente tomé a la niña de la mano, porque me pareció que quería escaparse. Era evidente que aún estaba bajo los efectos del shock. No era de extrañar. La metí en el cuarto de baño. Ella no dijo nada y yo también dejé de hablarle cuando pude verla a la luz: estaba empapada de sangre. De modo que eso era la lluvia cálida. Yo debía tener el mismo aspecto. Le quité la ropa y me desnudé a mi vez, lo tiré todo en la bañera, abrí el grifo y, llevando sólo los calzoncillos, me puse con la niña bajo la ducha. El agua caliente me alivió algo el dolor de los riñones. Se deslizaba de nosotros a chorros de color rosado. Froté el pecho y la espalda de la pequeña, no sólo para limpiarla de sangre, sino porque quería hacerla reaccionar. Me dejó hacer, incluso con pasividad, cuando le lavé los cabellos lo mejor que supe. Una vez fuera de la ducha le pregunté en tono ligero cómo se llamaba. Annabelle. ¿Inglesa? ¿De París? No, de Clermont. Hablé en francés con ella y saqué de la bañera todas nuestras prendas, una por una, a fin de lavarlas.

—¿Crees que tendrás ánimos para lavarte el vestido? —le propuse. Se inclinó, obediente, sobre la bañera.

Mientras escurría los pantalones y la camisa, reflexioné sobre cuál debía ser el próximo paso. El aeropuerto estaba cerrado y lleno de policías. ¿Escapar simplemente, hasta que nos detuvieran en alguna parte? Las autoridades italianas no sabían nada de mi misión. El único enterado era Du Bois-Fenner,

primer secretario de la embajada. Mi chaqueta, con el billete, se había quedado en el vestíbulo y en el billete figuraba un nombre diferente del de la cuenta del hotel. El revólver y los electrodos estaban en el Hilton en un paquete que Randy iría a recoger por la tarde. Si lo requisaban, yo sería más que sospechoso. Y ya lo era: demasiada rutina en el desesperado salto, demasiada orientación en los pasillos subterráneos del edificio del aeropuerto, la eliminación excesivamente cuidadosa de las huellas de sangre. No consideraba imposible que me acusaran de complicidad. Nadie estaba libre de sospecha desde que incluso honorables abogados y otras personalidades transportaban bombas por simpatía ideológica. Naturalmente, podría salir del apuro, pero como primera medida me encontraría entre rejas. Nada envalentonaba más a la policía que la indecisión. Observé a Annabelle con mirada crítica. Tenía un ojo amoratado, los cabellos mojados le caían en mechones y estaba secándose el vestido con el secador de manos; era una niña lista y valiente. Elaboré un plan.

—Escucha, ma petite —le dije—, ¿sabes quién soy? Soy un astronauta americano y estoy en Europa para una misión muy importante, de incógnito, ¿comprendes? Tengo que estar en París hoy mismo, y si ahora nos interrogan, existe el peligro de que no me permitan marcharme. Así pues, llamaré inmediatamente a la embajada y haré venir al primer secretario. El nos ayudará. El aeropuerto está cerrado, pero aparte de los aviones de línea hay aparatos especiales para la valija diplomática. Volaremos con uno de éstos. ¡Juntos! ¿Qué te parece?

Se limitó a mirarme. «Aún no se ha recobrado del todo», pensé y empecé a vestirme. No había perdido los zapatos porque eran de cordones; en cambio Annabelle no los tenía. Pero hoy día ya no hay nada extraordinario en que una muchacha ande descalza por la calle. Y las enaguas podían sustituir a la blusa. La ayudé a arreglar el fruncido de la falda, que ya estaba casi seca.

—Ahora fingiremos que somos padre e hija, y lo primero que haremos será telefonar, ¿me comprendes?

Asintió, la tomé de la mano y salimos afuera. Detrás de la rampa encontramos el primer acordonamiento. Unos carabinieri empujaban hacia la puerta a periodistas armados con cámaras fotográficas, varios bomberos con cascos corrían en la otra dirección, nadie se fijó en nosotros; el policía con quien hablé entendía un poco el inglés. Le dije que nos habíamos bañado, pero ni siquiera me escuchó. Me ordenó que subiéramos por la escalera B hasta la Sección Europa, donde estaban congregados todos los pasajeros. Nos dirigimos, pues, hacia la escalera, y cuando ésta nos hubo ocultado, nos escabullimos por un pasillo lateral. El ruido quedó a nuestras espaldas. Entramos en la sala vacía para pasajeros que esperaban su equipaje; detrás de las cintas transportadoras se encontraban varias cabinas telefónicas. Metí en una de ellas a Annabelle y marqué el número de Randy. Le desperté. Bajo la luz amarillenta, cubriendo el micrófono con la mano, le conté lo ocurrido. Me interrumpió una sola vez, como si no diera crédito a lo que oía. Entonces le oí respirar con fuerza y luego nada más, como si se hubiera convertido en estatua de sal.

—¿Estás ahí? —pregunté cuando pude.

—¡Muchacho! —exclamó. Y otra vez—: ¡Muchacho!

No dijo nada más.

Ahora le expuse lo más importante. Tenía que sacar a Fenner de la embajada y venir con él inmediatamente. Tenía que venir cuanto antes, pues estábamos entre dos cordones de policías. El aeropuerto estaba cerrado, pero Fenner lo

solucionaría. La niña se encontraba conmigo. Esperaríamos en el ala izquierda del edificio, junto a la cinta de equipajes E 10, frente a las cabinas telefónicas. Si no estábamos allí, nos encontrarían con los demás pasajeros en la Sección Europa, y si tampoco nos veían allí, estaríamos con toda certeza en la prefectura. Se lo hice repetir todo una vez. Entonces colgué el auricular y esperé que la niña me sonriera, ya que todo había discurrido felizmente, o ver al menos una expresión de alivio en su rostro, pero permaneció rígida y silenciosa. Cuando desvié la vista, me miró de reojo, y pareció que esperaba algo. Entre las cabinas telefónicas había un banco tapizado; nos sentamos en él. Por las paredes de cristal se podía ver el camino de acceso al aeropuerto. Con luz azul y sirenas, pasaron muy juntas varias ambulancias; los coches amarillos del servicio técnico iban en hilera. Desde el interior del edificio se oían frenéticos gritos femeninos, que dominaban el continuo bullicio. Por decir algo, pregunté a la niña sobre sus padres, el motivo de su viaje y si alguien la había traído al aeropuerto. Ella contestó evasivamente, con monosílabos, y sin querer revelar su dirección en Clermont, lo cual me disgustó.

Mi reloj de pulsera señalaba la una y cuarenta minutos. Desde la conversación con Randy había pasado más de media hora. Hombres de uniforme cruzaban a toda prisa por la sala de espera con algo que parecía un soldador eléctrico; no miraron en nuestra dirección. Nuevamente sonaron pasos. Frente a las cabinas se detuvo un técnico, con auriculares, que sostuvo ante cada puerta el pequeño micrófono de un detector de minas. Cuando nos vio, interrumpió su trabajo. Llegaron dos policías y se plantaron ante nosotros.

—¿Qué hacen aquí?

—Esperamos —repuse, fiel a la verdad.

Uno de los carabinieri se fue corriendo y volvió poco después con un hombre alto, vestido de paisano. A su pregunta contesté que esperábamos a un representante de la embajada americana. El me pidió la documentación. Mientras yo sacaba la cartera, el técnico señaló la cabina frente a la que nos encontrábamos. El cristal estaba empañado por dentro a causa del vapor de nuestras ropas. Nos miraron de hito en hito. El segundo carabiniere me tocó los pantalones.

—¡Mojados!

—¡Sí! —confirmé prontamente—. ¡Empapados!

Nos apuntaron con sus armas.

—No tengas miedo —me apresuré a decir a Annabelle.

El hombre de paisano extrajo del bolsillo unas esposas y sin ninguna explicación las cerró sobre mi muñeca. El policía tomó a la niña de la mano y ésta me dirigió una mirada singular. El hombre de paisano se llevó un walkie-talkie a los labios y dijo algo en italiano, con tanta rapidez que no logré entenderlo. La respuesta le satisfizo. Nos llevaron por una salida lateral, donde se unieron a nosotros otros tres carabinieri. La escalera mecánica no funcionaba. Bajamos al vestíbulo por una ancha escalinata; a través de los cristales vi una hilera de coches de la policía, y ya me preguntaba cuál de ellos sería para nosotros cuando desde la dirección contraria se acercó el «Continental» negro de la embajada. No recuerdo una ocasión en que me haya alegrado tanto la vista de la bandera norteamericana. Todo ocurrió como en un escenario, nosotros caminábamos esposados hacia la puerta de cristal y los otros entraban en aquel momento en el vestíbulo: Du Bois-Fenner, Randy y el intérprete de la embajada. Su aspecto era cómico, pues Randy iba con



pantalones téjanos y los otros dos de smoking. Randy se estremeció al verme, se inclinó hacia Fenner y éste habló al intérprete, quien entonces se aproximó a nosotros.

Los dos grupos se detuvieron, y tuvo lugar una escena breve y pintoresca. El intérprete habló al funcionario civil con el cual yo estaba esposado. La conversación discurrió en staccato; el italiano tenía el inconveniente de estar unido a mí por las esposas, y como lo olvidaba continuamente, al gesticular levantaba mi brazo. Aparte de «astronauta americano» y presto, presto! no entendía ni una palabra. Finalmente mi cancerbero se dejó convencer y utilizó de nuevo el aparato de radio, por el que también Fenner tuvo el honor de hablar. Tras él volvió a hablar mi vigilante, y de pronto el aparato empezó a emitir palabras y, mientras las oía, el hombre se cuadró. La situación se transformó en una farsa. Me quitaron las esposas, dimos media vuelta, y en el mismo orden que antes, pero con diferentes funciones —los policías eran ahora guardias de honor—, subimos a la primera planta. Pasamos por delante de las salas de espera, llenas de pasajeros sentados sobre sus maletas. Un cordón de hombres uniformados nos abrió paso y por una puerta tapizada de cuero entramos en una oficina atestada de gente.

Un gigante apoplético les hizo salir por otra puerta cuando nos vio llegar; pero aún quedaron unos diez hombres. El apoplético de voz ronca resultó ser el viceprefecto de policía en funciones. Me acercaron una silla; Annabelle ya estaba sentada. Aunque hacía sol, habían encendido todas las lámparas. De las paredes colgaban los planos del Laberinto; una maqueta del mismo se encontraba sobre un carrito, cerca de la mesa, y sobre la mesa brillaban unas fotos todavía húmedas. Podía imaginarme qué se veía en ellas. Fenner, que se había sentado detrás de mí, me apretó el brazo. Todo se desarrollaba tan bien porque él había telefoneado al viceprefecto desde la embajada. Algunos de los presentes rodeaban la mesa, otros se habían aposentado en el alféizar; el viceprefecto no decía nada, se limitaba a cruzar la habitación de un extremo a otro; de la oficina contigua hicieron venir a una secretaria llorosa. El intérprete nos miraba, ya a mí, ya a la pequeña, dispuesto a acudir en nuestra ayuda, pero mi italiano había mejorado de forma sorprendente. Me enteré de que unos hombres-rana habían pescado del agua mi chaqueta y el bolso de Annabelle, por lo que me convertí en el principal sospechoso, e incluso indagaron sobre mí en el Hilton. Yo era el cómplice del japonés; ambos habíamos acordado saltar hacia delante tras la activación de la bomba, a fin de llegar los primeros a la escalera. Pero algo había salido mal, el japonés se inclinó y yo me salvé al saltar desde el puente. A partir de aquí, las opiniones se dividían. Unos consideraban a Annabelle una terrorista, otros opinaban que yo la había raptado para retenerla como rehén. Todo esto lo averigüé de modo extraoficial, ya que el interrogatorio aún no había comenzado: esperábamos al jefe de seguridad del aeropuerto. Cuando éste apareció, Randy se erigió en representante de Estados Unidos y dio una explicación sobre nuestra acción. Mientras le escuchaba, yo despegaba discretamente de los muslos mis pantalones mojados. Randy se limitó a decir lo imprescindible, y también Fenner se expresó con brevedad. Dijo que nuestra acción era conocida por la embajada y que la Interpol estaba también enterada de ella y facilitaría toda la información a sus colegas italianos. Esto fue una jugada inteligente, pues de este modo todos los sentimientos hostiles se desviaron hacia una institución internacional. Naturalmente, nuestra historia no interesó en absoluto a los funcionarios, que sólo querían saber qué había ocurrido en las escaleras. Un ingeniero del servicio técnico consideraba incomprensible que yo hubiera podido salir del embudo y del vestíbulo sin un conocimiento previo de las instalaciones, a lo que Randy contestó que no

convenía subestimar el entrenamiento de las tropas paracaidistas de la Fuerza Aérea estadounidense, sin mencionar que yo lo había recibido hacía más de treinta años. Seguían oyéndose martillazos y las paredes retemblaban. Los trabajos de salvamento continuaban; se había retirado la parte del puente horadada por la explosión. Hasta ahora habían sido recuperados de entre los escombros nueve muertos y veintidós heridos, siete de ellos muy graves. De pronto empezó a oírse un gran bullicio al otro lado de la puerta; con un movimiento de cabeza, el viceprefecto ordenó a uno de los oficiales que saliera. Cuando éste abrió la puerta, vi por una rendija que en el centro del círculo de curiosos había una mesa sobre la cual se hallaba mi chaqueta, toda descosida, y el bolso de Annabelle, igualmente destrozado. El contenido estaba diseminado sobre cuadros de papel blanco y clasificado en montones como fichas de juego. El oficial volvió y abrió los brazos con impotencia: ¡la prensa! Unos tenaces periodistas se introdujeron en la oficina antes de que alguien pudiera impedirselo. Otro oficial se volvió hacia mí:

—Soy el teniente Canetti. ¿Cuál fue la carga explosiva utilizada? ¿Cómo se transportó?

—La cámara tenía un doble fondo. Cuando la abrió, la parte posterior saltó hacia afuera como un muñeco de resorte de su caja. Entonces sacó la bomba.

—¿Conoce usted el tipo?

—He visto bombas similares en Estados Unidos. Parte de la pólvora suele alojarse en el mango. Al ver que carecía de mango supe en seguida que la espoleta estaba transformada. Se trataba de un schrapnel de gran potencia destructiva. Puede decirse que no contiene metal; la parte exterior consiste en una aleación de carburo de silicio.

—Usted se encontraba casualmente en dicho lugar de la escalera, ¿verdad?

—No...

En el silencio cargado de tensión, sólo interrumpido por los martillazos, vacilé mientras buscaba las palabras adecuadas.

—No estaba allí totalmente por casualidad. El japonés entró en la escalera detrás de la niña porque sabía que ésta no intentaría impedirle el paso. La niña —eché una ojeada a Annabelle— seguía adelante porque le interesaba el perro, o al menos así me lo pareció. ¿Tengo razón? —pregunté a Annabelle.

—Sí —repuso, visiblemente asombrada.

Le sonreí.

—En cuanto a mí... tenía prisa. Es irracional, desde luego, pero cuando uno tiene prisa desea inconscientemente llegar antes que nadie al avión y por lo tanto, a la pasarela... No me lo había propuesto, pero ocurrió así.

Respiraron. Canetti dijo algo en voz baja al prefecto, y éste asintió.

—Desearíamos evitar a la señorita... ciertos pormenores. ¿Querría dejarnos solos un momento?

Miré a Annabelle; me sonrió por primera vez y se levantó. Le abrieron la puerta. Cuando se hubo ido, Canetti se dirigió nuevamente a mí.

—Me gustaría preguntarle lo siguiente: ¿cuándo concibió sospechas del japonés?

—No concebí ninguna sospecha. Llamaba la atención por sí mismo. Cuando se puso en cuclillas, se me ocurrió pensar que estaba loco. Hasta que activó la

bomba no comprendí que no me quedaban ni tres segundos.

—¿Por qué?

—No podía saberlo. La bomba no explotó cuando tiró de la espoleta, por lo que debía de tener un sistema de relojería. Ahora creo que tenía dos segundos, tal vez dos y medio.

—Nosotros somos de la misma opinión —dijo uno de los hombres que estaban en la ventana.

—Al parecer, tiene dificultades al andar. ¿Resultó usted herido?

—Por la explosión, no. La oí cuando caía al agua. ¿Cuántos metros hay desde el puente? ¿Cinco?

—Cuatro y medio.

—Así pues, un segundo. Traté de agarrar la bomba y luego me tiré por encima de la barandilla, lo cual significa otro segundo. ¿Me pregunta si estoy herido? Caí de espaldas contra algo. Una vez me rompí el cóccix.

—Allí hemos instalado un deflector —explicó un hombre desde la ventana—, con un declive muy pronunciado que desvía cualquier objeto hacia el centro. ¿No sabía nada de él?

—No.

—Perdone, otra pregunta —intervino de nuevo Canetti—. Este hombre, el japonés, ¿llegó a lanzar la bomba?

—No. La sostuvo hasta el fin.

—¿No trató de salvarse?

—No.

—Poltrinelli, jefe de seguridad del aeropuerto —se presentó un hombre de uniforme manchado, que se apoyaba contra la mesa—. ¿Está usted seguro de que el hombre quería morir?

—¿Si lo quería? Sí. No intentó ponerse a salvo. Podría haberse deshecho de la cámara.

—Esto es muy importante para nosotros, compréndalo. ¿No sería posible que quisiera lanzar la bomba entre los pasajeros y luego saltar desde el puente y que usted se lo impidiera al atacarle? Tropezó y la bomba activada hizo explosión.

—No, no pudo ser así, más bien al contrario —confesé—. Yo no le atacé, sólo intenté quitarle la bomba cuando se la apartó de la cara. Vi la espoleta entre sus dientes. En realidad se trataba de un pequeño cordón de nilón, no de un alambre. Sostenía la bomba con ambas manos, y así no es como se lanza.

—¿Trató usted de cogerla desde arriba?

—No, lo habría hecho de no encontrarse nadie en la escalera, de haber sido nosotros los últimos, pero precisamente por esto él no se colocó detrás de todos. Si se descarga el puño desde arriba, es fácil quitarle a cualquiera de las manos una bomba sin mango. La bomba habría caído escaleras abajo, pero quedado al alcance de la mano, ya que mucha gente deja su equipaje de mano sobre los peldaños, pese a no estar permitido. No habría rodado muy lejos. Por esto alargué la mano por la izquierda, y así le desorienté.

—¿Por qué usó la mano izquierda? ¿Es usted zurdo?

—Sí, y él no lo esperaba. Hizo un movimiento falso. Pero era un profesional. Se protegió con el codo levantado hacia la derecha.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Me dio un puntapié y se dejó caer hacia atrás. Debía estar muy bien entrenado, pues es increíblemente difícil lanzarse hacia atrás por una escalera, incluso aunque se esté dispuesto a morir. Siempre es preferible morir con la cabeza por delante.

—La escalera estaba llena de gente.

—Desde luego. ¡Pero, así y todo! El peldaño de detrás estaba vacío. Quien pudo, se apartó.

—Pero él no pudo verlo.

—No, y sin embargo, no hubo improvisación, actuó con demasiada rapidez. Tenía previstos todos los movimientos.

El jefe de seguridad agarraba con tanta fuerza el borde de la mesa que tenía los nudillos blancos. Las preguntas se sucedían con la velocidad de un careo.

—Me gustaría subrayar que su proceder está por encima de cualquier crítica. Pero, repito: es enormemente importante para nosotros determinar las circunstancias con exactitud. ¡Sin duda comprende usted el porqué!

—¿Quieren saber si tienen que enfrentarse con personas dispuestas a ir a una muerte segura?

—Sí. Por ello le ruego que reflexione otra vez sobre lo ocurrido durante aquel segundo. Me pondré en el lugar del hombre. Quito el seguro de la bomba y quiero saltar desde el puente. Usted trata de arrebatarme la bomba. Si me ciño a mi plan, usted puede quitarme la bomba y lanzarla detrás de mí, al vacío. Vacilo, y esta vacilación es decisiva. ¿No podría haber sucedido así?

—No. Un hombre que quiere lanzar una bomba no la sostiene con ambas manos.

—Pero ¿no le empujó usted al querer apoderarse de la bomba?

—Al contrario, si los dedos no me hubiesen resbalado, le habría atraído hacia mí. No le toqué porque se echó hacia atrás. Esto fue intencionado. Le diré a usted una cosa: le subestimé, simplemente. Tendría que haberle lanzado junto con la bomba por encima de la barandilla, y es lo que habría intentado si él no se hubiera anticipado a mí.

—Es probable que entonces él hubiera dejado caer la bomba a sus pies.

—En tal caso, yo habría saltado tras él. Es decir, lo habría intentado. Ya sé que ahora es fácil hacer conjeturas, pero creo que me hubiese arriesgado. Peso casi el doble que él y sus manos eran las de un niño.

—Gracias. No le haré más preguntas.

—Scarron, ingeniero —se presentó un joven civil de cabellos grises y gafas de concha—. ¿Podría usted imaginarse un sistema de seguridad capaz de evitar un atentado semejante?

—Pide mucho de mí. Se supone que ustedes han instalado todos los dispositivos de seguridad imaginables.

Dijo que habían tenido en cuenta muchas cosas, pero no todas. Contra una operación de tipo Lod, por ejemplo, habían desarrollado un método. Y desde

luego, mediante un botón podían transformar partes aisladas de la escalera automática en una superficie inclinada por la que la gente resbalaba hacia el recipiente de agua.

—¿El que contiene la espuma?

—No. Ese es un recipiente antidetonante, debajo del puente. Tenemos otros.

—Ya... Entonces, ¿por qué no lo han utilizado? Aunque por otro lado, no habría servido de nada...

—Exactamente. Además, actuó con demasiada rapidez.

Me enseñó sobre el plano de la pared los bastidores del Laberinto. Todo el edificio era, de hecho, una especie de campo de tiro. Desde arriba se podía inundar todo con el agua mantenida bajo fuerte presión, arrastrando a todo el mundo. Del embudo no podía salir nadie —dejar las escotillas abiertas había sido un descuido grave—. El ingeniero quería llevarme hasta la maqueta, pero yo renuncié a ello, dándole las gracias.

Scarron estaba muy excitado; quería mostrarme ejemplos de su eficiencia, pero también él comprendía su inutilidad. Me había preguntado sobre los sistemas de seguridad solamente porque estaba seguro de que yo no podría nombrarle uno mejor. Pensé que ahora ya habían terminado conmigo, pero un hombre de más edad, que se había sentado en la silla de Annabelle, levantó la mano.

—Doctor Toricelli. Una pregunta. ¿Puede decirme cómo salvó a la niña?

Reflexioné.

—Fue una feliz casualidad. Estaba entre nosotros. La empujé a un lado para llegar hasta el hombre, y cuando éste se echó hacia atrás, fui lanzado contra ella. La barandilla es baja. Si entre nosotros se hubiera encontrado una persona adulta de mi mismo peso, es probable que yo no hubiese podido tirarla abajo; tal vez ni lo habría intentado.

—¿Y si hubiera habido una mujer?

—Había una mujer —repliqué, mirándole a los ojos—. Delante de mí. Una rubia con pantalones recamados de perlas, que llevaba un perro de trapo. ¿Qué le ha ocurrido?

—Se ha desangrado —contestó el jefe de seguridad—. La bomba le arrancó las dos piernas.

Reinó el silencio. Los hombres del alféizar se pusieron en pie. Oí arrastrar sillas, y mis pensamientos volvieron a aquel preciso instante. Sólo sabía una cosa... yo no había intentado frenar el ímpetu en la barandilla, sino que la agarré con la mano derecha y, al volverme sobre el peldaño, rodeé a la niña con el brazo. Por eso, cuando salté por encima de la barandilla como un caballo en una carrera de obstáculos, la precipité conmigo al vacío. Pero ignoraba si la había agarrado a propósito o sólo porque estaba a mi alcance. No tenían más preguntas que hacerme, pero ahora yo necesitaba estar seguro de que mantendrían alejada a la prensa. Adujeron que esto era falsa modestia, pero yo no cedí. No quería que mi nombre se mezclara con el baño de sangre de la escalera. Solamente Randy adivinó mis motivos.

Fenner me propuso pasar un día más en Roma, como huésped de la embajada. Pero tampoco me presté a esto. Quería volar con el primer aparato que saliera hacia París. Había uno, un «Cessna», con material de una conferencia que había tenido lugar a mediodía, seguida de una recepción; por

eso Fenner y el intérprete iban vestidos de smoking. Nos acercamos a la puerta en grupos, hablando todavía, y entonces vino a nuestro encuentro una mujer a la que yo no había visto hasta ahora, una mujer de maravillosos ojos negros. Era psicóloga y se había interesado por Annabelle. Me preguntó si yo me proponía realmente llevar conmigo a París a la niña.

—¡Pues claro! ¿No le ha dicho que se lo he prometido?

Ella sonrió y preguntó si tenía hijos.

—No. Puede decirse que casi no. Sólo dos sobrinos.

—¿Le quieren?

—Creo que sí.

Me confió un secreto de Annabelle. La pequeña estaba confusa; yo le había salvado la vida y ella había pensado muy mal de mí. Creía que era cómplice del japonés, y por eso había intentado escaparse. En el cuarto de baño recibió un susto todavía mayor.

—¿Por qué, santo cielo?

La historia del astronauta se le antojó muy extraña, lo mismo que la de la embajada. Creyó que telefoneaba a otro cómplice. Y como su padre poseía una fábrica de vinos y yo quise informarme de su dirección, temió que mi intención fuera raptarla para exigir un rescate. Di mi palabra a la psicóloga de que no mencionaría el asunto a Annabelle.

—Tal vez me lo cuente ella misma —añadí.

—Nunca, o al menos no hasta dentro de diez años. Es posible que usted conozca a los chicos, pero una niña es diferente.

Se fue con una sonrisa y yo me ocupé del avión. Quedaba una plaza libre. Expliqué que necesitaba dos. Hicieron varias llamadas telefónicas y al fin un VIP desconocido cedió su plaza a Annabelle. Fenner tenía prisa, pero estaba dispuesto a aplazar una importante entrevista si yo iba a comer con él. Rechacé nuevamente su invitación, y cuando el diplomático y Randy se hubieron marchado, pregunté si podía comer algo con la niña en el recinto del aeropuerto. Todos los bares y cafeterías estaban cerrados, pero esto no era obstáculo para nosotros: estábamos por encima de la ley. Un hombre moreno y desgredado, probablemente un agente, nos condujo a un pequeño snack-bar que había detrás del vestíbulo. Annabelle tenía aún los ojos enrojecidos por el llanto, pero ahora se animó. Cuando el camarero preguntó qué deseábamos y yo vacilé, sin saber qué querría beber la niña, ésta observó tranquilamente que en casa bebía siempre vino. Llevaba una blusa demasiado larga, con las mangas arremangadas, y zapatos asimismo demasiado grandes para ella. Yo me sentía cómodo porque ya se me habían secado los pantalones y no tenía que comer pasta. De repente me acordé de los padres de la niña: tal vez habían oído ya la noticia por radio. Así pues, redactamos un telegrama, y cuando me levanté, nuestro cicerone apareció como surgido de la nada, tomó el telegrama y se fue a remitirlo. Cuando quise pagar, resultó que nos había invitado la dirección. Di una propina al camarero, tal como Annabelle esperaba de un astronauta hecho y derecho. Ahora ya era para ella una persona heroica y digna de confianza, y como a tal me confesó que nada le gustaría más que cambiarse de ropa. Nuestro acompañante nos llevó al hotel de Alitalia, donde se encontraba nuestro equipaje.

Tuve que decir a la niña que se apresurase; salió con aspecto muy elegante, y muy dignos nos dirigimos hacia la salida. Nos recogió el director adjunto del

aeropuerto; el director se encontraba indispuesto. Los nervios. El pequeño «Fiat» del departamento de seguridad del aeropuerto nos llevó hasta el «Cessna». En la escalerilla un joven distinguido se excusó y preguntó si quería un par de fotos como recuerdo del dramático suceso: más tarde me las enviaría. Pensé en la rubia y no acepté el ofrecimiento. Siguieron apretones de manos. No podría jurar que en la confusión no estrechara también la mano del hombre a quien me unieran las esposas hacía muy pocas horas. Me gusta volar en aviones pequeños. El «Cessna» se elevó en el cielo como un pájaro y tomó rumbo al norte. Poco después de las siete aterrizamos en Orly. El padre de Annabelle había venido a recibirla; ya en el avión intercambiamos nuestras direcciones, Annabelle y yo. Me acuerdo gustosamente de ella, pero no puedo decir lo mismo de su padre. Rebosaba agradecimiento y cuando nos despedimos me dedicó un cumplido que indudablemente había confeccionado al enterarse por la televisión del baño de sangre de la escalera. Dijo que yo tenía *esprit d'escalier*.

# PARÍS

(Orly-Garges-Orly )

Pernocté en Orly, en el hotel de Air France, porque mi hombre del Centre National de Recherche Scientifique ya no se encontraba allí y no quise importunarle en su casa. Tuve que cerrar la ventana antes de dormirme porque la nariz me cosquilleaba de nuevo, y entonces me di cuenta de que no había estornudado ni una sola vez en todo el día.

Así pues, podría haber aceptado tranquilamente la proposición de Fenner, pero, ignoro por qué motivo, tenía prisa por llegar a París.

A la mañana siguiente llamé al CNRS en cuanto acabé de desayunar, y me enteré de que mi doctor estaba de vacaciones, pero que no se había ido de viaje porque tenía que ocuparse de su casa recién construida. Llamé entonces a Garges, donde residía, pero resultó que aún no le habían instalado el teléfono, de modo que fui a visitarle sin anunciarme. En la Gare du Nord no circulaban trenes de cercanías debido a una huelga del servicio de vigilancia. Al ver la cola interminable ante la parada de taxis, pregunté por la agencia más cercana de alquiler de coches —era la Hertz— y alquilé un pequeño «Peugeot». Moverse en coche por París es funesto, y más aún si uno se dirige a un lugar que no conoce. Cerca de la Opera —no había elegido este camino, el tráfico me engullió sencillamente hasta allí— una camioneta de reparto me arañó el guardabarros, pero no con mucha fuerza, así que continué adelante pensando en agua con hielo y en los lagos canadienses, pues el sol enviaba desde el cielo unos rayos candentes poco habituales a esa hora del día. En vez de tomar la salida de Garges, tomé por descuido la de Sarcelles, una fea urbanización, y poco después me detuve ante una barrera de la vía férrea, sudando y soñando con la refrigeración. El doctor Philip Barth, a quien yo llamaba «mi hombre», era un conocido matemático francés y al mismo tiempo consejero científico de la Sûreté. Dirigía un grupo que trabajaba en un proyecto de un computador de investigación, con un sistema de programas con análisis de factores múltiples. Se trataba de la solución electrónica de casos criminales en los que la abundancia de factores importantes para la indagación es excesiva para la capacidad de la memoria humana.

El exterior de la casa ya estaba revestido de un material de color vivo. Se levantaba en un jardín bastante frondoso; sobre un ala caía la sombra de magníficos olmos, la avenida estaba cubierta de grava y en el centro había un parterre de flores, seguramente caléndulas —la botánica es la única asignatura que no se exige al astronauta—. Ante un cobertizo abierto, que servía provisionalmente de garaje, había un sucio «2 CV» y a su lado un «Peugeot» 604 de color crema con las portezuelas abiertas de par en par; las alfombras yacían sobre el césped, y el coche rezumaba espuma, porque varios niños lo lavaban al mismo tiempo y por cierto, con tanta aplicación que en el primer momento no pude contarlos. Eran los hijos de Barth. Los dos mayores, un muchacho y una niña, me saludaron en inglés; cuando a uno no se le ocurría una palabra, el otro acudía en su ayuda. ¿Cómo sabían que debían hablar en inglés conmigo? Porque habían recibido un telegrama de Roma anunciando la llegada de un astronauta. ¿Y cómo habían adivinado que yo era ese astronauta? Porque nadie más llevaba tirantes. De modo que el bueno de Randy les había notificado mi visita. Conversé con ambos, mientras el pequeño, ignoro si era niño o una niña, daba vueltas a mi alrededor con las manos en la espalda, como si buscara el lugar adecuado para contemplar mi aspecto más interesante. Su padre estaba muy ocupado y yo me hallaba ante la alternativa de entrar en la



casa o quedarme a lavar el coche con ellos, pero entonces Barth se asomó a una ventana de la planta baja. Era sorprendentemente joven, o mejor dicho, yo aún no me había acostumbrado a mi propia edad. El doctor me recibió con cortesía, pero yo advertí cierta distancia y me pregunté si habríamos hecho bien en abordarle a través de la Sûreté en vez de la CNRS. Pero Randy sostenía relaciones más estrechas con la policía que con los científicos.

Barth me condujo a la biblioteca, porque en su despacho reinaba todavía el caos, y me dejó solo un momento. Llevaba un mono manchado de pintura. La casa era totalmente nueva, los libros estaban recién alineados en las estanterías como soldados para un desfile, olía a pulimento y cera y en la pared observé una gran fotografía en la que aparecía Barth con los niños a lomos de un elefante. Contemplé su rostro: a juzgar por la fotografía, no hubiera dicho nunca que se trataba de la gran esperanza de la matemática francesa, aunque ya había aprendido que los matemáticos tenían un aspecto bastante modesto en comparación con los humanistas o los filósofos.

Barth volvió, mirando con descontento sus manos, que aún conservaban manchas de pintura, y yo le mencioné un par de métodos para eliminarlas. Nos sentamos junto a la ventana. Dije que no era un detective ni tenía nada que ver con la criminología; ocurría que estaba implicado en un caso extraño y misterioso que me conducía hasta él como mi última esperanza.

Mi francés, fluido, aunque no europeo, le sorprendió. Le confesé que era de origen francocanadiense.

Randy confiaba más en mi simpatía que yo mismo. La benevolencia del doctor Barth me era tan necesaria que la situación me inspiraba cierta timidez. La Sûreté era una fuente de recomendación que él no apreciaba demasiado; por otra parte, en los círculos universitarios existe bastante hostilidad hacia los militares. Predomina el criterio de que los astronautas se recluían del ejército, lo cual no siempre corresponde a la realidad —como en mi caso, por ejemplo—. Pero no era cuestión de contarle mi vida. Así pues, vacilé, inseguro acerca de la actitud que debía adoptar para romper el hielo. Como me confió más adelante, mi rostro expresaba tanta indecisión, le recordé tanto a un estudiante mal preparado, que se sintió bien dispuesto hacia mí. Mi suposición había sido correcta: Barth consideraba un fanfarrón al coronel cuya recomendación consiguiera para mí Randy, y sus relaciones con la Sûreté no eran las mejores. De todos modos, cuando estuve en la biblioteca con él, yo no podía saber que la mejor táctica para ablandarle era la inseguridad. Se mostró dispuesto a escucharme. Hacía tanto tiempo que yo estaba inmerso en esta historia que era capaz de contarla de memoria con todos sus pormenores. También llevaba conmigo microfilmes con todo el material existente, a fin de poder ilustrar mi conferencia, y como Barth acababa de desembalar su proyector, lo preparamos, pero dejando la ventana abierta y sin correr las cortinas, lo cual no estorbaba porque la biblioteca estaba bajo la verde penumbra de los árboles.

—Se trata de un rompecabezas —dije mientras colocaba el primer rollo de película—, de un ejercicio mental que consiste en piezas separadas, cada una de ellas comprensible, pero que unidas forman un conjunto enigmático. Incluso la Interpol se ha devanado los sesos con él. Hace poco hemos simulado una acción que más tarde le relataré. Ha sido infructuosa.

Yo sabía que su programa de investigación se hallaba en fase experimental, que aún no se había utilizado en la práctica, y que existían opiniones diversas a su respecto; pero a mí me interesaba despertar su curiosidad, por lo que decidí exponerle la versión resumida del caso.

—El 27 de junio del año antepasado, la dirección del hotel Savoy de Nápoles comunicó a la policía que Roger T. Coburn, un americano de cincuenta años, se había ido a la playa por la mañana del día anterior y desde entonces no había regresado. Esto era sospechoso porque Coburn, que residía en el Savoy desde hacía doce días, había ido diariamente a la playa, y como está a sólo trescientos pasos del hotel, salía en albornoz. El guarda de la playa encontró por la noche el albornoz en la caseta de Coburn.

»Coburn era conocido como excelente nadador. Durante más de veinte años se contó entre los mejores nadadores de crawl americanos, y hasta la madurez se había mantenido en forma, pese a cierta tendencia a engordar. Ninguno de los numerosos bañistas observó su desaparición. Cinco días después, durante una ligera tormenta, las olas llevaron su cadáver hasta la playa. El caso habría sido considerado un accidente más de los muchos que ocurren anualmente en cualquier playa grande, de no ser por un par de detalles que determinaron una investigación. El muerto, un corredor de Bolsa de Illinois, viajaba solo, y como no se trataba de una muerte natural, se le practicó la autopsia. Esta reveló que se había ahogado con el estómago vacío. Sin embargo, la dirección del hotel afirmó que había desayunado antes de irse a la playa. La contradicción era más bien banal, pero el prefecto de policía estaba en malos términos con un grupo de autoridades municipales que había invertido capital en la construcción de hoteles, el Savoy entre otros, y poco tiempo antes se había producido en el Savoy un incidente del que nos ocuparemos más tarde.

»La prefectura empezó a interesarse por el hotel cuyos huéspedes sufrían semejantes contratiempos. Se encargó a un joven ayudante que realizara discretas pesquisas y a partir de entonces el joven mantuvo bajo su lupa al hotel y sus habitantes. Como criminalista incipiente, tenía gran interés en brillar ante su jefe. Gracias a su celo, muchas cosas notables emergieron a la luz. Por las mañanas Coburn permanecía en la playa, después de comer, descansaba, y hacia el atardecer visitaba el balneario de los hermanos Vittorini, a fin de tomar los baños sulfurosos que le había recetado el médico local, doctor Giono. Coburn padecía un ligero reumatismo. Resultó que el americano había sufrido, en la semana anterior a su muerte, cuando volvía del instituto de los hermanos Vittorini, tres accidentes de tráfico, todos ellos en circunstancias similares: intentaba cruzar la calle con el semáforo en rojo. Los accidentes no fueron peligrosos, sólo simples abolladuras, y como consecuencia fue multado y advertido. Pero desde entonces cenó en su habitación y no en el comedor, como hacía antes. No abría al camarero hasta haberse asegurado por una rendija de la puerta de que era un empleado del hotel. También renunció a sus paseos vespertinos por la bahía, que eran una costumbre fija desde los primeros días de su estancia. Todo indicaba que se sentía perseguido o amenazado, ya que acelerar el coche cuando el semáforo cambia de ámbar a rojo es un conocido método para burlar a un perseguidor. En este sentido también eran comprensibles las medidas de seguridad adoptadas por el difunto en el hotel. Esto fue lo que salió a relucir durante las investigaciones. Coburn, sin hijos y separado desde hacía catorce años, no había hecho amistades en el Savoy ni tenía al parecer ningún conocido en la ciudad. Se descubrió únicamente que la víspera de su muerte había intentado comprar un revólver en una armería; ignoraba que en Italia se necesita un permiso para adquirir un arma. Como no lo tenía, compró una imitación de pluma estilográfica con la que se podía rociar a un agresor con una mezcla de gas lacrimógeno y colorante difícil de limpiar. Esta pluma se encontró sin desenvolver entre sus cosas, y se procedió a investigar en la tienda donde las vendían. Coburn no sabía italiano y el armero hablaba apenas unas cuantas palabras en inglés. Sólo pudo averiguarse que el

americano había pedido un arma capaz de poner fuera de combate a un adversario peligroso y no a un ladronzuelo cualquiera.

»Como Coburn había tenido todos los accidentes al volver del balneario, el ayudante fue a ver a los Vittorini. Allí se acordaban del americano, pues había sido muy generoso con el personal. Sin embargo, no recordaban nada extraño en su conducta, a excepción de que últimamente siempre tenía prisa y se marchaba sin haberse secado del todo, pese a las advertencias del bañero de que esperase diez minutos. Estos escasos resultados no dejaron satisfecho al joven criminalista, que, en un alarde de celo e inspiración, empezó a repasar los libros del instituto, en los cuales figuran los pagos de todas las personas que toman baños y reciben masajes bajo el agua.

»Desde mediados de mayo los Vittorini tuvieron otros diez clientes americanos; cuatro de ellos, aunque, como Coburn, habían pagado ya una serie de baños —había abonos de una, dos, tres y cuatro semanas—, al cabo de ocho o diez días dejaron de aparecer para el tratamiento. Tampoco esto era nada extraordinario, pues era posible que todos hubieran tenido que marcharse inesperadamente, sin tiempo para reclamar el dinero anticipado. El ayudante, enterado de los nombres de los americanos por los libros del instituto, decidió comprobar qué les había sucedido. Cuando más tarde se le preguntó por qué se había limitado en sus investigaciones a ciudadanos de Estados Unidos, no pudo dar una respuesta clara. Una vez dijo que se le había antojado un asunto con conexiones americanas porque hacía poco que la policía desarticuló una organización para contrabando de heroína, que enviaba la droga desde Nápoles a Estados Unidos; otra vez explicó que se había limitado a norteamericanos porque Coburn tenía dicha nacionalidad.

»En cuanto a los cuatro hombres que habían pagado los baños sin acabar de tomarlos, el primero, Arthur J. Holler, un jurista de Nueva York, se marchó repentinamente al recibir la noticia de la muerte de su hermano. En la actualidad vive en su ciudad natal, está casado, tiene treinta y seis años y es consejero jurídico de una gran agencia de publicidad. Los otros tres ofrecían cierta similitud con Coburn.

»En cada caso se trataba de un hombre entre cuarenta y cincuenta años, de posición acomodada, solo y que era paciente del doctor Giono. Uno de estos americanos, Ross Brunner, Jr., residió en el Savoy, como Coburn, mientras los otros dos se alojaron en pequeñas pensiones situadas igualmente frente a la bahía. Las fotos llegadas de Estados Unidos mostraban cierta semejanza entre los desaparecidos. Eran de estatura atlética, se advertía en ellos una cierta corpulencia, una calva incipiente y un visible esfuerzo por ocultarla. Aunque el cuerpo de Coburn, examinado a fondo en el Instituto de Medicina Legal, no tenía huellas de violencia y se dictaminó la causa de la muerte como ahogo motivado por calambres o agotamiento, la prefectura ordenó continuar las investigaciones. Se hicieron también pesquisas en torno al destino de los otros tres americanos, y no tardó en saberse que Osborn había partido súbitamente hacia Roma, Emmings volado de Nápoles a París, y Brunner enloquecido. La policía conocía ya el destino de Brunner, y además, desde hacía bastante tiempo. Este huésped del Savoy de la primera mitad de mayo, estaba en el Hospital Municipal. Era constructor de coches y trabajaba en Detroit. Durante la primera semana de su estancia se comportó de manera ejemplar, iba al solárium por las mañanas, y al instituto de los hermanos Vittorini por las tardes, a excepción de los domingos, que dedicaba a excursiones más largas. Estas pudieron conocerse a través de la agencia de viajes que tenía una sucursal en el Savoy. Había estado en Pompeya, en Herculano, pero sin bañarse en el mar, pues el médico se lo prohibía debido a

que tenía piedras en el riñón. El sábado anterior a la fecha fijada había anulado una excursión a Anzio, y dos días antes ya empezó a dar muestras de una conducta extraña. Dejó de pasear a pie, y aunque sólo quisiera ir a tres manzanas de distancia, pedía su coche, lo cual era una molestia, porque el nuevo aparcamiento del hotel se encontraba en obras y los coches de los huéspedes estaban apretujados en un solar vecino. Brunner se negaba a ir a buscar él mismo su coche y exigía que uno de los empleados se lo llevara a la puerta del hotel, lo cual dio lugar a diversos roces. El domingo no tomó parte en la excursión ni apareció a la hora de comer. Encargó que le subieran la comida a la habitación, y cuando el camarero abrió la puerta, Brunner se abalanzó sobre él y trató de estrangularle. En la lucha rompió un dedo al camarero, y de repente se tiró por la ventana. Cayó desde el segundo piso y se rompió una pierna y el hueso de la cadera. En el hospital, aparte de las fracturas, determinaron una dolencia mental parecida a la esquizofrenia. Por motivos comprensibles, la dirección del hotel trató de silenciar el incidente, pero fue precisamente este caso lo que indujo a la prefectura, tras la muerte de Coburn, a ampliar el campo de las investigaciones. Era preciso revisar el caso, ya que había surgido la duda de que Brunner se hubiera tirado efectivamente por la ventana o le hubiesen empujado. Pero no se pudo encontrar nada que desmintiera las declaraciones del camarero, un hombre maduro y honesto.

»Brunner seguía en el hospital, la confusión de su mente había remitido un poco, pero surgieron complicaciones en la soldadura de los huesos de la cadera y el pariente que debía venir a buscarle desde Estados Unidos aplazaba una y otra vez su llegada. Al final un reputado especialista declaró a Brunner irresponsable de sus actos a causa de un agudo estado psicopático de etiología desconocida, y su diagnóstico dio al traste con las investigaciones.

»El segundo americano, Adam Osborn, un solterón licenciado en economía, partió de Nápoles el cinco de junio en un coche alquilado de la agencia Avis en dirección a Roma, pero abandonó el hotel con tal precipitación que se dejó los utensilios personales: máquina de afeitar, cepillos, zapatillas. A fin de remitirle estos objetos, el Savoy llamó al hotel de Roma donde Osborn había hecho reservar una habitación, pero no se encontraba en él. El Savoy renunció a la búsqueda del caprichoso huésped, y tras las exhaustivas pesquisas policiales se supo que Osborn ni siquiera había llegado a Roma. El detective se enteró en la agencia Avis de que el "Opel Rekord" alquilado había sido hallado cerca de Zagarolo, a las puertas de Roma, en el arcén de la autopista, en perfectas condiciones y con todo el equipaje de Osborn. Como el "Opel" pertenecía al parque romano de la empresa, estaba matriculado en Roma y su estancia en Nápoles sólo se debía a que un turista francés había viajado con él desde Roma, Avis puso en antecedentes a la policía romana. La prefectura de Roma se hizo cargo de las cosas de Osborn y llevó asimismo la investigación del caso, ya que Osborn fue hallado al amanecer del día siguiente..., muerto. Un coche le había atropellado en la salida de la Autostrada del Sole, casi a nueve kilómetros del lugar donde dejara el coche alquilado.

»Al parecer se había apeado sin motivo aparente y había caminado por el borde de la autopista hasta el siguiente desvío, y precisamente allí un coche le atropello y se dio a la fuga. Se pudo reconstruir el curso de los acontecimientos con bastante exactitud, pues Osborn había derramado un poco de agua de colonia sobre la alfombrilla de goma del coche.

»A pesar de la lluvia caída durante la noche, el perro de la policía encontró fácilmente el rastro. Osborn había caminado hasta la carretera de salida por el arcén, pero allí donde la autopista bordeaba un terreno elevado, había

abandonado varias veces el asfalto para trepar por el montículo. Después bajaba de nuevo al carril y seguía caminando. Al llegar a la salida avanzó en zigzag, como si estuviera borracho, y allí murió en el acto por fractura de cráneo. Sobre el asfalto quedaron manchas de sangre y trozos de cristal de uno de los faros. Hasta la fecha, la policía romana no ha logrado encontrar al causante del accidente. Dio que pensar el hecho de que Osborn recorriera nueve kilómetros de la autopista y nadie se fijara en él, aunque era por la tarde y el tráfico muy denso. Por lo menos tendría que haberle detenido alguna patrulla, ya que no se permiten viandantes en una autopista. El asunto se aclaró unos días más tarde cuando alguien tiró por la noche frente a la comisaría una bolsa con palos de golf. En las asas estaba grabado el nombre de Osborn, y era de suponer que el americano había caminado con los palos de golf al hombro y que los automovilistas, teniendo en cuenta que los palos no sobresalían de la funda y que Osborn llevaba pantalones téjanos y una camisa de manga corta, le habían tomado por un trabajador de la autopista. No cabía duda de que los palos de golf cayeron en el lugar del accidente; alguien debió recogerlos y al enterarse por la prensa de las pesquisas policiales, sintió temor de verse envuelto en un posible caso de homicidio y se deshizo de los palos.

»La razón de que Osborn bajara del coche y siguiera adelante a pie y con los palos de golf no pudo aclararse. La botella vacía de agua de colonia y las gotas en el suelo del coche hacían suponer que se había mareado, tal vez estaba a punto de desmayarse y por ello se humedeció la cara. La autopsia no reveló nada de alcohol ni ninguna clase de veneno en el organismo. Poco antes de abandonar el hotel, Osborn quemó en la papelera unas hojas escritas de papel de cartas. No quedaba nada de ellas, pero entre las cosas que dejó en el hotel se encontraba un sobre vacío dirigido a la prefectura, como si Osborn hubiese querido comunicar algo a la policía y al final no lo hubiera hecho.

»El tercer americano, Emmings, era corresponsal de la United Press International. Procedía del Cercano Oriente, desde donde había enviado reportajes a Estados Unidos, y se detuvo en Nápoles. Dijo en el hotel que se quedaría por lo menos dos semanas, pero a los diez días se marchó de modo inesperado. Había comprado en la agencia de British European Airways un billete para la línea Nápoles-Londres, y una sola llamada bastó para averiguar que, una vez llegado a Londres, se suicidó en el lavabo del aeropuerto. Se había disparado un tiro en la boca y tres días después murió en el hospital sin recobrar el conocimiento.

»El motivo de su marcha era plausible: tenía que ir a Londres por encargo de la United Press, de la que había recibido un telegrama para que mantuviera diversas entrevistas en relación con los rumores de un nuevo escándalo en el Parlamento. Emmings era conocido por su valor y carácter equilibrado. Como corresponsal se dirigía siempre a lugares donde estallaban conflictos militares; había estado en Vietnam y anteriormente, tras la capitulación de Japón, como joven reportero en Nagasaki, ciudad sobre la cual escribió un reportaje que le valió una gran popularidad.

»En vista de estos hechos, el ayudante, que seguía con las investigaciones, quería volar a Londres, a Oriente Próximo e incluso al Japón, pero su superior le encargó que interrogase a las personas que habían estado en contacto con Emmings durante su estancia en Nápoles. Estas se reducían al personal del hotel, ya que Emmings solía viajar solo. Nadie había observado nada anormal en su conducta. Únicamente la camarera que arregló la habitación después de su marcha recordó haber visto gotas de sangre en la bañera y una venda ensangrentada en el suelo del cuarto de baño. Según la autopsia practicada en

Londres, Emmings tenía un corte en la muñeca izquierda. Esta herida reciente estaba cubierta por un esparadrapo. De esto se dedujo que Emmings ya intentó suicidarse antes de salir del hotel, cortándose las venas, pero después se vendó y fue al aeropuerto. También había tomado baños sulfurosos y estado en la playa, además de recorrer la bahía en una lancha alquilada. En suma, su comportamiento había sido completamente normal.

»Tres días antes de la fecha crítica había ido a Roma para encontrarse con el agregado de prensa de la embajada americana, antiguo conocido suyo. El agregado declaró que Emmings estaba de muy buen humor, pero que cuando le acompañó al aeropuerto le llamó la atención que mirase con mucha insistencia por el espejo retrovisor. Preguntó en broma a Emmings si se había granjeado enemigos en El Fatah, a lo que Emmings respondió sonriendo que se trataba de una historia muy diferente, que no podía confiarle, pero que esto no le apenara porque no tardaría en aparecer en las primeras páginas de los periódicos. Cuatro días después estaba muerto.

»El ayudante requirió la ayuda de otros dos detectives y volvió una vez más al balneario para examinar todos los libros de los últimos años. En casa de los Vittorini le miraban ya con franco desagrado, pues las continuas visitas de la policía perjudicaban el buen nombre del instituto. Pese a ello, los libros descansaban uno tras otro sobre la mesa y al final se encontraron en ellos ocho nuevas pistas.

»Aunque el mecanismo de los acontecimientos continuaba incomprendible como antes, el ayudante descubrió que se trataba de hombres de mediana edad, todos extranjeros, cuya vida regular cesaba entre la primera y la segunda semana de su estancia.

»Dos de las pistas resultaron inofensivas. Eran ciudadanos americanos que inesperadamente y por razones personales habían tenido que interrumpir su estancia en Nápoles, uno porque en su empresa se había declarado una huelga y el otro porque debía comparecer ante un tribunal como testigo de cargo contra una empresa constructora que había instalado deficientemente la conducción de agua en un edificio de su propiedad. Por motivos sin importancia, la vista fue fijada para una fecha anterior a la anunciada.

»Las indagaciones en el caso del propietario de la empresa que había estado en huelga se reanudaron al cabo de algún tiempo, pues el hombre ya no vivía y cada muerte era investigada concienzudamente. Sin embargo, al final se recibió de la policía americana la información de que el sujeto había muerto de una embolia dos meses después de su regreso a Estados Unidos. El difunto padecía esclerosis cerebral desde hacía años. La siguiente pista, la tercera, entraba, desde luego, en el terreno criminal, pero no constaba en los autos. El motivo de la repentina desaparición del americano fue su arresto por la policía local, que actuó por encargo de la Interpol y confiscó al detenido una gran cantidad de heroína. El individuo esperaba su proceso en la prisión de Nápoles.

»Así fueron eliminadas tres de las ocho pistas. Otras dos eran dudosas. En una de ellas se trataba de un americano de cuarenta años que había acudido a los Vittorini para una cura de aguas, no para baños sulfurosos, y que luego no apareció más por el instituto porque se rompió la columna vertebral mientras practicaba el esquí acuático. Por lo visto volaba por el aire con unas alas sujetas a la espalda y remolcado por una lancha motora. A causa de un giro demasiado rápido de la embarcación, el americano se precipitó desde una altura de diez metros. Sus lesiones obligaron a ponerle un corsé de yeso. El piloto de la lancha, también americano, era íntimo amigo del accidentado, pero el caso no

fue abandonado definitivamente porque el herido, mientras estaba todavía en el hospital, empezó a tener fiebre muy alta y alucinaciones. El diagnóstico dudaba entre una enfermedad exótica, contraída en los trópicos, y un envenenamiento por ingestión de alimentos en mal estado.

»En el siguiente caso dudoso se trataba de un rentista de casi sesenta años, un italiano con nacionalidad americana, que percibía una renta en dólares y se había instalado en su Nápoles natal. Como reumático, tomaba baños sulfurosos, pero de improviso los interrumpió porque los creía perjudiciales para su corazón. Se ahogó en la bañera de su casa siete días después de haber visitado el balneario por última vez. La autopsia reveló que tenía los pulmones llenos de agua y el corazón le había fallado de repente. El forense no encontró nada sospechoso en este caso, pero las indagaciones conducidas a raíz de las visitas al instituto de los Vittorini lo desenterraron de nuevo. Existían sospechas de que el pensionista no se hubiera ahogado a causa de un fallo cardíaco, sino porque alguien le mantuviera bajo el agua. La puerta del cuarto de baño no estaba cerrada por dentro.

»Sin embargo, el interrogatorio de los parientes no facilitó ninguna indicación que confirmase esta sospecha, e incluso faltaba un motivo material, ya que era una renta vitalicia.

»Las tres últimas pistas de las ocho originales resultaron ser certeras, ya que condujeron a nuevas víctimas que habían compartido el destino característico de la monótona serie. Eran nuevamente hombres solos y maduros, pero no exclusivamente americanos. Uno de ellos, Ivar Olav Leyge, era un ingeniero de Malmo. El segundo, Karl-Heinz Schimmelreiter, un austríaco de Graz. El tercero se llamaba James Brigg. Se presentaba como escritor, pero en realidad era un guionista que aceptaba cualquier encargo. Había llegado de Washington vía París, donde se puso en contacto con la editorial Olympia Press, especializada en literatura erótica y pornográfica. En Nápoles se alojó en casa de una familia italiana que sólo sabía de él lo que les contó a su llegada, es decir, que quería estudiar a "los marginados de la vida". Ignoraban que Brigg tomaba baños medicinales. Por la noche del quinto día no regresó a la casa; desapareció sin dejar huella. Antes de avisar a la policía, la familia decidió averiguar la solvencia de su inquilino, abrieron su habitación con una segunda llave y constataron que Brigg se había evaporado con todo su equipaje. Sólo quedaba una maleta vacía, y entonces recordaron de improviso que su inquilino salía diariamente con una cartera muy llena y volvía con la misma cartera, pero vacía. Como la familia tenía una reputación intachable y alquilaba la habitación desde hacía mucho tiempo, hubo que prestar crédito a sus declaraciones.

»Brigg era bastante calvo y de complexión atlética, y en su rostro podía apreciarse la cicatriz dejada por una operación de labio leporino. No tenía ningún pariente; por lo menos no se consiguió encontrar a ninguno. Al ser consultado, el editor parisino explicó que Brigg le había propuesto escribir un libro sobre los concursos de misses en América, proposición que él rechazó por considerarla poco interesante. Todas estas declaraciones podían ser ciertas, pero fue imposible corroborarlas o refutarlas; a Brigg parecía habérselo tragado la tierra y no se halló a una sola persona que le hubiera visto después de que abandonase la habitación alquilada. Las pesquisas hechas al azar entre prostitutas, chulos y drogadictos no dieron ningún resultado. Por ello el caso Brigg pertenecía a los dudosos, pero, por cómico que pueda parecer, fue archivado porque Brigg padecía fiebre del heno.

»El destino del sueco, al igual que el del austríaco, no inspiró semejantes dudas. El primero, Leyge, antiguo miembro del Club Himalaya, vencedor de

varios Siete Mil en Nepal, llegó a Nápoles después de divorciarse. Se alojó en el hotel Romano, en el centro, y no se bañaba en el mar ni iba a la playa; solamente tomaba el sol en el solárium, visitaba museos y tomaba baños sulfurosos. El día diecinueve de mayo partió al atardecer hacia Roma, pese a haber dicho al principio que pensaba pasar todo el verano en Nápoles. En Roma dejó su equipaje en el coche, se dirigió al Coliseo, subió hasta el último piso y se lanzó al vacío por la parte de fuera, muriendo en el acto. El informe judicial habló de suicidio o accidente causado por una repentina enajenación mental. El sueco, un hombre rubio y apuesto, no aparentaba su edad; cuidaba hasta la pedantería su aspecto y su estado físico. Jugaba diariamente al tenis a las seis de la mañana, no bebía, no fumaba, en suma, velaba con esmero por su forma física. Los cónyuges habían solicitado el divorcio de común acuerdo, alegando incompatibilidad de caracteres. Esta circunstancia se conoció gracias a la ayuda de la policía sueca, y pareció suministrar un posible motivo para el suicidio: una repentina depresión causada por la disolución de un largo matrimonio. Sin embargo, pudo comprobarse que los cónyuges vivían separados desde hacía varios años y al final habían pedido el divorcio para legalizar su situación.

»La historia del austríaco, Schimmelreiter, era más complicada. Se hallaba en Nápoles desde mediados de invierno y hasta abril no inició los baños sulfurosos. A fines del mismo mes dijo que le sentaban muy bien y por ello decidió prolongarlos otro mes. Una semana más tarde empezó a dormir mal, estaba malhumorado y colérico, afirmó que alguien hurtaba en sus maletas, que sus gafas con montura de oro habían sido robadas, y cuando las encontraron detrás del sofá, dijo que el ladrón las había colocado allí a propósito. Fue fácil conocer con exactitud su modo de vida porque se alojaba en una pequeña pensión y antes de su trastorno mental había sostenido relaciones muy cordiales con su patrona. El diez de mayo, Schimmelreiter tropezó en las escaleras y tuvo que acostarse con la rodilla magullada. Al cabo de dos días la irritación del inquilino remitió y entre él y la patrona volvió a reinar la concordia, y como una vez pasadas las molestias de la rodilla sintió dolores reumáticos, reanudó sus visitas al balneario. Dos días después sobresaltó por la noche a todos los huéspedes de la pensión con sus gritos de socorro. Hizo añicos con el bastón el espejo de su cuarto, tras el cual suponía que alguien estaba oculto, e intentó tirarse por la ventana. Como el espejo pendía de la pared, era imposible que alguien se escondiera detrás de él. La patrona, al ver que no podía apaciguar al excitado Schimmelreiter, avisó a un médico conocido suyo, y éste constató los primeros síntomas de un infarto cardíaco. Semejante estado puede conducir a trastornos mentales, o al menos así opinó el médico, quien a instancias de la patrona gestionó el ingreso del austríaco en un hospital. Antes de abandonar la pensión y de que el bastón pudiera serle arrebatado, destrozó el espejo del lavabo y otro que pendía en el descansillo de la escalera.

»En el hospital estaba inquieto, lloraba, trataba de esconderse debajo de la cama, y al mismo tiempo le acometían frecuentes ahogos, era asmático. Confió al estudiante de medicina que le atendía, no sin antes exigirle que guardara el secreto, que en el instituto de los Vittorini habían intentado matarle dos veces, echando veneno al agua del baño, y que el autor había sido un empleado que sin duda alguna pertenecía al servicio secreto israelí. El estudiante ignoraba si esta información era pertinente para el historial del enfermo. El médico jefe la consideró expresión de una manía persecutoria motivada por la arteriosclerosis cerebral. Schimmelreiter murió a finales de mayo de un edema pulmonar progresivo. Como no tenía parientes, le enterraron en Nápoles a expensas del municipio, ya que la estancia en el hospital había agotado sus modestos ahorros. Así pues, constituyó una excepción en la serie, ya que se trataba de un



extranjero sin medios, al contrario de todas las otras víctimas. Las indagaciones posteriores revelaron que Schimmelreiter había sido durante la guerra secretario en el campo de concentración de Matthausen, y tras la derrota de Alemania fue juzgado pero absuelto porque la mayoría de testigos, antiguos internados del campo, declararon a su favor. Sin embargo, no faltaron quienes dijeron que había golpeado a algunos prisioneros, pero como esto lo declararon terceras personas, su culpa no pudo probarse. Si bien parecía haber cierta relación entre los dos quebrantamientos de su salud y sus visitas al instituto de los Vittorini, la convicción del difunto era infundada, ya que no existe ningún veneno que, disuelto en agua, pueda afectar el cerebro.

»El empleado a quien el austríaco acusaba de haberle envenenado no era judío, sino siciliano, y no tenía nada que ver con el servicio secreto israelí. También en este caso hubo que renunciar a la posibilidad de homicidio.

»El dossier, excluyendo al desaparecido Brigg, comprendía ya los casos de seis personas fallecidas, al parecer por casualidad, de muerte antinatural. Los hilos procedían siempre de un instituto balneario, y como en Nápoles hay varios de ellos, se procedió a examinar sus libros de cuentas. Las pesquisas fueron incrementándose como un alud; había que investigar veintiséis casos en los que, como ocurre con relativa frecuencia, alguien había renunciado a unos baños ya pagados, sin pedir que le fuera devuelto el dinero, ya que se trataba de pequeñas sumas. Era preciso seguir cada una de estas pistas, y las indagaciones avanzaban lentamente. Sólo se abandonaban en el momento en que la persona investigada era hallada disfrutando de buena salud.

»A mediados de mayo aterrizó en Nápoles Herbert Heyne, alemán de nacimiento y subdito americano, de cuarenta y nueve años, propietario de una cadena de drugstores en Baltimore. Sufría de asma, se había sometido a tratamiento en los más diversos sanatorios, y un especialista de pulmón, al encontrar complicaciones reumáticas, le había recomendado baños sulfurosos. Los tomaba en un pequeño instituto próximo a su hotel, en la Piazza Municipale, y comía siempre en el restaurante del hotel, pero al cabo de nueve días armó un escándalo, quejándose del gusto amargo de las comidas. Después de esta escena abandonó el hotel y partió hacia Salerno, donde tomó una habitación en una pensión de la playa y al atardecer decidió ir a bañarse. El conserje intentó disuadirle de ello porque había grandes olas y pronto oscurecería, pero él replicó que no podía ahogarse, ya que tenía que morir del beso de un vampiro, y aún faltaba algún tiempo. Le enseñó el lugar destinado para este beso mortal: la muñeca.

»El conserje, un tirolés, consideró al huésped un compatriota suyo, pues la conversación se desarrolló en alemán, y por ello se acercó a la orilla al cabo de un rato y oyó gritar a Heyne. Había un guarda, y el alemán fue sacado del agua; pero como resultó que estaba perturbado —mordió a su salvador—, le llevaron en la ambulancia del puesto de socorro al hospital, donde en plena noche se levantó de la cama, rompió el cristal de la ventana y se cortó las arterias. La enfermera de guardia dio la alarma a tiempo y le salvaron, pero enfermó de pulmonía, de cuyas graves complicaciones, corrientes en un asmático, murió tres días después sin haber recobrado el conocimiento. En el informe se atribuyó el intento de suicidio al shock causado por la lucha contra las olas, que motivó también la pulmonía. En este caso intervino la Interpol dos meses después, ya que el abogado de Heyne en Baltimore recibió una carta, escrita por Heyne antes de su marcha de Nápoles, en la que le pedía que en caso de su muerte repentina avisara a la policía, pues alguien se proponía quitarle la vida. Aparte de la observación de que este "alguien" residía en su mismo hotel, la carta no

contenía datos concretos. Había en ella germanismos desconcertantes, pues Heyne, que vivía en Estados Unidos desde hacía veinte años, hablaba un inglés impecable. Esta circunstancia, así como el cambio en la escritura, hicieron dudar al abogado de la autenticidad de la carta, escrita en el papel del hotel, y cuando supo cómo había muerto su cliente, puso el hecho en conocimiento de la policía. El estudio grafológico reveló que la carta era autógrafa, pero había sido escrita con mucho apresuramiento y gran excitación. También en este caso tuvieron que suspenderse las investigaciones.

»El siguiente hombre, cuya historia fue reconstruida, se llamaba Ian E. Swift, tenía cincuenta y dos años y era igualmente ciudadano americano, aunque de origen inglés. Swift, director de una fábrica de muebles de Boston, llegó a Nápoles por vía marítima en los primeros días de mayo, pagó un tratamiento en el Balneario Adriática y se marchó al cabo de una semana. Al principio vivió en Livorno, en uno de los hoteles más baratos, del cual se trasladó al lujoso Excelsior el mismo día en que dejó de ir al balneario. Las indagaciones que se efectuaron en ambos hoteles parecían referirse a dos hombres enteramente distintos. El Swift a quien recordaban en Livorno escribía su correspondencia comercial en la habitación, vivía en régimen de pensión completa, porque era más barato, y por las noches iba al cine.

»El Swift del Exterior alquiló un coche con chófer y un detective privado, con el que visitaba los clubs nocturnos, pidió que le cambiaran las sábanas todos los días, se envió flores a sí mismo al hotel, habló con mujeres en la calle, invitándolas a paseos y cenas, y compró en las tiendas todo cuanto tenía a su alcance. Esta vida frívola duró cuatro días. El quinto dejó en recepción una carta para su detective privado, que éste leyó con asombro y después trató de comunicarse con Swift por teléfono, pero Swift no descolgó el auricular, pese a encontrarse en su habitación. Permaneció en ella todo el día, no comió, encargó la cena, y cuando el camarero se la subió a la habitación, la encontró vacía. Swift le habló desde el cuarto de baño, a través de la puerta entreabierta. Al día siguiente se portó de modo similar, como si no pudiera soportar la vista del camarero. Estas extrañezas continuaban cuando llegó al Excelsior un tal Harold Kahn, antiguo amigo y socio de Ian Swift. Kahn regresaba a Estados Unidos después de una prolongada estancia en Japón. Cuando supo por casualidad que Swift se alojaba en el mismo hotel, fue a verle a su habitación, y cuarenta y ocho horas más tarde los dos volaban hacia Nueva York en un reactor de la Pan American.

»El caso de Swift fue incluido en la serie, aunque no parecía ser típico, ya que le faltaba el epílogo fatal. No obstante, todo indicaba que Swift debía a Kahn su feliz retorno a la patria. El detective privado declaró que Swift no le había causado una impresión totalmente normal. Le había hablado de sus contactos con la organización terrorista Fuerzas de la Noche, que al parecer pensaba financiar a cambio de protección contra unos matones contratados para asesinarle por sus competidores de Boston. El detective privado tenía que actuar de testigo en las negociaciones y al mismo tiempo protegerle de posibles atentados. Todo esto sonaba inverosímil, y al principio el detective creyó que el hombre que le había contratado estaba bajo el efecto de una droga. En una carta lacónica, a la que adjuntó un billete de cien dólares, Swift renunció de pronto a los servicios del detective. No decía nada sobre sus perseguidores, aparte de que le habían visitado en el hotel de Livorno, lo cual no correspondía a la verdad, pues allí no había recibido ninguna visita.

»No resultó fácil obtener informaciones de Kahn sobre lo ocurrido en Nápoles entre él y Swift, ya que no existía motivo para mezclar en las pesquisas a la

policía americana. Ni Swift ni Kahn habían cometido la menor infracción antes de llegar sin, incidentes a Estados Unidos; Swift continuaba dirigiendo su empresa. Sin embargo, la policía italiana abordó a Kahn porque esperaba obtener de él algún pormenor que pudiese aclarar la larga serie de acontecimientos.

»Al principio, Kahn se negaba a hablar, y hasta que se le confiaron en parte las circunstancias del caso y se le garantizó una discreción absoluta no se mostró dispuesto a hacer una declaración por escrito, la cual constituyó una amarga decepción para las autoridades italianas.

»Swift recibió a Kahn después de asegurarse a través de la puerta cerrada que se trataba efectivamente de él. Con cierta confusión, le habló de las "tonterías" que cometía últimamente porque le habían administrado veneno. Se comportaba con mucha cautela y no abandonaba la habitación por desconfiar del detective contratado; creía que se había pasado "a los otros". Enseñó a Kahn un trozo de la carta en la que alguien le exigía veinte mil dólares y le amenazaba con envenenarle si no los entregaba. Según él, había recibido la carta en Livorno pero no le dio importancia, y esto fue un error por su parte, pues al día siguiente de expirar el plazo en que debía pagar el rescate, se sintió de pronto tan débil que no pudo abandonar el lecho. Durante medio día le asaltaron alucinaciones y mareos, y esto le decidió a hacer el equipaje y trasladarse al Excelsior. Sabía que así no se libraría del chantajista, por lo que contrató a un detective, pero no le dijo en seguida para qué le necesitaba porque quería estudiar más de cerca a este hombre desconocido. Le puso "a prueba", llevando el modo de vida ya citado. Estos hechos constituían un conjunto más o menos coherente; el único punto oscuro era por qué permanecía en Nápoles cuando nada le obligaba a ello. Explicó que los baños sulfurosos aliviaban sus dolores reumáticos y quería prolongar cuanto fuera posible el tratamiento y sus efectos bienhechores. Al principio este argumento convenció a Kahn, pero cuando hubo meditado bien todo cuanto Swift le dijera, su historia se le antojó menos verosímil, y sus dudas se incrementaron al escuchar la versión del personal del hotel acerca de la conducta de Swift. Este había ido un poco demasiado lejos e invitado a beber a mujeres de moral dudosa, a fin de poner a prueba al detective que había contratado. Kahn le dijo esto a Swift a la cara. Swift repuso que tenía razón, pero, como ya le había confesado, actuaba con una gran confusión mental a causa de haber sido envenenado. Kahn pensó, esta vez con una seguridad casi absoluta, que su amigo estaba aquejado de una dolencia psíquica y era preciso llevarle cuanto antes a Estados Unidos, y procedió a dar este paso mediante el sistema de hechos consumados. Pagó la cuenta del hotel, compró los billetes de avión y no se separó ni un momento de Swift hasta que hubieron hecho las maletas para dirigirse al aeropuerto.

«Diversas discrepancias en el acta daban a entender que Swift no aceptó sin resistencia tan desinteresada ayuda. Los empleados del hotel declararon que poco antes de su marcha los dos americanos disputaron violentamente; poco importaba que Kahn hubiera usado la fuerza además de los argumentos verbales; lo importante era que sus informaciones no aportaron nada que acelerase la investigación. El único indicio, la carta, había desaparecido. Kahn vio sólo una cara de la hoja y recordaba que estaba escrita a máquina —una de muchas copias y por lo tanto bastante ilegible— y en un inglés lleno de faltas gramaticales, y también que cuando ya en América preguntó a Swift acerca de ella, éste se rió, revolvió su escritorio para dársela y no pudo encontrarla. Swift se negaba categóricamente a contestar preguntas que tuvieran relación con sus experiencias de Nápoles. La policía consideraba el material existente una mezcla de hechos probables e inverosímiles. Escribir cartas de chantaje con papel carbón bajo varias hojas es un método conocido que dificulta la identificación de

la máquina de escribir con la que han sido mecanografiadas, porque los trazos específicos de los tipos son apenas reconocibles. Además es un método relativamente nuevo, y los profanos no suelen conocerlo. Esto indicaba la autenticidad de la carta. La conducta de Swift, por el contrario, era algo aparte. Ninguna víctima de chantaje obra como él si cree que las amenazas de que es objeto se irán poniendo lentamente en práctica. Por ello los expertos llegaron a la convicción de que en este caso se trataba de dos cosas: el chantaje, que desde luego era real, o sea un intento de algún habitante de Livorno de obtener dinero —suposición corroborada por el inglés deficiente de la carta— y el trastorno mental pasajero del americano. Pero aunque así fuera, el conjunto —si se situaba en el marco de las investigaciones anteriores— conducía más bien a una confusión de los hechos que a su aclaración, ya que la enajenación de Swift revestía las mismas caracte-rísticas que la de los otros casos.

»La siguiente pista atañía a un suizo llamado Franz Mittelhorn, que llegó a Nápoles el 27 de mayo. Su caso se diferenciaba de los demás por el hecho de que Mittelhorn era bien conocido en la pensión donde se alojó, ya que se hospedaba en ella todos los años. Era propietario de una tienda de antigüedades de Lausanne y un solterón acomodado, y, pese a sus costumbres algo raras, era bien recibido por tratarse de un huésped distinguido. Ocupaba dos habitaciones que se comunicaban entre sí, una le servía de despacho y otra de dormitorio. Antes de cada comida comprobaba con una lupa si el plato y los cubiertos estaban limpios, y comía platos preparados según sus propias recetas, ya que padecía una alergia a determinados alimentos. Si se le hinchaba el rostro, como ocurre con el edema de Quinke, hacía ir al cocinero al comedor y le daba una reprimenda. Los camareros afirmaron que Mittelhorn comía entre horas en restaurantes baratos de la ciudad —le entusiasmaba, por ejemplo, la sopa de pescado, que tenía prohibida—, por lo que no observaba el régimen y luego armaba escándalos en la pensión. Durante su última estancia cambió un poco sus costumbres, ya que desde el invierno sufría molestias reumáticas y el médico le había recetado baños de fango, que tomaba en el instituto de los Vittorini. En Nápoles tenía un barbero que iba a afeitarse a la pensión y que sólo podía usar utensilios del propio Mittelhorn, ya que no quería entrar en contacto con navajas o peines utilizados para otras personas. Se encolerizó cuando supo a su llegada que el barbero había cerrado su peluquería y no dejó de lamentarse hasta que encontró otro digno de confianza.

»El siete de junio pidió que le encendieran la chimenea. Esta chimenea embellecía la mayor de las dos habitaciones y no se había encendido nunca, pero nadie se hacía repetir dos veces una orden de Mittelhorn. Aunque fuera la temperatura sobrepasaba los veinte grados y el tiempo seguía siendo soleado, su deseo fue satisfecho. La chimenea humeaba un poco, pero esto no pareció molestar a Mittelhorn, que se encerró en su habitación y no bajó a cenar. Este hecho era totalmente excepcional, pues Mittelhorn no se perdía jamás una comida y para ser más puntual llevaba dos relojes, uno de pulsera y uno de bolsillo. Como no contestaba al teléfono ni tampoco a los golpes en la puerta, forzaron la cerradura, que estaba bloqueada por dentro con una lima rota. Mittelhorn yacía sin conocimiento en la habitación llena de humo. Un tubo de somníferos vacío indicó que había intentado suicidarse, y lo trasladaron al hospital en una ambulancia. Como Mittelhorn quería participar a finales de junio en una subasta de grabados antiguos en Roma, había traído consigo una gran maleta que rebosaba de ellos. Ahora estaba vacía, y en la chimenea se hallaba un montón de papeles carbonizados.

«Había cortado en trozos pequeños, con las tijeras del barbero, los pergaminos que resistían a las llamas y hecho astillas los marcos de los

grabados en madera. No había tocado nada que fuera propiedad del hotel, excepto el cordón del cortinaje, que tenía un nudo como si hubiese intentado colgarse de él, sin que el cordón resistiera su peso. Corroboraba este hecho un taburete colocado junto a la ventana.

»Cuando al cabo de dos días de sueño, Mittelhorn recobró el conocimiento, el médico, temiendo el comienzo de una neumonía hipostática, ordenó que se le hicieran radiografías. Por la noche, Mittelhorn se inquietó, deliró y no tardó en gritar que era inocente, que él no había sido, y en proferir amenazas mientras discutía con alguien, hasta que al fin intentó saltar de la cama. La enfermera, incapaz de sujetarle, corrió a llamar al módico. Mittelhorn aprovechó su ausencia para irrumpir en el cuarto contiguo, donde rompió el cristal del armario de medicamentos y bebió una botella entera de yodo. Tres días después murió de graves quemaduras internas.

»El dictamen judicial constató suicidio causado por una repentina depresión y enajenación mental. Sin embargo, cuando se reanudaron las pesquisas y se interrogó exhaustivamente al personal, el portero de noche recordó un notable incidente ocurrido la tarde anterior al día crítico. Sobre la mesa de la recepción había una caja con papel y sobres, destinados al uso general. Después de la cena un mensajero llevó una entrada de la ópera que había encargado un alemán, vecino de habitación de Mittelhorn. Como el alemán había salido, el portero puso la entrada dentro de un sobre y metió éste en el casillero de las llaves, cometiendo el error de ponerlo en la casilla de Mittelhorn, quien a su regreso tomó la llave junto con el sobre, lo abrió y se colocó bajo la lámpara para leer el contenido. Se dejó caer en un sillón, como si las piernas no le obedecieran, y se cubrió los ojos con la mano. Permaneció mucho rato en esta postura, entonces echó otra ojeada a la cartulina que tenía en la mano y se dirigió a toda prisa, casi corriendo, hacia su habitación. En aquel momento el portero se acordó del mensajero y la entrada de la ópera y tuvo un gran sobresalto, pues él mismo había encargado la entrada por teléfono y sabía que era para el alemán y no para Mittelhorn. Cuando vio que el sobre no estaba en la casilla del alemán, supo con seguridad que se había equivocado y decidió ir a pedirlo a Mittelhorn. Llamó a la puerta y, al no recibir contestación, entró. La habitación estaba vacía. Sobre la mesa vio un sobre roto y un trozo de papel arrugado. El portero miró dentro del sobre y encontró la entrada de la ópera, al parecer olvidada por Mittelhorn. Se la guardó y, movido por la curiosidad, alisó el papel que tanto había impresionado al suizo. Estaba en blanco. Extrañado, el portero salió de la habitación y no dijo nada a Mittelhorn cuando se cruzó con él en el pasillo, pues éste volvía con una botella de agua mineral que había ido a buscar a la nevera del piso.

»Como en esta fase de la investigación se había llegado a un punto muerto, el asunto de la hoja de papel en blanco pareció muy significativo, sobre todo porque a la mañana siguiente Mittelhorn mandó encender la chimenea y quemó en ella sus valiosos grabados hasta bien entrada la noche, aunque bajó a comer a mediodía. O bien la carta en blanco era una contraseña que sumió a Mittelhorn en la desesperación, o tuvo alucinaciones en el vestíbulo del hotel y leyó en la hoja un contenido inexistente. La primera posibilidad parecía muy inverosímil, olía a una mala película de detectives y no concordaba en absoluto con lo que se sabía de Mittelhorn: que era la solidez personificada y un anticuario y experto de probada seriedad; en su vida profesional no se descubrió nada misterioso ni que indicara la menor irregularidad. Pero cuando se profundizó más en su pasado, surgieron unos sucesos que databan de la última guerra mundial. Mittelhorn era entonces director de la mayor tienda de antigüedades de Alemania, situada en Munich. El negocio pertenecía a un hombre mayor que él, un judío acomodado.

Al entrar en vigor las leyes de Nuremberg, Mittelhorn se convirtió en agente fiduciario de la tienda, ya que el propietario se hallaba en Dachau, donde falleció. Después de la guerra, Mittelhorn se apropió del negocio y mostró un documento en el que el difunto le legaba toda su fortuna. Se rumoreó que se había forzado al antiguo propietario a firmar el documento y que Mittelhorn estaba implicado en el asunto. Sólo se trataba de rumores, pero dos años más tarde, Mittelhorn se trasladó a Suiza junto con su empresa y se estableció en Lausanne.

»Era lógico suponer que su crisis psíquica tenía relación con los sucesos ocurridos hacía casi cuarenta años; había sido víctima de una ilusión óptica y leído en la hoja en blanco una noticia que se refería a aquellos sucesos, tal vez a sus pecados, y en su desvarío decidió destruir sus valiosos grabados y después, en un acceso de locura todavía mayor, poner fin a su vida. Cuando volvió en sí en el hospital, quiso defenderse de los reproches del difunto, cuyo rostro creyó vislumbrar, y finalmente repitió el intento de suicidio. Todo esto era posible, aunque una hipótesis algo rebuscada, y que desde luego no explicaba en absoluto la causa de que un hombre tan equilibrado se derrumbase de manera tan repentina. Condujo únicamente al interrogatorio del vecino de habitación de Mittelhorn, quien corroboró las declaraciones del portero: no había recibido a tiempo la entrada de la ópera, y cuando se la dieron al día siguiente, ya no le servía de nada. Así terminaron las pesquisas en el caso del excéntrico anticuario: en un callejón sin salida.

»Ahora se trataba ya de nueve casos enigmáticos con desenlace generalmente trágico. La impresión de que todos se parecían entre sí resultaba indiscutible, pero en ninguno de estos casos podía llevarse a cabo una investigación ulterior, ya que nada indicaba dónde debía buscarse al culpable, si es que éste existía. El hecho más sorprendente se produjo cuando el caso de Mittelhorn ya había sido archivado: la pensión remitió a la prefectura una carta dirigida a Mittelhorn, muerto desde hacía un año. La carta tenía matasellos de Lausanne, la dirección estaba escrita a máquina y contenía una hoja de papel en blanco. No fue posible averiguar quién la había enviado; no podía tratarse de la dudosa broma de un lector de periódicos, pues la prensa no había publicado ni una palabra sobre la primera carta en blanco. En cuanto a mí, tengo a este respecto mi propia opinión, pero de momento prefiero reservármela.

»Y por fin me referiré a los dos últimos casos; uno de ellos data de hace algún tiempo, el segundo es de fecha reciente. Empezaré con el primero. Hace años, en el mes de mayo, vino a Portici, junto a Herculano, un alemán de Hannover llamado Johann Titz. Se había buscado una pequeña pensión con magníficas vistas al Vesubio, volcán por el que se interesaba, pues tenía un negocio de postales y se proponía publicar una serie dedicada al Vesubio. Pero ante todo se encontraba allí para un tratamiento, ya que padecía fiebre del heno desde niño. Tomaba el sol de modo tan intensivo, que se quemó la piel. El dermatólogo que consultó en Nápoles le prohibió tomar el sol, y se sorprendió ante la violenta reacción del paciente, quien afirmó que debía seguir tomándolo si quería librarse del asma, tal como le asegurara su médico de Hannover. Titz tomaba baños de fango en un pequeño balneario al que acudía diariamente desde Herculano. Había venido desde Alemania con su propio coche. El nueve de mayo se sintió mal de repente; tenía mareos y los atribuyó a la comida. Acusó a la dueña de la pensión de haberle dado pescado podrido y manifestó que no pagaría la cuenta, pero al final pagó y se marchó. Cuando la mujer fue a limpiar su habitación, vio en la pared una frase escrita con tinta china: "Aquí me han matado." La tinta china había penetrado tanto en la argamasa que no podía borrarse y hubo que pintar la pared, por lo que la dueña de la pensión puso una denuncia contra su

ex huésped. Mientras tanto, Titz, que se dirigía hacia el norte, a poca distancia de Milán, se lanzó a toda velocidad hacia la izquierda en un tramo recto de la autopista, pasó sobre la franja de césped y continuó por el carril de dirección contraria, sin atender las señales de luces y claxon de los coches que circulaban hacia él. Fue algo asombroso: recorrió así cuatro kilómetros, obligando a los coches que venían de frente a desesperadas maniobras. Algunos de los conductores declararon después que parecía buscar el coche "adecuado" contra el que quería chocar. Sorteó a un gran camión de transportes interurbanos de la Intertrans, desviándose hacia el césped del centro, y después volvió al mismo carril de dirección contraria para, un kilómetro más allá, chocar contra un pequeño "Simca" en el que iba un matrimonio con un niño. Este, pese a graves lesiones, fue el único que sobrevivió al accidente. Titz, que conducía sin cinturón de seguridad, murió tras el volante. La prensa se preguntó si no se trataría de una nueva forma de suicidio, con la que el desesperado intentaba llevar consigo a la muerte a otras personas. Lo más probable era que en un choque con el gigantesco camión sólo hubiera perecido Titz, por lo que no aprovechó esta "ocasión". El caso ya se había archivado como perfectamente claro cuando se conocieron los acontecimientos anteriores al choque. Cerca de Roma, Titz se detuvo en un taller porque le parecía que el motor no funcionaba bien, e instó a los mecánicos a repararlo con la máxima rapidez porque era perseguido por un "gángster rojo". Los mecánicos creyeron que bromeaba, pero cambiaron de opinión cuando les ofreció diez mil liras a cada uno si terminaban antes de quince minutos, y cumplió su palabra. Más aún, pagó la "prima" a todos los mecánicos del taller, que eran nueve. Le tomaron por un chiflado. Tal vez no habría sido posible identificar al alemán si al salir del taller no hubiese embestido a uno de los coches allí aparcados, abollándole la carrocería, y continuado la marcha, por lo que anotaron su matrícula.

»El último caso concernía a Arthur T. Adams II, que se alojó en el hotel Vesubio de Nápoles con el propósito de someterse a un tratamiento termal de tres semanas y, sin embargo, tuvo que interrumpirlo a los dos días porque resultó ser alérgico al azufre. Era un hombre de cuarenta y nueve años, alto, inquieto y al parecer alegre, aunque estaba descontento de la vida: había cambiado diez veces de profesión, siendo sucesivamente apoderado de un Banco, empleado de Medicare y vendedor de pianos, además de dar lecciones de Banca por correspondencia, practicar el judo y el karate y, todavía con mayor intensidad, diversas aficiones. Obtuvo el título de paracaidista, fue astrónomo amateur y durante un año publicó con irregularidad una revista titulada Arthur T. Adams II, en la que comentaba cuestiones que le interesaban en aquel momento. Pagaba la publicación y la enviaba gratis a varias docenas de conocidos. Era miembro de un sinnúmero de sociedades, empezando por la asociación de víctimas de la fiebre del heno. Cuando volvió a Roma con el coche, se comportó de manera extraña. Tan pronto corría a una velocidad desenfrenada como se detenía en tramos despoblados; por el camino se compró un neumático, que no necesitaba, y esperó con el coche parado a que pasara la tormenta que se desencadenó a poca distancia de Roma. Al ser abordado por un policía de tráfico, dijo que tenía estropeado el limpiaparabrisas, cuando en realidad funcionaba bien. Llegó a Roma de noche, y aunque desde Nápoles había reservado una habitación en el Hilton, recorrió todos los hoteles en busca de una habitación, y al no encontrar ninguna, se dirigió al Hilton. Al día siguiente le hallaron muerto en la cama. La autopsia reveló un incipiente enfisema pulmonar, un ensanchamiento de ventrículo y una hemóstasis vascular, todo ello típico de la muerte por asfixia. Sin embargo, la causa no quedó esclarecida. El dictamen judicial osciló entre muerte por tensión excesiva del parasimpático y asfixia por agudo ataque cardíaco, motivado por el asma. El caso fue discutido

durante un tiempo por la prensa médica, que consideraba falso el dictamen judicial. Solamente los niños de pecho se ahogan con la almohada; los adultos se despiertan inmediatamente cuando se tapan nariz y boca con las sábanas. No estaba comprobado que Adams sufriera de asma; ¿por qué el ataque, entonces? ¿Y qué más? La posición en que Adams fue encontrado: tendido de bruces y apretando con los brazos la almohada contra el rostro. Si se trataba de suicidio, la medicina legal aún no tenía ningún caso semejante en sus crónicas. Se habló de una muerte de terror, pero, aunque existe, no puede ser causada por una pesadilla. La Interpol se inmiscuyó en el caso bastante más tarde, cuando llegaron a Estados Unidos unas cartas escritas en Nápoles por el difunto y dirigidas a su ex mujer, con la que seguía manteniendo buenas relaciones después del divorcio. Las cartas, enviadas con tres semanas de intervalo, llegaron al mismo tiempo a causa de una huelga de correos. En la primera carta escribía Adams que estaba deprimido porque tenía alucinaciones, "exactamente igual que después de los terrones de azúcar". Estas palabras se referían al tiempo, poco antes del divorcio, en que Adams y su mujer habían tomado "Psilozbin" con azúcar. No comprendía qué podía motivar ahora, cinco años después, estas alucinaciones de "pavoroso" contenido, que le asaltaban sobre todo por la noche. La segunda carta era totalmente distinta de la primera en tono y contexto. Las alucinaciones continuaban, pero ya no le inquietaban porque había descubierto su origen:

»"Una insignificancia cuya trascendencia nunca adivinarías me ha abierto los ojos acerca de un asunto increíble. He logrado obtener material para una serie de artículos sobre un tipo de crimen completamente nuevo, un crimen que no sólo no beneficia a nadie, sino que carece de destinatario, como si alguien sembrara la calle de clavos. Sabes bien que no tengo tendencia a la exageración, pero no será sólo la prensa quien se hincó de rodillas cuando empiece a publicarlo. Sin embargo, debo estar en guardia. No llevo conmigo el material, que está muy bien escondido. Ya no volveré a escribirte desde aquí acerca de ello. Te avisaré cuando regrese, y te escribiré cuanto antes desde Roma, pues estoy en posesión de una veta de oro, el sueño de todo periodista. Pero este oro mata."

»No es necesario que me extienda sobre las intensivas indagaciones llevadas a cabo para descubrir el escondite de Adams. La búsqueda no dio resultado. O bien no se había enterado de nada y la carta no era otra cosa que una fantasmagoría más, o había ocultado demasiado bien sus informaciones.

»Con la muerte de Adams pongo punto final a la lista de trágicos sucesos ocurridos en Nápoles y sus alrededores. En las investigaciones tomó parte, además de la policía italiana, la policía de cada uno de los países cuya nacionalidad ostentaban las víctimas: la sueca, alemana, austríaca, suiza y también americana. La Interpol patrocinó y coordinó las pesquisas, durante las cuales se descubrió una gran cantidad de pequeñas faltas e infracciones, como, por ejemplo, la demora en denunciar la desaparición de huéspedes de hotel, o no practicar la autopsia de un cadáver, pese a tratarse de una muerte violenta; sin embargo, no pudieron verificarse intenciones criminales y se calificaron de morosidad, negligencia o egoísmo.

»La Interpol fue la primera en renunciar a la continuación de las investigaciones, y la siguieron las demás organizaciones policiales, incluida la italiana. Los legajos no se desempolvaban hasta que la señora Úrsula Barbour, principal heredera de la fortuna de Adams, dio los pasos oportunos. Adams le había dejado cerca de 90.000 dólares en valores y acciones. La señora Barbour, una mujer de ochenta años que había criado a Adams como una madre, decidió



invertir una parte del capital en descubrir al asesino de su hijo adoptivo. Tras informarse de las circunstancias de su muerte y el contenido de su última carta a su mujer, quedó convencida de que había sido víctima de un complot extraordinariamente refinado, ya que ni siquiera la policía de varios países fue capaz de esclarecerlo.

»La señora Barbour puso el caso en manos de la prestigiosa agencia Elgin, Elgin y Thorn, dirigida por Samuel Ohlin-Gaar, jurista y viejo amigo de mi padre. Esto sucedió cuando ya era evidente que mi carrera de astronauta había tocado a su fin. Después de que la gente de Ohlin-Gaar hubiera repasado una vez más los documentos puestos a su disposición, seguido todas las pistas y gastado un dineral en consultas con los mejores expertos en criminología y medicina legal, sin avanzar un solo paso, Ohlin-Gaar decidió, a instancias de su más antiguo colaborador, Randolph Loers —llamado Randy por sus íntimos—, y más por desesperación que por convicción del éxito de su maniobra, organizar una acción de simulacro y enviar a Nápoles a un americano que se pareciera lo más posible a la víctima. Yo era un invitado frecuente en casa del viejo señor Ohlin, y un buen día empezó a iniciarme en la historia entre bromas y veras, seguro de que con ello no violaba el secreto profesional, puesto que con esta acción de simulacro sólo pretendía zafarse del asunto con cierto decoro.

»Al principio me divirtió la idea de ser un candidato, hasta que resultó que podía encargarme de la misión en cuanto me resolviera a ello. Iba a cumplir cincuenta años, estaba en buena forma, padecía dolores reumáticos en los cambios de tiempo, y además, fiebre del heno. Desde fuera, la aventura prometía ser muy interesante, por lo que me dejé reclutar para la acción de simulacro. Provisto de documentos a nombre de George L. Simpson, agente de Bolsa de Boston, volé a Nápoles hace tres semanas y me alojé en el Vesubio, compré un abono en el balneario Vittorini, me bañé, tomé el sol y jugué al balonvolea.

»A fin de redondear el simulacro, me llevé incluso los objetos personales de Adams, conservados por la señora Barbour. En Nápoles me vigilaba un equipo de seis personas, dos parejas que se relevaban y además dos técnicos que observaban desde lejos mi sangre, mi corazón y mis pulmones. No iba sin sensores más que a la playa, y entonces entraban en acción dos pares de gemelos bien ocultos. A mi llegada deposité en la caja fuerte del hotel 19.000 dólares, los retiré cinco días más tarde y desde entonces los guardé en mi habitación. No evité hacer amistades casuales, visité los mismos museos que Adams, estuve como él en la ópera, deambulé por la bahía siguiendo sus pasos y me fui a Roma con el mismo "Hornet". En él habían instalado un amplificador que incrementaba el alcance de emisión de los sensores. En Roma me esperaba un tal doctor Sidney Fox, especialista en medicina legal, que debía controlar todas las grabaciones de las cintas; realizó su tarea y de este modo, con un fracaso, terminó la operación.

Acababa de ofrecer a Barth la historia resumida de los once hombres; era la versión que habíamos elegido para el caso de tener que incorporar a un profano a las investigaciones. Llamábamos a esta variante «el panorama».

Las ventanas del gabinete daban al norte, y la sombra de los grandes olmos la oscurecía todavía más. Cuando desconecté el proyector, Barth encendió la lámpara del escritorio y la habitación cambió instantáneamente. Barth guardaba silencio y tenía las cejas arqueadas como si estuviera un poco asombrado, y de pronto se me antojó una insensatez haber importunado así a un desconocido. Temí que me preguntara qué clase de ayuda esperaba de él, o que declarase rotundamente que el problema no era de su incumbencia. Pero lo que hizo fue

levantarse, ir de un extremo a otro de la habitación, detenerse tras una magnífica y antigua silla de tijera y decir, con las manos apoyadas en el respaldo tallado:

—¿Sabe qué debiera haberse hecho? Enviar a un grupo de «simuladores». Por lo menos cinco.

—¿Cree usted? —pregunté, sorprendido.

—Sí. Si se incluye su acción en la categoría de un experimento científico, usted no ha cumplido las condiciones iniciales o marginales. Ha faltado algo, en usted o en su entorno. Si ha sido en usted, entonces tendrían que haber elegido a personas con el mismo intervalo de variabilidad de indicios que mostraron las víctimas.

—¡Vaya modo de expresarlo! —proferí.

El sonrió.

—Está acostumbrado a otro lenguaje, ¿verdad? Porque hasta ahora ha tratado a personas que piensan al estilo de la policía. Es un estilo que funciona muy bien cuando se persigue a un criminal, pero no cuando es cuestión de decidir si existe un criminal. Supongo que si usted hubiera estado en peligro, no lo habría advertido, al menos, no al principio. Después habría reconocido las circunstancias concomitantes, pero no el mecanismo causal.

—¿No pueden ser la misma cosa?

—Sí, pero no necesariamente.

—Pero yo estaba preparado de antemano, al contrario de los otros. Debía tomar nota de cualquier detalle sospechoso.

—¿Y de qué ha tomado nota?

Sonreí, confundido.

—De nada. Creí advertir algo un par de veces, pero al final pensé que sólo se trataba de una observación demasiado tensa por mi parte.

—¿Ha estado bajo la influencia de alucinógenos?

—Sí. En Estados Unidos, antes de esta acción, LSD, «Psilozybin», mescalina; bajo control médico.

—Comprendo. Como entrenamiento. ¿Puedo preguntarle qué esperaba al aceptar esta misión? Usted, personalmente.

—¿Qué esperaba de ella? Sentía un cierto optimismo. Pensaba que al menos podríamos determinar si se trataba de un crimen o una casualidad.

—¡Entonces era muy optimista! El caso de Nápoles existe, me parece incontrovertible. Pero no funciona como un mecanismo de relojería, sino más bien como un juego de azar. Los síntomas se caracterizan por la fluctuación, la arbitrariedad. Pueden debilitarse, incluso desaparecer del todo, ¿verdad?

—Desde luego.

—Pues bien; como modelo puede servirnos un terreno que esté al alcance de los tiros. Usted puede morir, ya sea porque alguien le ha apuntado o a causa de una bala perdida. En todo caso, i al otro lado hay alguien aficionado a los cadáveres!

—Ah, ¿conque usted lo ve así? ¿Una bala perdida no excluye un crimen?

—Naturalmente que no. ¿Usted no era de esta opinión?

—Pues, no. Una vez hice una sugerencia parecida y me dijeron que en tal caso habría que corregir las investigaciones...

—¡Ya, ya! ¡Un hombre malo o un destino adverso! ¡Incluso se ha introducido en el lenguaje la expresión *corriger la forme*! Es cierto. ¿Por qué no montaron un sistema de comunicación recíproca?

—Habría sido demasiado complicado. Yo no podía ir de un lado a otro cargado de aparatos electrónicos. Además había otras consideraciones, derivadas del caso de Swift. El que fue salvado por su amigo porque se alojaba casualmente en el mismo hotel. Swift presentó sus visiones de modo tan sugestivo que casi convenció al otro.

—¡Aja! *Folie en deux*? Se trataba de que usted no pudiera hacer creer sus ilusiones a su ángel guardián, ¿no es eso?

—Exactamente.

—Le ruego que me corrija si me equivoco: de los once hombres, dos salieron con vida y uno desapareció. Se llamaba Brigg, ¿verdad?

—Justo, pero Brigg fue el doceavo. No le añadimos definitivamente a la serie.

—Pocos puntos de apoyo, ¿verdad? Y ahora pasemos al orden cronológico. A este respecto su informe está mal construido porque puede inducir a errores. Coloca los casos por el orden de su investigación, y en consecuencia, de modo absolutamente accidental, y no por el orden de su acaecimiento. ¿Cuándo ocurrió todo? ¿En el transcurso de dos años?

—Sí. Los primeros fueron Titz, Coburn y Osborn. Brigg desapareció por esta época. Todos los otros casos son del año pasado.

—¿Y este año?

—Si ha ocurrido algo, no lo sabremos antes del otoño. Sobre todo porque se ha suspendido la investigación que consideró los casos como una especie de serie.

—Examinándolo bien, parece una serie progresiva: en el primer golpe, tres víctimas, en el segundo, ocho. Pues bien, no sólo ha sido usted señuelo en Nápoles, monsieur, también lo es aquí, en París...

—¿Qué quiere decir?

—Me ha puesto un cebo. Lo confieso: ¡el asunto me cautiva! ¡En su informe aparece con tanta claridad! ¡Tan regular y formal! Pero del hecho de que todos hayan acabado mal deduzco que hay algo maléfico. Maléfico, sí, aunque con cada caso me convengo más de que tenemos que habérselas con una forma de locura, de la que nadie es causa consciente. ¿Comparte usted esta opinión?

—¡Pues claro...! Es la opinión generalizada. De otro modo no se habrían suspendido las investigaciones.

—¿Por qué, entonces, la duda de que tal vez no se trate de un crimen?

—Cómo explicarlo... es como en la fotografía. Me refiero a la reproducción reticular de una foto. A simple vista se reconocen los contornos de las formas, pero no los detalles. Si se observa a través de una lupa, parece que se ven mejor, pero en seguida vuelven a diluirse. Pero si empleamos la lupa potente, la imagen desaparece, porque se descompone en pequeños puntos aislados. Cada puntito aparece por separado, juntos ya no significan nada.

—¿Quiere decir con esto que si se aceptara la hipótesis de que se trata de una

serie casual de envenenamiento, sería tanto más fácil refutarlo cuanto más exhaustivas fueran las investigaciones?

—Lo ha adivinado.

—Y si se traslada la hipótesis al autor del crimen, ¿ocurre lo mismo?

—Sí. El resultado sería más o menos éste: nada ha sido envenenado y nadie poseía veneno. Sin embargo...

Me encogí de hombros.

—¿Por qué entonces se han ceñido a esta única alternativa, crimen o casualidad?

—¿Qué otra cosa puede ser?

—Esto, por ejemplo. —Señaló el Trance Soir que había sobre el escritorio—. ¿Ha leído los periódicos de hoy?

Me mostró los enormes titulares: La bomba del Laberinto. Baño de sangre en la escalera. Un misterioso ángel de la guarda salva a una niña.

—Sí —contesté—. Conozco lo ocurrido.

—¡Pues ahí lo tiene! El clásico azar de un crimen de nuestro tiempo, planeado y arbitrario a la vez. Quienquiera que se hallase en su radio de acción tenía que morir.

—¡Pero esto es algo completamente distinto!

—No es lo mismo, ciertamente. Determinados signos personales predestinaban a morir en Nápoles y no en el aeropuerto de Roma. ¡Naturalmente que no! Pero este hombre, Adams, escribió a su mujer acerca de un crimen que no tenía destinatario, y empleó una imagen... esparcir clavos por la calle. El ejemplo es demasiado sencillo, de acuerdo. Pero también es cierto que si hay alguien detrás de estas muertes, lo que más le importa es crear la impresión de que no existe!

Guardé silencio; Barth me dirigió una mirada rápida, se levantó, paseó por la habitación, volvió a su asiento y preguntó:

—¿Y qué opina usted de todo ello?

—Sólo puedo decir lo que más me desconcierta. Si se tratara de un veneno, habría que esperar siempre los mismos síntomas.

—¿Y no fueron siempre los mismos? A mí me ha dado esta impresión. Una cadencia muy típica: primero una fase de excitación y agresividad, después las alucinaciones, en su mayoría de naturaleza paranoica, y por fin la fase de la huida: de Nápoles o de la vida misma. Cada uno de ellos se dio a la fuga como pudo: en coche, en avión, incluso a pie; o bien un trozo de cristal, una navaja de afeitar, un cordón, un tiro en la boca, yodo...

Me pareció que estaba haciendo alarde de su memoria.

—Sí, los síntomas eran similares, pero si se investiga a fondo la vida de cada una de las víctimas, es sorprendente...

—¿Qué?

—En general, el tipo de muerte de una persona no tiene nada que ver con el carácter del moribundo: no depende del carácter que uno muera de congestión pulmonar, cáncer o un accidente de coche. Hay excepciones, claro, como la muerte de un piloto de pruebas en la pista... Pero normalmente no hay ninguna

correlación entre el modo de vivir y el modo de morir.

—En otras palabras, la muerte no es característica de la personalidad. Está bien. ¿Qué más?

—En estos casos lo es.

—Señor mío, ¿acaso quiere introducirme a la demonología? ¿Cómo debo interpretarle?

—Textualmente. El magnífico nadador se ahoga. El alpinista se precipita al vacío. El aficionado a los coches muere en un choque frontal en la carretera.

—¡Espere un momento! ¿El aficionado a los coches era Titz?

—Sí. Tenía tres coches, dos de ellos deportivos. Murió conduciendo un «Porsche». Continúo: el temeroso muere en la huida...

—¿Quién fue ése?

—Osborn. Murió cuando abandonó el coche y fingió ser un trabajador de la autopista...

—¡No me ha dicho que fuera un cobarde!

—Perdón. En la versión resumida que le he facilitado hay muchas lagunas. Osborn trabajaba en seguros, estaba asegurado y tenía fama de evitar cualquier riesgo. Cuando se sintió amenazado, quiso escribir a la policía, pero tuvo miedo, quemó la carta y puso pies en polvorosa. Adams, un excéntrico, murió como había vivido: de manera poco corriente. El valiente reportero resistió hasta el final, hasta que puso fin a su vida de un disparo...

—¿Y esto no fue una huida?

—Creo que no. Tenía la orden de volar a Londres. Se rindió momentáneamente y quiso cortarse las venas, pero se vendó él mismo y voló para realizar su trabajo. Se mató porque no podía llevarlo a cabo. Debía de ser muy orgulloso. Ignoro el final de Swift, pero en su juventud era el típico hombre débil. Castillos en el aire, excesos, siempre necesitaba a alguien más fuerte que él: una esposa, un amigo. Todo esto se repitió en Nápoles.

Barth frunció el ceño, se tocó la barbilla con un dedo y permaneció ensimismado, con la mirada ausente.

—En efecto, parece comprensible. Una regresión, un retorno a una fase anterior de la vida. No soy un especialista, pero los alucinógenos provocan... ¿Y qué opinan los toxicólogos? ¿Y los psiquiatras?

—Ciertos síntomas análogos a los del LSD, pero el efecto del LSD no es tan característico de la personalidad. La farmacología no conoce semejantes preparados. Cuando estudié la vida de estos hombres, tuve la impresión de que ninguno se apartó de su naturaleza, sino al contrario: la exteriorizó en una especie de ampliación caricaturesca. El ahorrador se convierte en avaro, el pedante... El anticuario pasó todo un día rompiendo en pequeños trozos el contenido de una maleta... Cuando vea las actas, que son un verdadero filón, se convencerá.

—Le ruego que me las enseñe. ¿De modo que este factor equis sería como un «veneno de la personalidad»? Lo es, de hecho... Pero por este lado no llegaremos a una solución. Un examen psicológico puede demostrar cómo actúa esta droga, pero no el medio por el que se introduce en la víctima.

Estaba inclinado hacia delante, con la cabeza baja, mirando sus manos, que

abrazaban la rodilla, y de pronto me miró a los ojos.

—Me gustaría hacerle una pregunta personal..., ¿puedo?

Yo asentí con la cabeza.

—¿Qué sintió usted durante el simulacro? ¿Qué pensó? ¿Estaba seguro de sí mismo? ¿Lo estuvo todo el tiempo?

—No. En general fue desagradable, diferente de como parecía en América. Y no porque usara las cosas del muerto, a lo que no tardé en acostumbrarme. Todos pensaban que yo era especialmente apropiado para esta operación, a causa de mi profesión anterior...

—¿Ah, sí? —profirió, enarcando las cejas.

—La publicidad la presenta como algo fascinante, pero lo cierto es que consiste en rutina, aburrimiento, más rutina y unos breves momentos de emoción.

—¡Ya! Como en Nápoles, ¿no?

—En efecto, sobre todo porque nos entrenan para observarnos. Las indicaciones de los aparatos pueden engañar, y entonces queda el hombre como último indicador.

—De modo que tedio y rutina. ¿Y cómo se presentó la emoción en Nápoles? ¿Cuándo apareció y dónde?

—Cuando tuve miedo.

—¿Tuvo usted miedo?

—Por lo menos en dos ocasiones. Fue... una especie de satisfacción para mí.

Yo titubeaba al hablar; era muy difícil expresar todo aquello con palabras. El me miraba fijamente.

—¿Le gusta tener miedo?

—No puedo contestarle afirmativa ni negativamente. Siempre es bueno que lo que uno sabe hacer coincida con lo que le gusta. A mí me tocaba casi siempre algo que no sabía hacer. Hay innumerables clases de riesgo, pero el riesgo normal, como la ruleta rusa, no me atrae. Este miedo es estéril... En cambio, siempre me ha atraído algo que no se pueda definir, prever ni delimitar con exactitud.

—¿Fue por eso que decidió ser astronauta?

—Lo ignoro. Tal vez sí. Se nos considera unos chimpancés teledirigidos por computadores terrenos. Un programa y un plan. Un máximo de orden como estigma de la civilización, cuyo polo opuesto está aquí. —Señalé la primera plana del diario, con la foto de la escalera de Roma—. No creo que sea cierto. Pero aunque lo fuese... en Marte sólo dependeríamos de nosotros mismos. Yo sabía desde el principio que mi dolencia pendería sobre mí como una espada de Damocles, pues durante seis semanas al año, cuando florecen las gramíneas, no sirvo para nada. Claro que confiaba en que no hay ninguna hierba en Marte, lo cual es absolutamente seguro, y mis superiores pensaban lo mismo; sin embargo, al final este catarro me condenó a la reserva, donde ya no tenía verdaderas posibilidades.

—¿De volar a Marte?

—Sí.

—¿Pero continuó en la reserva?

—No.

—*Aut Caesar, aut nihil?*

—Como prefiera.

Retiró las manos de la rodilla y se arrellanó aun más en su silla de tijera. Con los ojos entornados, parecía seguir escuchando mis palabras. Movi6 las cejas y sonrió ligeramente.

—¡Volvamos a la Tierra! ¿Eran alérgicos todos estos hombres?

—Casi todos. En un caso no pudo probarse. Hay diversas alergias, principalmente al polen de las gramíneas, y también asma...

—¿Y puede saberse cuándo tuvo miedo? Ha mencionado hace un momento que...

—Recuerdo dos ocasiones. Una vez en el restaurante del hotel, cuando llamaron al teléfono a un señor Adams. Adams es un apellido muy corriente y se referían a otro, pero durante unos instantes tuve la impresión de que no era una casualidad.

—¡Creyó que llamaban al muerto al teléfono!

—Eso no, pero pensé que ahora empezaría todo, que se trataba de una contraseña para llamar mi atención sin que ninguno de los presentes advirtiera nada.

—¿No se le ocurrió que podía ser alguien de su equipo?

—No, imposible. Tenían prohibido ponerse en contacto conmigo, fueran cuales fuesen las circunstancias. De haber ocurrido algo que imposibilitara nuestra acción, como una nueva guerra, por ejemplo, Randy, el jefe de la operación, se habría reunido conmigo. Pero sólo en un caso semejante.

—Perdone que le interrogue, pero me parece importante. Dice que llamaron a un tal Adams. Pero si el que le mandó llamar se refería a usted, ¿no significaría esto que estaba enterado de su juego y se lo hacía saber, ya que usted no respondía al nombre de Adams?

—¡Pues claro! Es probable que me asustara por este motivo. Sentí deseos de ir al teléfono.

—¿Por qué?

—Para tener el primer contacto con..., con los del otro lado. Eso era mejor que nada.

—Comprendo, pero no fue.

—No, porque el Adams a quien llamaban se encontraba allí.

—¿Y la segunda vez?

—Fue después, en Roma, durante la noche y en el hotel. Tenía la misma habitación en la que murió Adams mientras dormía. Muy bien, voy a contarle otra cosa. Habían pensado en varios papeles para mí; yo no tenía que seguir necesariamente los pasos de este hombre, pues también estaban los otros; pero como participé en las deliberaciones, dije algo en favor de Adams y la cuestión quedó decidida...

Me interrumpí al ver que sus ojos lanzaban chispas.

—Me lo imagino. Ni la locura, ni el mar, ni tampoco la autopista, sino simplemente un apartamento seguro y cerrado: soledad, confort y la muerte, ¿No es así?

—Tal vez, pero entonces no pensé en esto. Todos creyeron que había elegido su ruta porque esperaba encontrar la pista de las sensacionales revelaciones que estaban en su poder y que decía haber ocultado, pero no es la verdad. Aquel hombre me resultaba simpático.

Aunque me había lanzado una pulla con su «*Aut Caesar, aut nihil*», yo seguía siendo más comunicativo que de costumbre porque le necesitaba mucho. No podía decirle cuándo esta historia me había absorbido irremisiblemente. Al principio consideré la renuncia a la propia identidad como una rutina a la que debía ceñirme y que era parte integrante de este riesgo. Ignoraba cuándo había sido captado de lleno por este asunto, que desde entonces no dejaba de rehuirme. Creía en el peligro anunciado, existían pruebas de que no era ilusorio y yo había estado a punto de rozarlo, pero al final resultó ser una quimera. No me había alcanzado. Representé a Adams lo mejor que pude, pero no compartí su destino, no lo viví, y por eso lo ignoraba todo. Quizá las palabras de Barth me habían impresionado tanto porque se acercaban mucho a la verdad. Kerr, un freudiano, colega de Fitzpatrick, habría dicho seguramente que yo lo había jugado todo a una carta porque prefería morir a experimentar una derrota, o mejor dicho, morir porque ya había sido derrotado al elegir a Adams, y habría inscrito toda la acción en el esquema freudiano del complejo de Tánatos. Es indudable que habría dicho esto. No importaba. Mi petición de ayuda a este científico francés equivalía a una infracción de las leyes del alpinismo: me apartaba para dejarme izar por el primero en la cuerda, pero era mejor esto que un fracaso total. No quería ni podía renunciar como alguien a quien se le ha cerrado la puerta.

—Unas palabras más sobre el método. —La voz de Barth me devolvió a la realidad—. Primero habría que definir la cantidad matemática de las víctimas. Analizar la serie. En esto ha sido usted muy arbitrario.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Porque los casos no se han clasificado por sí solos, sino que usted los ha dividido en importantes e insignificantes. Ha tomado la locura y la muerte como determinantes de su importancia, o al menos la locura, aunque no condujera a la muerte. Le ruego que compare la conducta de Swift y Adams. Swift perdió la cordura de forma ostensible, y en cambio usted no supo que a Adams le atormentaban las alucinaciones hasta que tuvo conocimiento de las cartas que escribió a su mujer. ¿Cuántos casos pudo haber en los que usted ignoró este determinante?

—Perdone —repliqué—, pero esto no se puede evitar. Lo que nos reprocha es el clásico dilema en las investigaciones de fenómenos desconocidos. Para poder diferenciarlos exactamente unos de otros es preciso conocer la causalidad, y para conocer la causalidad es preciso diferenciar exactamente los fenómenos.

Me miró con franca simpatía.

—¡Ah! ¡De modo que también conoce este lenguaje! Pero no lo ha aprendido de sus detectives, ¿verdad?

No contesté. El se frotó la barbilla.

—Sí, tal es efectivamente el clásico dilema de la inducción. Hablemos, pues, de los hechos eliminados. De las pistas que usted ha desechado por falsas.



¿Hubo pistas muy prometedoras que fue preciso abandonar?

Ahora fui yo quien le miró apreciativamente.

—Sí. Una era interesante; esperábamos mucho de ella. Casi todas las víctimas americanas pasaron, antes de viajar a Italia, por la clínica de un tal doctor Stella. ¿Ha oído hablar de él?

—No.

—Se dicen de él cosas muy diversas; muchos le consideran un médico excelente, otros, un charlatán. A sus pacientes reumáticos los enviaba a los baños sulfurosos de Nápoles.

—¡Vaya!

—Yo también me sobresalté cuando lo supe, pero la pista resultó infructuosa. El doctor Stella opinaba que los baños sulfurosos cercanos al Vesubio son los mejores, aunque en Estados Unidos tenemos un número suficiente de tales manantiales. Los pacientes que resolvieron hacer este viaje fueron una minoría, ya que no es cierto que los americanos sean despilfarradores. Cuando un paciente decía que no podía permitirse ir al Vesubio, Stella le enviaba a un balneario americano. Investigamos a estas personas. Se acercaban al centenar, y todas gozaban de buena salud, es decir, tenían más o menos el mismo reumatismo que antes del tratamiento. La cuestión es que no encontramos ningún caso mortal según el patrón italiano. A estos pacientes de Stella no les había ocurrido nada extraordinario. Algunos murieron en la cama, de un ataque cardíaco o de cáncer.

—Tal vez tenían esposa, familia —dijo Barth, pensativo.

Tuve que sonreír.

—Doctor, ¡también usted! Claro, en general tenían familia, pero había viudos y solterones entre ellos, y, además, ¿es que esposa e hijos son una panacea? ¿Un antídoto? ¿Por qué habría de ser así?

—Sólo a través de un mar de insensatez se alcanza la verdad —repuso Barth, sentencioso, y sus ojos relampaguearon de satisfacción—. Veamos, ¿sabe usted también cuántos pacientes ha enviado a Nápoles su doctor Stella?

—Sí, y éste es uno de los puntos más singulares de toda la historia. Siempre que pienso en ello tengo la sensación de estar a un paso del fondo de la cuestión... Envié a veintinueve reumáticos. Y entre ellos se encontraban cinco de nuestros americanos: Osborn, Brunner, Coburn, Heyne y Swift.

—¿Cinco de un total de siete?

—Sí. Emmings y Adams no eran pacientes del doctor Stella. Brigg tampoco, pero, como usted ya sabe, no le contamos entre las víctimas.

—¡Muy interesante! ¿Y los demás bañistas, los otros veinticuatro pacientes del doctor Stella?

—Conozco de memoria la estadística... Envié a Italia a dieciséis de ellos cuando aún no se producían complicaciones. Todos volvieron sanos a los Estados Unidos. El año pasado envié a trece, entre los cuales se encuentran las cinco víctimas.

—¿Cinco de trece? ¿Y entre los ocho a los que no pasó nada figuraba el «tipo de la víctima»?

—Desde luego, e incluso en tres aspectos: solos, ricos y rozando los

cincuenta. Todos regresaron y siguen con vida.

—¿Hombres exclusivamente? ¿Es que Stella no trataba a mujeres? ¿Por qué no?

—Claro que trataba a mujeres. Antes de los casos mortales envió cuatro a Nápoles, y dos el año pasado. Este año no ha enviado a ninguna.

—¿A qué se debe esta desproporción entre los sexos?

—Las clínicas de Stella se lanzaron, por así decirlo, como clínicas para hombres. Impotencia, calvicie, etc. Más tarde se intentó disimularlo, pero la imagen ya estaba afianzada: Stella era conocido como médico de hombres. La desproporción tiene motivos totalmente naturales.

—Si usted lo dice... Pero ni una sola mujer perdió la vida, y en Europa tampoco faltan damas maduras que vivan solas. ¿Tiene Stella una clínica en Europa?

—No. Las víctimas europeas no tenían nada que ver con él. Hay que descartar esta posibilidad. Ninguno de estos europeos visitó Estados Unidos en los últimos cinco años.

—¿Ha pensado usted que aquí podrían funcionar dos mecanismos, uno para los americanos y otro para los europeos?

—Sí. Comparamos los dos grupos de la serie, pero no se pudo deducir nada.

—¿Cómo es que el tal Stella los mandó a todos a Nápoles?

—Muy sencillo. Es italiano, ciudadano americano de la segunda generación; su familia procede de los alrededores de Nápoles y es probable que aprovechara el contacto con balneólogos italianos, el doctor Giono, por ejemplo. No pudimos ver la correspondencia por tratarse de un secreto médico, pero es la cosa más natural del mundo que un médico del otro lado del océano envíe a sus pacientes a colegas italianos. En todo caso, no encontramos nada sospechoso en el procedimiento. Supongo que recibía un tanto por ciento por cada paciente.

—¿Qué explicación da para la misteriosa carta en blanco recibida después de la muerte de Mittelhorn?

—Creo que la envió uno de sus familiares, alguien que conocía las circunstancias de su fallecimiento y que, como la señora Barbour, deseaba que se prosiguieran las investigaciones pero no quería o no podía actuar tan abiertamente. Alguien convencido de la causa criminal de la cuestión y que quería obligar a la policía a seguir investigando. Mittelhorn tenía parientes en Suiza, y la carta procedía de allí...

—¿Había drogadictos entre los pacientes de Stella...?

—Sí, dos. Pero no se trataba de casos graves. Ambos, un viudo y un solterón, llegaron a Nápoles a finales de mayo y principios de junio del año pasado, se bañaron, tomaron el sol, se expusieron, pues, a juzgar por las estadísticas, al peligro máximo, y sin embargo, regresaron indemnes; aparte de esto, debo añadir que uno era alérgico al polen de las gramíneas y el otro a las fresas silvestres!

—¡Qué fatalidad! —exclamó Barth, pero ninguno de los dos teníamos deseos de reír.

—Esperaba usted mucho de la alergia, ¿verdad? Yo también.

—¿Y qué droga tomaban?

—El alérgico a las fresas, marihuana, y el de la fiebre del heno, LSD, pero sólo de vez en cuando. De pronto se quedó sin provisiones y tal vez por esto anticipó su marcha, porque interrumpió los baños, ¿sabe? Se fue porque en Nápoles no podía conseguir la droga. La policía acababa de desarticular una gran organización de contrabandistas del Cercano Oriente, que introducía la droga en Italia. El contrabando cesó, y los intermediarios que no fueron arrestados ocultaron la cabeza bajo el ala y se evaporaron...

—Alérgico a las fresas —murmuró Barth—. Bien. ¿Y los trastornos mentales?

—Los resultados fueron totalmente negativos. Ya sabe: entre los antepasados siempre puede encontrarse algo, pero esto sería remontarse demasiado. Tanto en el grupo de las víctimas como en el grupo de los «indultados», los pacientes del doctor Stella gozaban todos de buena salud mental... Una distonía neurovegetativa, insomnio, nada más. Es decir, en lo referente a los hombres. Entre las mujeres, hubo tres casos: melancolía, depresiones menopáusicas, intento de suicidio.

—¿Suicidio? ¿De qué clase?

—El típico suicidio histérico, el llamado grito de socorro. Se envenenó en condiciones que le garantizaban que podrían salvarla. En cambio, en la serie ocurrió exactamente lo contrario: ninguno hizo ostentación de su necesidad de suicidarse. Lo típico, como después se comprobó, fue la decisión inquebrantable de repetir el intento si fallaba la primera vez.

—¿Por qué exclusivamente Nápoles? —preguntó Barth—. ¿Y Messina? ¿Y el Etna? ¿Nada?

—Nada. Como comprenderá, no podíamos inspeccionar todos los manantiales sulfurosos del mundo, pero los de Italia fueron, investigados por un grupo especial. Absolutamente nada. A uno le devoró un tiburón, otro se ahogó.

—Coburn también se ahogó.

—Sí, pero en un ataque de locura.

—¿Lo comprobaron?

—Casi. De él es de quien sabemos relativamente menos. En realidad, sólo que no tomó el desayuno que le llevaron y que ocultó las tostadas, la mantequilla y los huevos en una caja de cigarros vacía en el alféizar de la ventana, antes de dejar el hotel.

—¡Así que fue eso! Sospechaba que había veneno y quería que los pájaros...

—Naturalmente, y luego habría consultado a un toxicólogo; pero se ahogó.

—¿Cómo fue el dictamen?

—Llenó dos gruesos tomos de páginas escritas a máquina. Usamos incluso el método deífico: la votación de expertos.

—¿Y?

—La mayoría se inclinó por un veneno psicotrópico desconocido cuyo efecto se aproxima al del LSD, lo cual no significa que tenga una estructura química similar.

—¿Una droga desconocida? Extraño dictamen.

—Quizá no necesariamente desconocida. En opinión de los expertos puede tratarse de una mezcla de sustancias bien conocidas, pues a menudo las manifestaciones de sinergia no pueden reducirse al mero efecto acumulativo de

los componentes aislados.

—¿Y la voz de la minoría?

—Se pronunció por una psicosis aguda de etiología aún no descubierta. Ya sabe usted que los profesionales, los médicos, por ejemplo, dicen siempre esto cuando no saben nada.

—¡Claro que lo sé! ¿Quiere repetírmelo ahora todo, limitándose a la tipología de los casos mortales?

—De acuerdo. Coburn se ahogó, incidental o intencionadamente. Brunner saltó por la ventana, pero no se mató.

—Perdone, ¿qué es de él ahora?

—Se encuentra en Estados Unidos, enfermo, pero vivo. Recuerda los sucesos a grandes rasgos, pero no quiere hablar de ellos. Tomó al camarero por un miembro de la mafia y se sentía perseguido. No quiso decir más. ¿Continúo?

—¡Se lo ruego!

—Osborn fue atropellado. El culpable huyó en coche y no pudo ser hallado. Emmings intentó suicidarse dos veces. La segunda vez se mató de un tiro. Leyge, el sueco, llegó a Roma y se lanzó al vacío desde el Coliseo. Schimmelreiter murió en el hospital de muerte natural, un enfisema de pulmón, después de agudos trastornos psicopáticos. Heyne estuvo a punto de ahogarse y en el hospital se cortó las venas. Le salvaron. Murió de una pulmonía. Swift conservó la vida. Mittelhorn intentó suicidarse también por dos veces, con un somnífero y después con yodo. Murió de quemaduras en el estómago. Titz perdió la vida en un choque frontal en la autopista. Y, finalmente, Adams murió en el Hilton de Roma mientras dormía, al parecer por asfixia; la cuestión no pudo esclarecerse. En cuanto a Brigg, no se sabe nada.

—Gracias. ¿Recordaban los supervivientes algunos primeros síntomas?

—Sí. Que les temblaban las manos y los alimentos parecían tener otro sabor. Esto lo supimos por Swift. Brunner insistió en que la comida «sabía de modo muy diferente», pero no recordaba el temblor de las manos. Probablemente es víctima de lo que se llama locura residual, debido a lo que pasó; de ahí su afirmación. Tal fue al menos el diagnóstico del médico.

—La disimilitud entre las causas de la muerte es notable, y los suicidas utilizaron los medios a su alcance, tomando lo que tenían más a mano. ¿Cuáles fueron los resultados según el principio *cui prodest*?

—¿Las investigaciones sobre los interesados materialmente? ¿De qué sirve que haya herederos si no existe ninguna relación entre ellos y las muertes?

—¿Y la prensa?

—Total falta de información. Naturalmente, la prensa local hizo mención de cada uno de los casos, pero los publicó en la columna de sucesos. Se trataba de no dificultar las investigaciones. Sólo un periódico de Estados Unidos, no recuerdo cuál, aludió al fatal destino de los pacientes del doctor Stella. Este manifestó que el artículo era obra de competidores malévolos. De todos modos, este año no ha enviado a Nápoles ni a un solo reumático.

—¡Claro, suelta el asunto como un clavo ardiendo ¿No es esto sospechoso?

—No demasiado, ya que otro caso y otro artículo le habrían perjudicado más económicamente que todo cuanto ha ganado. Puede tratarse de unos pequeños porcentajes.

—Le propongo el siguiente juego —dijo Barth—, que podemos llamar «el secreto letal de Nápoles». Busquemos las características necesarias para morir. Usted me ayudará, ¿de acuerdo?

—Muy bien. La lista abarca sexo, edad, compleción, dolencias, fortuna y algunas cosas más que trataré de enumerar. Es necesario ser hombre, tener alrededor de cincuenta años, ser bastante alto, de tipo pícnico o atlético, soltero o viudo, o al menos estar solo en Nápoles. El caso de Schimmelreiter indica que no es imprescindible ser rico. En cambio, hay que saber muy poco italiano o nada en absoluto.

—¿Ninguna de las víctimas hablaba con fluidez el italiano?

—No. Ahora me referiré a detalles más específicos. Para morir no hay que ser diabético.

—¿Qué dices?

—No hubo ni un solo diabético en la serie. En cambio, cinco de los reumáticos enviados por Stella a Nápoles y que volvieron a casa sanos y salvos, eran diabéticos.

—¿Encontraron sus expertos una explicación para esto?

—No sé bien cómo decírselo. Hablaron de metabolismo, de acetona, que puede actuar como antídoto, y no obstante, otros profesionales, que tal vez no eran tan eminentes, pero más sinceros —se trata de mi impresión personal—, discutieron este punto de vista. La acetona no aparece en la sangre hasta que la carencia de insulina en el organismo es muy pronunciada, pero hoy día todos los diabéticos procuran tomar regularmente los medicamentos indicados. La siguiente característica indispensable es una alergia. Una hipersensibilidad al polen de las gramíneas, fiebre del heno, asma. No obstante, hay personas que reunían todas estas condiciones y no les ocurrió nada. Ese paciente de Stella que he llamado alérgico a las fresas, y el segundo, el del catarro.

—¿Ricos, solos, ya no muy jóvenes, que tomaban baños sulfurosos, de compleción atlética, alérgicos, desconocedores del italiano?

—Sí. Ambos tomaban los mismos antialérgicos que los otros, y también «Plimasin».

—¿Qué es esto?

—Un preparado antihistamínico con adición de «Ritalin», que es hidrocloreto de alfaacetofenilpiperidina. El primer componente del «Plimasin», la piribenzamina, suprime los síntomas de la reacción alérgica, pero induce al sueño y retarda los reflejos. Por ello los automovilistas deben tomarla con una adición de «Ritalin», que es un estimulante.

—¿Es usted un verdadero químico!

—La tomo desde hace años. Todos los alérgicos se tratan un poco por cuenta propia. En Estados Unidos tomaba el equivalente americano, pues el «Plimasin» es un preparado suizo. Así pues, el que padecía de catarro, un tal Charles Decker, también lo tomaba, y sin embargo, no le tocaron un pelo de la cabeza... Un momento.

Me quedé inmóvil, con la boca entreabierta, como un idiota. Barth me miraba en silencio.

—Todos tenían muy poco pelo... —dijo por fin.

—¿Una calva?

—Incipiente. Espere. Sí, Decker tenía un trozo calvo en la coronilla, y pese a esto, nada.

—En cambio usted no es calvo —observó Barth.

—¿Cómo? No, yo no. ¿Es un inconveniente...? Pero si a Dekker no le pasó nada, a pesar de su tonsura... Además, ¿qué relación puede haber entre la calvicie y un estado psicopático?

—¿Y cuál entre este estado y la diabetes?

—Tiene razón, doctor, es mejor no preguntarlo.

—¿Desecha entonces la cuestión de la calvicie?

—No, verá, ocurrió lo siguiente: Comparamos las diferencias entre los que murieron y los que volvieron indemnes de Nápoles. Como es natural, también se tomó en cuenta esta característica. La primera dificultad estribaba en que una calva incipiente sólo puede determinarse con seguridad en un muerto, porque muchos de los supervivientes serían reacios a confesar que llevaban peluquín. Los hombres son muy sensibles en lo tocante a la vanidad, y no era el caso de tirarles de los pelos y examinarlos de cerca. A fin de hacer el diagnóstico, tendríamos que haber investigado en todas las tiendas de pelucas donde el sujeto podía haber comprado un peluquín y en los institutos donde podía haberse hecho un trasplante de cabello, y para esto no teníamos tiempo ni personas suficientes.

—¿Lo consideraban realmente tan esencial?

—Las opiniones estaban divididas. Muchos creían que no era importante, ya que se trataba solamente de constatar si entre los pacientes ilesos de Stella había alguno que ocultaba su calvicie, y, ¿qué relación podía tener esto con los trágicos destinos de los otros reumáticos?

—Bien, pero si usted ya había discutido esta cuestión del cabello, ¿qué le ha causado tanto asombro?

—Por desgracia, la correlación negativa. Que ninguno de los muertos ocultara su calvicie. Ninguno de ellos llevaba pelo artificial ni se había hecho un trasplante ni coser cabellos al cráneo... Existe semejante operación.

—Lo sé. ¿Qué más?

—Nada, aparte de que todas las víctimas tenían tendencia a la calvicie y no lo disimulaban, mientras que entre los supervivientes había tantos calvos como personas con una cabellera normal. Se me ha ocurrido que Decker también tenía una pequeña tonsura, pero nada más. Me ha parecido que daba con una pista importante, sensación que ya he tenido bastante a menudo. Le ruego que me comprenda: hace una eternidad que estoy metido en esta historia y veo fantasmas por doquier...

—Ah, esto suena a obsesión, a una maldición secreta, a espíritus... ¿No habrá en el asunto algo de ello?

—¿Cree usted en los espíritus? —Le miré con los ojos muy abiertos.

—¡Quizá sería suficiente que ellos creyeran, ¿no le parece? Bien pensado, en Nápoles puede estar actuando un hechicero que persigue a los extranjeros ricos...

—Muy bien, ¡supongamos que sí! —exclamé, enderezándome en la silla—. ¿Y qué hace?

—Podemos imaginar que trata, con toda clase de trucos y sesiones, de ganar su confianza, les sigue con muestras gratis de un elixir milagroso, supuestamente originario del Tíbet, una decocción narcótica que les hace depender totalmente de él... de la que dice que cura todos los males imaginables, y digamos que de cien personas, diez u once han tomado por descuido una dosis excesiva...

—¡Aja! —exclamé de nuevo—. Pero si existiera este individuo, la policía italiana habría hecho su aparición. Además, hemos reconstruido con tanta exactitud el modo de vida de algunas víctimas, que sabemos cuándo salían del hotel, cómo iban vestidos, en qué quiosco compraban el periódico, en qué caseta de la playa se cambiaban de ropa, dónde y qué comían, qué ópera veían, y un curandero o gurú podría habernos pasado desapercibido en uno o dos casos, pero no en todos. No, no ha habido tal persona. Además, sería muy improbable que, desconociendo el idioma, acudiera a un hechicero italiano, un sueco con educación universitaria, un anticuario, un hombre de empresa. Y por último, no tuvieron tiempo para ello...

—Me ha convencido, pero no ha triunfado, ¡y aún me queda una bala!

Barth se levantó de la silla de tijera.

—¡Pero si cayeron en una trampa, tuvo que ser algo que les atrajo y que no dejó huella alguna! ¿Está de acuerdo?

—Sí.

—Ese *Algo* les habló en un ambiente privado, íntimo, personal y a la vez tempestuoso: ¿el sexo?

Vacilé un momento antes de responder.

—No. Cierto que algunos tuvieron contactos eróticos efímeros, pero no es eso. Hemos examinado su vida tan minuciosamente que algo tan «importante» como las mujeres, excesos y burdeles no se nos hubiera escapado. Tuvo que ser algo absolutamente insignificante...

Yo mismo me asombré un poco de lo que acababa de decir, pues hasta ahora no había pensado así. Pero fue agua para el molino de Barth.

—¿La bagatela mortal? ¿Por qué no? Algo a lo que se cede por un impulso secreto y que se intenta ocultar al mundo... Aparte de que puede ser algo de lo que nosotros dos no tendríamos que avergonzarnos. Tal vez sólo se sentiría culpable una determinada categoría de personas al ser descubierto su pequeño vicio...

—El círculo se ha cerrado —objeté—. Ya ha vuelto usted al terreno del que me expulsó al principio: la psicología.

Una bocina empezó a sonar bajo la ventana. El doctor se levantó —también ahora me pareció inesperadamente joven—, miró hacia fuera y amenazó con un dedo. El sonido enmudeció. Extrañado, me di cuenta de que oscurecía, eché una ojeada al reloj y quedé penosamente confuso: ¡hacía casi cuatro horas que le acaparaba! Me levanté para despedirme, pero él no lo permitió.

—¡Ah, no, señor! Primero, se queda a cenar, segundo, aún no hemos resuelto nada, y tercero, o más bien, primero que todo, quiero disculparme ante usted. ¡He cambiado los papeles! ¡He caído sobre usted como un juez de instrucción! Confieso que con ello perseguía un fin determinado, un fin indigno de un anfitrión... Quería saber algo sobre usted y también averiguar a través de usted algo que no me dirán los documentos. Estoy convencido de que sólo de palabra

puede transmitirse el ambiente de una historia semejante. Además he intentado provocarle un poco, por medio de indirectas, y debo decir que usted lo ha aguantado bien, aunque no tiene el rostro tan hermético como seguramente se imaginaba... Lo único que puede justificarme ante sus ojos es tal vez mi buena intención, ya que estoy dispuesto a intervenir en el asunto... Pero, sentémonos. La cena aún no está lista. Nos llamarán.

Volvimos a tomar asiento. Me sentía muy aliviado.

—Me ocuparé de este asunto —continuó—, aunque no veo grandes posibilidades... ¿Puedo preguntarle qué clase de colaboración desea de mí?

—El caso tal vez permita utilizar el análisis de factores múltiples —empecé, sopesando las palabras—. No conozco su programa, pero sí conozco cierto número de programas del tipo GPS y supongo que un programa de investigación será algo similar. El problema es menos criminal que de raciocinio. Naturalmente, el computador no nos indicará al culpable, pero a éste podemos eliminarle con tranquilidad de las acusaciones como desconocido. Solucionar el caso sería obtener una teoría sobre la muerte de estos hombres, encontrar la ley que los mató...

El doctor Barth me miraba compasivamente, o tal vez sólo me lo pareció, porque estaba sentado bajo la lámpara del techo y las sombras recorrían su rostro al menor movimiento.

—Amigo mío, cuando he dicho que lo intentaríamos, me refería a un equipo de personas, no de electrones. Dispongo de un equipo interdisciplinario de primera clase, los mejores cerebros de Francia, y estoy seguro de que se lanzarán sobre el asunto como perros tras la liebre. En cuanto a nuestro programa... Es verdad, lo hemos desarrollado y ha funcionado muy bien en un par de experimentos, pero una historia semejante, no, no... —dijo, meneando la cabeza.

—¿Por qué no?

—Muy sencillo. El computador no hace nada sin cuantificación, y aquí... —extendió los brazos—, ¿qué podemos cuantificar? Supongamos que hubiera en Nápoles una nueva red de traficantes de drogas y el hotel fuese la guarida de estos traficantes; la droga sería suministrada al comprador cambiándola por la sal de un salero determinado. ¿Acaso no pueden cambiarse de mesa los saleros de un comedor? ¿Y no correría peligro de envenenarse sólo la gente a quien le gusta comer con sal? ¿Y cómo podría saber esto el computador, si en los datos no figurase nada sobre estos saleros, sobre droga y los gustos culinarios de las víctimas?

Le miré con gran respeto. ¡Cómo se sacaba los conceptos de la manga! Sonó una campanilla, que fue subiendo de tono hasta hacerse estridente y entonces enmudeció, y pude oír una voz femenina regañando a un niño.

Barth se puso en pie.

—Ya podemos ir... Cenamos siempre a la misma hora.

Sobre la mesa del comedor ardía una larga hilera de velas rosadas. En la escalera, Barth me había susurrado que su abuela cenaría con nosotros; tenía noventa años, pero estaba muy fuerte en todos los aspectos y sólo era un poco excéntrica. Lo interpreté como un aviso de que no me extrañase de nada, pero no pude contestar porque tuve que saludar a los habitantes de la casa. Además de los tres niños, a quienes ya conocía, y la señora Barth, había sentada a la mesa, en una silla de tijera igual que la del gabinete, una anciana vestida de un violeta verdaderamente episcopal. Sobre su pecho refulgían unos anticuados



impertinentes engarzados en brillantes, y sus pequeños ojos negros taladraron los míos como las fulgurantes piedras. Me alargó la mano a tanta altura y con tanta energía que la besé, en contra de mi costumbre, y me dijo con voz inesperadamente fuerte y masculina que, como en una película mal sincronizada, parecía pertenecer a otra persona:

—¿Así que es astronauta? Aún no se había sentado ninguno a nuestra mesa.

Incluso el doctor estaba asombrado. Su mujer explicó que los niños habían informado a la abuela. La anciana me ordenó que tomara asiento a su lado y que hablara en voz alta, porque no oía muy bien. Junto a sus cubiertos había un aparato para sordos, parecido a una judía partida, que no utilizaba nunca.

—Será un placer hablar con usted. Creo que la ocasión tardará en repetirse. Dígame, ¿cómo se ve realmente la Tierra desde allí arriba? ¡No me fío de las fotografías!

—¡Y hace usted bien, señora! —contesté mientras le pasaba la ensalada, divertido en secreto de que me interpelara así, sin ningún rodeo—. Ninguna fotografía es capaz de reproducirlo, sobre todo cuando la órbita es estrecha, pues entonces la Tierra sustituye al cielo. Se convierte en cielo. No lo cubre, sino que es el cielo. Esta es la impresión que da.

—¿De verdad es tan hermoso?

En su voz vibraba la duda.

—A mí me gustó. Lo que más me impresionó fue que la Tierra estuviera deshabitada. Ni rastro de ciudades, calles, puertos, nada, sólo mares, continentes y nubes. Por otra parte, los océanos y continentes tienen el mismo aspecto que en el atlas de la escuela. Pero las nubes... se me antojaron lo más notable, quizá porque no recuerdan en nada a las nubes.

—Pues ¿qué recuerdan?

—Depende de lo alto que se vuele. Desde la distancia máxima parecen ser la piel vieja y arrugada de un rinoceronte, gris azulada, con grietas. Y cuando uno se acerca, recuerdan un rebaño de ovejas de diferentes colores, peinadas con esmero.

—¿Y ha estado en la Luna?

—Por desgracia, no.

Ya me preparaba para un largo interrogatorio cosmológico cuando cambió repentinamente de tema.

—Habla un francés perfecto, aunque también algo singular. Emplea a menudo otras expresiones... ¿Procede tal vez de Canadá?

—Mi familia procede de allí. Yo nací en Estados Unidos.

—Ya. ¿Es francesa su madre?

—Sí, lo era.

Me di cuenta de que el matrimonio dirigía miradas a la anciana, como si intentaran frenar su curiosidad. Pero ella no hacía el menor caso.

—¿Y su madre hablaba francés con usted?

—Sí.

—Se llama John, pero sin duda su madre le llamaba Jean, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces yo también le llamaré así. Aleje de aquí esos espárragos, por favor. No puedo comerlos. La edad, Jean, significa que se tienen experiencias que ya no pueden aprovecharse. Y por esta razón ellos —y señaló a los restantes miembros de la familia— hacen bien en no prestarme atención. Usted aún no lo sabe, señor, pero hay una enorme diferencia entre tener setenta o noventa años. Fundamental —subrayó, y dejó de hablar para dedicarse a la comida.

Cuando cambiaron los platos, volvió a animarse.

—¿Cuántas veces estuvo en el espacio?

—Dos veces. Pero no me alejé mucho de la Tierra. Si la comparamos con una manzana, fui a una distancia parecida al grosor de su piel.

—Es usted modesto.

—No, en absoluto.

Fue una conversación singular —ni siquiera puedo decir que fuera desagradable—, pues la anciana tenía su propio encanto. Por ello no me importó que siguiera interrogándome.

—¿Deberían volar al espacio las mujeres? ¿Qué opina usted?

—Nunca he pensado en ello —contesté sincera-mente—. Si les gustara de verdad...

—En Estados Unidos se encuentra el centro de ese absurdo movimiento, la Women's Liberation. Una cuestión infantil de mal gusto, pero en cambio, cómoda.

—¿Lo cree usted así? ¿Por qué cómoda?

—Porque se sabe quién tiene la culpa de todo. Según estas damas, los hombres. Ellas enderezarán el mundo; quieren ocupar el lugar de ustedes. Se trata de una insensatez, pero al menos tienen un objetivo claro, y ustedes carecen de él.

Después del postre, que consistió en una gigantesca torta de ruibarbos cocidos con azúcar, los niños salieron corriendo del comedor y yo empecé a pensar en el camino de regreso. Cuando el doctor Barth se enteró de que residía en Orly, intentó persuadirme de que me instalara en su casa. Yo no quería abusar de él hasta ese punto, pero la tentación era grande. Además, hablando sin rodeos, no podía prescindir de él.

La señora Barth se unió a su marido y me enseñó el libro de invitados todavía vacío: ¡vaya presagio que el primero fuese un astronauta! Intercambiamos frases corteses y al final accedí. Al día siguiente me trasladaría a su casa. El doctor me acompañó hasta el coche, y cuando me senté al volante observó que su abuela sentía una gran simpatía hacia mí, lo cual era una distinción muy poco corriente. Permaneció ante la verja abierta mientras yo me alejaba para adentrarme en el París nocturno.

A fin de evitar el intenso tráfico, di un rodeo alrededor del centro y pasé por los bulevares del Sena, que a esta hora estaban relativamente tranquilos. Era cerca de medianoche. Me sentía bastante cansado, pero satisfecho; la conversación con Barth me había inspirado una vaga confianza. Conducía lentamente, porque había bebido bastante vino blanco. Ante mí apareció un pequeño «2 CV», que avanzaba con exagerada precaución junto a la acera. La calle estaba vacía, y tras los pretilos del río se veían los grandes almacenes de la otra orilla. Los miraba distraídamente, absorto en mis pensamientos, cuando

en el espejo retrovisor se reflejaron como dos soles los faros de un coche. En aquel momento yo iba a adelantar al pequeño «2 CV» y me había desviado un poco demasiado hacia la izquierda. Ahora, para hacer sitio al corredor nocturno, traté de volver a pegarme detrás de la lentísima hormiga, pero no tuve tiempo. Los faros de atrás inundaron el interior de mi coche y una sombra alargada y ruidosa pasó como una exhalación entre el pequeño coche y yo. Antes de que enderezara mi «Peugeot», desviado por la ráfaga de aire, el otro ya se encontraba lejos. Me había arrancado un trozo de guardabarros y del espejo exterior sólo quedaba la montura. Seguí adelante y me dije: «Si no hubieras bebido tanto vino, ahora estarías dentro de un coche destrozado...» Porque entonces es probable que hubiese logrado ocupar el espacio por el que el otro había decidido pasar. ¡Este accidente habría dado mucho que pensar a Randy! ¡Qué bien habría encajado mi muerte en nuestro esquema de Nápoles! Randy hubiera tenido la convicción de que estaba relacionada con nuestra operación de simulacro. Por lo visto mi destino era ser el doceavo, y llegué al hotel sin ulteriores incidentes.

Barth quiso celebrar en seguida el hecho de que su equipo se hiciera cargo del caso, o tal vez sólo deseaba exhibir su nueva casa; sea como fuere, al cuarto día de mi visita, un domingo, organizó una fiesta destinada a que nos conociéramos mutuamente. Asistirían más de veinte personas. Mal preparado para fiestas oficiales, yo había pensado ir a París el sábado para comprarme ropa adecuada, pero Barth me lo quitó de la cabeza. Así pues, me coloqué ante la entrada junto a él y su mujer con unos téjanos deshilacliados y un pullover viejo, ya que la policía italiana me había destrozado todo lo que poseía. Las paredes correderas de la planta baja estaban plegadas y todo el piso bajo de la casa se había transformado en un espacioso salón. Fue una velada singular. Entre los jóvenes barbudos y las sabihondas que llevaban peluca, yo me sentía un poco invitado casual y un poco anfitrión, ya que vivía en casa de los Barth y hacía en cierto modo los honores de la casa. Tuve que presentarme ante todos con el pelo corto y afeitado como un viejo explorador. No reinaba ni una rigidez ceremoniosa ni su reverso todavía peor: la bufa jactancia de los intelectuales. Por otra parte, desde los últimos acontecimientos en China ya no quedaban maoístas.

Procuré hablar un poco con todos, ya que al fin y al cabo habían venido para conocer a un astronauta alérgico en viaje de negocios, e interinamente, también detective.

La ligera conversación giró al principio en torno a los sufrimientos de este mundo. No es que se hablara con ligereza, sino más bien con una falta de sentido de la responsabilidad, pues ya había terminado la misión centenaria de Europa, y estos graduados de Nanterre y la Ecole Supérieure lo comprendían mejor que sus compatriotas. Europa sólo había superado la crisis económica. Había vuelto la *prosperity* sin mejorar la propia conciencia. No era el temor del operado de cáncer a la metástasis: era el conocimiento de que el espíritu de la historia se había marchado, y si volvía, no sería aquí. Francia no podía hacer nada, y por esto se dedicaban a hablar libremente de los sufrimientos de este mundo, porque habían pasado del escenario a la platea. Las profecías de McLuhan se cumplieron, pero a la inversa, como suele suceder con las profecías. Surgió su poblado global, pero dividido en dos mitades. La más pobre sufría, y la más rica importaba este sufrimiento mediante la televisión y se compadecía desde lejos. Se tenía incluso la convicción de que así no se podía continuar, pero de algún modo se continuaba. Nadie me preguntó qué pensaba de la nueva doctrina del State Department, la doctrina «de la espera» dentro de *cordons sanitaires* económicos, así que me callé. Tras el sufrimiento siguieron las locuras

del mundo. Me enteré de que un conocido director de cine francés había decidido rodar una película sobre el baño de sangre de la escalera.

El papel del misterioso héroe sería confiado a Belmondo, y el de la chica salvada por él —en lugar de una niña, porque con ella no se puede ir a la cama— a una famosa actriz inglesa. Esta actriz acababa de casarse y había invitado a su noche de bodas pública —tan de moda hoy día— a muchos personajes importantes, a fin de organizar alrededor del tálamo nupcial una tómbola en favor de las víctimas de Roma. Desde que había oído hablar de las monjas belgas que resolvieron dedicarse a la prostitución con fines benéficos, para rescatar del fariseísmo a la Iglesia, ya no me asombraba escuchar semejantes cosas.

También se habló de política. La novedad del día era el descubrimiento de que los miembros del movimiento argentino de Defensores de la Patria estaban a sueldo del gobierno. Se expresó el temor de que a la larga pudiera ocurrir también en Francia algo similar. El fascismo ya había caducado, así como las dictaduras primitivas, al menos en Europa, pero contra el terrorismo no existía un medio más efectivo que la liquidación preventiva de los activistas. Una democracia no podía consentir el asesinato profiláctico directo, pero podía cerrar los ojos a un asesinato alevoso bien visto por el gobierno, castigándolo con un breve encarcelamiento y una discreta vigilancia. Ya no se trataba del antiguo asesinato de encapuchados (represalias de las que era responsable el gobierno), sino de un terror constructivo *per procura*. Me hablaron de un filósofo que predicaba la total legalización de la violencia. De Sade ya había definido semejante estado como la perfecta y auténtica libertad. Se garantizaría constitucionalmente que todas las actividades hostiles al gobierno tendrían iguales derechos que las conservadoras, y como las fuerzas interesadas en la conservación del *statu quo* eran más numerosas que las revolucionarias, el sistema saldría indemne del choque entre las actitudes extremas, incluso aunque se llegara a una especie de guerra civil.

Hacia las once, Barth empezó a enseñar la casa a los curiosos invitados. La planta baja se quedó bastante vacía, y yo me uní a tres hombres que hablaban frente a la puerta abierta de la terraza. Dos de ellos eran matemáticos de especialidades hostiles entre sí, ya que Saussure, un pariente de Lagrange, se ocupaba del análisis de la teoría, o sea de la matemática «pura», mientras el segundo, especialista en las matemáticas aplicadas, se dedicaba a la estadística. El contraste entre ambos era cómico. Saussure, enjuto, de cabellos muy negros y con el huesudo rostro enmarcado por unas patillas, parecía recién salido de un daguerrotipo y llevaba unos anteojos de oro y una calculadora japonesa colgada del cuello, como si fuera una cruz de comendador.

Seguramente se trataba de una broma. El estadístico tenía el cabello rubio y rizado, era corpulento y parecía un boche regordete de las postales francesas de la primera guerra mundial, y procedía efectivamente de una familia alemana. Se llamaba Mayer, y no Mailleux, como pensé al principio, pues él pronunciaba así su nombre. Los dos matemáticos no estaban dispuestos a entablar conversación, pero el tercero del grupo, el doctor Lapidus, un farmacólogo, me dirigió la palabra. Su barba le daba el aspecto de acabar de llegar de una isla desierta. Quería saber si las investigaciones no habrían topado con casos abortivos, es decir, casos en que los síntomas de locura aparecían para remitir poco después por sí solos. Yo dije que los microfilmes contenían todo el material de las actas, y que si no se quería considerar abortivo el caso de Swift, era que no había habido ninguno.

—¡Eso es asombroso!

—¿Por qué asombroso?

—Los síntomas aparecieron con diferente intensidad, y en cuanto los pacientes eran internados en el hospital, como el que se tiró por la ventana, volvían a desaparecer. Suponiendo que se tratara de una psicosis provocada químicamente, esto significaría que la dosis era incrementada de modo incomprensible. ¿No ha reparado nadie en ello?

—No comprendo bien a qué se refiere.

—No existe ningún compuesto psicotrópico que actúe con tanta lentitud que, si se toma el lunes, por ejemplo, los primeros síntomas no aparezcan hasta el martes, las alucinaciones el miércoles y el efecto máximo el sábado. Es posible, claro está, introducir un depósito en el organismo, inyectando subcutáneamente un preparado de acción retardada, que se va absorbiendo durante semanas; pero siempre supone una intervención que deja huellas en la piel. En la autopsia del cadáver las hubieran advertido, y en las actas no he encontrado nada a este respecto.

—Porque no se comprobó nada semejante.

—¡Esto es precisamente lo que me asombra!

—Es posible que tomaran varias veces ese preparado, y así fueran acumulándolo...

Negó con la cabeza.

—¿Cómo? Desde el principio de su nueva vida hasta la aparición de los síntomas pasaron siempre varios días, de seis a ocho, incluso diez. No hay ningún fármaco que actúe con tanta demora o se acumule tan despacio. Suponiendo que tomaran este compuesto a partir del primero o segundo día de su llegada, los síntomas tendrían que haber aparecido al cabo de cuarenta y ocho horas como máximo. Podría discutirse el asunto si estas personas hubieran padecido del hígado o el riñón, pero nadie se hallaba en este caso, ¿verdad?

—Entonces, ¿cuál es su opinión?

—Al parecer, fueron envenenados de modo sistemático, gradual y continuado.

—¿Supone usted envenenamiento con premeditación?

Al sonreír, mostró sus dientes de oro.

—No. Lo ignoro; tal vez fueron duendes insistentes o tal vez moscas escapadas de un laboratorio farmacológico, que se posaron sobre las tostadas después de haberse paseado sobre los aromáticos derivados del ácido lisérgico. Pero lo que sí sé es que la concentración de este compuesto aumentaba en la sangre de las víctimas lentamente.

—¿Y si se tratara de un compuesto desconocido?

—Desconocido..., ¿para nosotros?

Lo dijo de un modo que no pude evitar una sonrisa.

—Sí, para ustedes, los químicos. ¿No sería posible?

Torció el gesto y dejó brillar de nuevo el oro de sus dientes.

—Hay más compuestos desconocidos que estrellas en el cielo. Pero no puede existir un compuesto que sea a la vez resistente y no resistente al metabolismo de los tejidos. Hay un número infinito de círculos, pero no un círculo cuadrado.

—No comprendo.

—Es muy sencillo. Los compuestos que provocan síntomas violentos forman en el organismo combinaciones estables, como el monóxido de carbono o la cianita con la hemoglobina. Tales compuestos son verificables en una autopsia, sobre todo si se emplean micrométodos, por ejemplo, la cromatografía. ¡Pues se han utilizado y no se ha demostrado nada! Esto indica que nuestro hipotético compuesto se desintegra fácilmente. Si se desintegra fácilmente, hay que administrarlo más a menudo en pequeñas dosis, io de una sola vez, pero en dosis masiva! Pero si se administrara en una sola dosis, los síntomas aparecerían al cabo de poca horas, no de días. ¿Lo comprende ahora?

—Sí, lo comprendo. ¿Y cree usted que no existe alternativa?

—Claro que existe. Podría tratarse de un compuesto que fuera totalmente inofensivo en el momento de su ingestión y que no desarrollara sus cualidades psicotrópicas hasta haberse descompuesto en la sangre o en los tejidos. Por ejemplo, en el hígado: el hígado intentaría eliminar del organismo un compuesto inocuo y lo convertiría en veneno. Sería una interesante trampa bioquímica; pero también pura fantasía, porque no existe semejante compuesto ni creo que pueda existir.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque la farmacología no conoce nada semejante. No hay un «caballo de Troya» entre los venenos, no en una sola forma, y si no se ha producido nunca, hay muy pocas posibilidades de que llegue a producirse.

—¿Y cuál es su deducción?

—No lo sé.

—¿Esto es todo cuanto quería decirme?

Fui descortés, pero aquel hombre me había irritado. Sin embargo, él no se ofendió.

—No, hay algo más. El... este efecto... puede haber sido un resultado.

—¿La suma de diversas sustancias? ¿Venenos?

—Sí.

—¡Pero esto indicaría sin ninguna duda la existencia de un complot en cada caso!

Sorprendentemente, fue Saussure quien respondió en lugar del químico.

—Una muchacha de Lombardía trabajaba como criada en casa de un médico parisién, que vivía en la rué St-Pierre, 48, en el segundo piso. La hermana de la muchacha, cuando quiso visitarla, no recordaba bien la dirección y confundió St-Pierre con St-Michel, así que fue al boulevard St-Michel, encontró el número 48, subió al segundo piso, vio una placa de médico, llamó y preguntó por Marie Duval, su hermana. Y he aquí que la casualidad quiso que en esta calle, en casa de otro médico, trabajase una criada que también se llamaba Duval y tenía incluso el mismo nombre de pila que la hermana de la visitante. Así pues, no podemos dar ninguna respuesta lógica, es decir, matemáticamente creíble, a la pregunta de hasta qué punto intervino a priori la casualidad en este caso. El asunto parece una bagatela, ¡pero yo le digo que es una sima! El único ejemplo modélico de la teoría de la probabilidad es el mundo según Gibbs, el mundo de las fases repetibles. Existen sucesos únicos, no sujetos a la estadística porque sólo se producen una vez, pero en ellos no se puede hablar de probabilidad.

—No hay sucesos únicos —replicó Mayer, que hasta ahora se había hinchado

la mejilla con la lengua y hecho toda clase de muecas.

—Los hay —insistió Saussure.

—Pero no en serie.

—Tú eres una serie única de sucesos. Todo el mundo lo es.

—¿Distributivos o colectivos?

Se estaba iniciando un duelo de abstracciones, pero Lapidus posó una mano en la rodilla de ambos matemáticos y exclamó:

—¡Vamos, señores!

Los dos sonrieron. Mayer volvió a abultarse la mejilla con la lengua y Saussure prosiguió:

—Se podría confeccionar una lista de personas llamadas Duval y domicilios de médicos parisienses; esto sería fácil, pero, ¿qué relación tiene la intercambiabilidad de St-Pierre y St-Michel con la abundancia de calles con estos nombres en Francia? ¿Y qué valor numérico habría que dar a la probabilidad de que esta muchacha encontrase una casa donde viviera una Duval, pero en el tercer piso y no en el segundo? En una palabra, ¿dónde acaba la variedad de posibilidades?

—Desde luego no en el infinito —volvió a intervenir Mayer.

—Puedo demostrar que el infinito no lo es sólo en el sentido clásico, sino también transfinito.

—Perdone —dije yo, porque quería volver al punto de partida—. Está claro que usted alude a algo, pero ¿qué es?

Mayer me dirigió una mirada conmisericordiosa y salió a la terraza. Saussure estaba extrañado de mi falta de comprensión.

—Supongo que ya ha visto todo el jardín y ha estado detrás de los árboles, donde se cultivan fresas, ¿verdad?

—Naturalmente.

—Allí hay una mesa de madera, redonda, con el borde tachonado de clavos. ¿Se ha fijado en ella?

—Sí.

—¿Considera posible derramar desde gran altura sobre esa mesa, mediante una pipeta, las gotas de agua suficientes para que cada gota cayera sobre un clavo?

—Pues... si se calculara bien, ¿por qué no...?

—¿Pero no si se echara el agua sin ningún cuidado?

—Entonces no, claro.

—Y sin embargo, basta que llueva durante cinco minutos para que cada clavo reciba con seguridad su gota de agua...

—Sí, pero... —Ahora ya empezaba a comprender a qué se refería.

—¡Sí, sí, sí! Mi criterio es radical. No hay en absoluto ningún misterio. Es sobre todo la magnitud de la cantidad de sucesos lo que decide lo que es posible. Cuanto mayor es la magnitud de la cantidad, más improbable son los sucesos que pueden desviarse.

—¿De modo que las víctimas no constituyen una serie?

—Hablemos de las víctimas. Un mecanismo casual las ha convertido en tales. De la suma de imponderables, a los que he aludido al contarle la anécdota, ustedes han entresacado una fracción determinada, muchos de cuyos factores se parecen. La han considerado una serie completa, y por eso se antoja tan enigmática.

—¿Así que usted cree, como el señor Lapidus, que deberíamos buscar casos abortivos?

—No, no lo creo, porque no los encontrarían. La cantidad «soldados del frente» contiene la cantidad parcial «muertos y heridos». Estos son fáciles de clasificar, pero no se puede distinguir entre los soldados a quienes la bala ha pasado de largo por un centímetro y aquellos a quienes ha fallado por un kilómetro. Por ello ustedes sólo descubren cosas por casualidad. A un adversario que aprovecha la estrategia de la casualidad no se le puede vencer más que con la misma estrategia.

—¿Qué le está contando el doctor Saussure? —sonó una voz a nuestras espaldas.

Era Barth, que se acercaba con un hombre flaco y canoso. Me lo presentó, pero no entendí el nombre. Barth no trataba a Saussure como a un colaborador de su equipo, sino como a un excéntrico. Me enteré de que el matemático había trabajado hacía un año con los Futuribles, y de allí pasado al grupo francés de la CETI, que estudiaba las civilizaciones cósmicas; pero no aguantó mucho tiempo en ninguno de los dos puestos. Le pregunté qué pensaba de estas civilizaciones, si creía que tampoco existían.

—Eso no es tan sencillo —contestó, levantándose—. Existen otras civilizaciones, aunque al mismo tiempo no existen.

—¿Cómo debo entenderle?

—No existen tal como las imaginamos, y por consiguiente el hombre no podría definir estas civilizaciones como tales.

—Es posible —concedí—, pero entre todas ellas también habría que clasificar a la nuestra, ¿no es cierto? O bien somos un gris término medio del cosmos o una anomalía, incluso tal vez extrema.

Nuestros oyentes se echaron a reír. Escuché con asombro que había sido precisamente esta clase de argumentación lo que incitara a Saussure a abandonar la CETI. Fue el único que no rió. Guardó silencio, haciendo bambolear su calculadora como si fuera una cadena de reloj. Le llevé por entre los invitados hasta la mesa, le ofrecí una copa de vino, tomé otra para mí y brindé por su concepto de estas civilizaciones, tras lo cual le pedí que me lo expusiera.

Era la mejor táctica; Fitzpatrick me la había enseñado. Una actitud en la que no se podía distinguir entre la seriedad y la ironía. Saussure empezó a explicarme que toda la evolución del saber no era otra cosa que la renuncia gradual a la sencillez del mundo. El hombre desearía que todo fuera sencillo, aun cuando sea al mismo tiempo misterioso. Un tipo de Dios, y desde luego en singular; un tipo de leyes naturales; un solo tipo de razón en el universo, etc. La astronomía, por ejemplo. Siempre ha mantenido que todo cuanto existe son estrellas; estrellas en el presente, en el pasado y en el futuro, más sus pedazos en forma de planetas. Sin embargo, teníamos que admitir que muchas manifestaciones del cosmos no entraban en este esquema. La necesidad humana de sencillez hizo posible el éxito de la hoja de Ockham, que prohíbe la



multiplicación de existencias, o sea de casillas de clasificación, más allá de lo necesario. Sin embargo, la diversidad que nosotros no queríamos admitir ha vencido a nuestros prejuicios, y hoy los físicos ya han vuelto del revés la sentencia de Ockham, afirmando que es posible todo cuanto no está prohibido. Todo en la física. Y la diversidad de la civilización es mayor que la de la física.

Me habría gustado seguir escuchándole, pero Lapidus me llevó junto a los médicos y biólogos. Su opinión era unánime: los datos obtenidos eran insuficientes! Se imponía verificar la hipótesis de la serie desde el punto de vista de si las muertes podían tener como causa ciertas propiedades congénitas de un organismo alérgico a un determinado componente de la microbiosfera de Nápoles. Era preciso formar dos grupos, cada uno compuesto de unos cuarenta hombres, todos alrededor de los cincuenta años, de complexión pícnica, que se elegirían al azar; se les haría tomar baños sulfurosos, tostarse al sol, recibir masajes, asarse bajo la lámpara de cuarzo, sudar, pasar un poco de miedo con películas de horror, excitarse con algo de pornografía, y después esperar a que uno de ellos enloqueciera. Entonces sería necesario analizar sus características hereditarias, y buscar en su árbol genealógico casos de muertes repentinas e inexplicables, ipara lo cual el computador prestaría sin duda alguna espectaculares servicios! Algunos hablaron conmigo y otros entre sí sobre la composición del agua de los baños, sobre el aire, sobre adrenocromo, sobre una manía persecutoria provocada químicamente y basada en el metabolismo, hasta que el doctor Barth fue a liberarme para conducirme hasta el grupo de juristas. Algunos de ellos mencionaron a la mafia, y otros a una nueva organización que no tenía prisa por atajar los misteriosos casos de asesinato.

¿Motivos? ¿Por qué motivos aquel japonés había matado en Roma a serbios, holandeses y alemanes? Me preguntaron si había visto los periódicos del día. Un turista de Nueva Zelanda, con el fin de protestar contra el secuestro de un diplomático australiano en Bolivia, había intentado secuestrar en Helsinki un avión chárter lleno de peregrinos que se dirigían al Vaticano. El principio del derecho romano —*id fecit cui prodest*— ya no era válido. No, aquí estaba en juego la mafia, cualquier italiano podía ser mafioso, ya fuera comerciante, conserje, bañero o chófer; la aguda psicosis indicaba alucinógenos y éstos no podían administrarse tranquilamente en un restaurante, pero ¿dónde mejor que un balneario, después de sudar copiosamente en un baño caliente, para beber un refresco de un solo trago?

Los juristas fueron rodeados por los médicos a quienes yo acababa de abandonar, y surgió una disputa acerca de la calvicie, que por otra parte no suscitó nada nuevo. En realidad fue todo muy divertido. Hacia la una los grupitos aislados se unieron en una masa compacta, y con el champaña empezó a hablarse del problema del sexo. La lista de medicamentos ingeridos por las víctimas tenía que ser incompleta. ¡A la fuerza, ya que faltaban los modernos elixires del amor, los afrodisíacos! ¡Seguro que los caballeros de cierta edad utilizaban alguno! Había una cantidad de ellos, «Topera», «Bios 6», «Dulong», «Antipraecox», «Orkasfluid», «Sex Tonicum», «Sanurex Erecta», «Elixir de Egipto», «Erectovite», «Topform», «Action Cream». Estos conocimientos me abrumaron, pero también me dejaron perplejo, pues pusieron al descubierto una laguna de la investigación: nadie había estudiado la psicotropía de tales preparados. Me aconsejaron que me ocupara del asunto. ¿No se había encontrado nada en ninguna de las víctimas? ¡Esto era altamente sospechoso! Un hombre joven no lo habría ocultado, pero los caballeros maduros son reconocidamente mendaces, escrupulosos y aficionados al disimulo. Toman la sustancia y tiran la envoltura...

Había mucho bullicio, las ventanas estaban abiertas, los tapones de champaña saltaban por el aire, Barth aparecía sonriendo por una u otra puerta, muchachas españolas iban de un lado a otro con bandejas, una rubia nacarada, al parecer esposa de Lapidus, atractiva a media luz, me dijo que le recordaba a un viejo amigo. La recepción era un éxito evidente, pero a mí me asaltó la melancolía, dulcificada por el champaña, porque me sentía decepcionado. Ninguno de aquellos simpáticos entusiastas poseía esa chispa, esa sagacidad que es comparable a la intuición en el arte. La facultad de entresacar lo esencial de una abundancia de hechos. En lugar de pensar en la solución del problema, lo habían complicado todavía más formulando nuevas preguntas. Randy poseía esta facultad, pero le faltaban los conocimientos que tanto abundaban en casa de Barth, aunque por desgracia no lograban concentrarse.

Permanecí en el salón hasta el final y acompañé a la puerta a los últimos invitados junto con el anfitrión. Los coches se alejaron uno tras otro, la avenida quedó desierta, la casa se veía totalmente iluminada, y yo subí a acostarme con la sensación de haber sufrido un descalabro, pero más descontento conmigo mismo que con los otros. Tras las sombras oscuras de los jardines y edificios de los arrabales, ante mi ventana, refulgía París, pero no brillaba tanto como Marte, que en su ascensión fulguraba como si alguien hubiese puesto encima de todo un punto amarillo.

Muchas veces tenemos un conocido con quien no nos unen intereses comunes ni experiencias especiales, con el que no mantenemos correspondencia y al que vemos con muy poca frecuencia y por casualidad, y sin embargo, aunque no es fácil de explicar, su existencia es importante para nosotros.

En París, la torre Eiffel es para mí uno de estos conocidos, no como símbolo de la ciudad, pues el propio París me deja completamente frío. Me enteré de que esta torre significa algo para mí el día en que leí en la prensa que debería ser derribada. La noticia me hizo estremecer. Siempre que estoy en París tengo que ir a contemplarla. Sólo contemplarla, nada más. Al final de cada visita recorro su base, entre los cuatro pilares, desde donde se ven los arcos unidos, el enrejado contra el fondo del cielo y las grandes y anticuadas ruedas que mueven los ascensores.

Hice esto al día siguiente de la recepción. La torre no había cambiado, aunque ahora está rodeada de rascacielos. Era un día espléndido. Me senté en un banco y reflexioné sobre el modo de zafarme de todo este asunto, pues me había despertado con esta decisión. El caso al que había dedicado tanto esfuerzo se me antojaba extraño, superfluo y, en cierto modo, falso. Es decir, mi entusiasmo era falso. Como si de pronto hubiera recobrado la razón o adquirido más inteligencia, reconocí mi falta de madurez, el mismo infantilismo que se ocultaba tras cada una de las decisiones que había tomado en la vida.

Por exaltación, a los dieciocho años decidí ser paracaidista, y tuve la suerte de ver la cabeza de puente de Normandía, aunque desde una camilla, porque nuestro planeador, destrozado en el aire por armas antiaéreas, se desvió del objetivo y cayó con todos nosotros —treinta hombres— sobre los búnkers alemanes, y yo acabé con el cóccix fracturado en un hospital militar inglés. Pero con Marte ocurrió exactamente lo mismo. Si hubiera regresado de allí, no me habría sumido en mis recuerdos hasta el fin de mis días sino sufrido lo mismo que el segundo hombre que llegó a la Luna, a quien no bastaron los sillones que le ofrecieron en los consejos de administración de grandes empresas y se entregó a pensamientos suicidas. Uno de mis camaradas era jefe de ventas de cerveza en Florida, y cada vez que yo tenía una lata de cerveza en la mano, le veía frente a mí, blanco como un ángel en su escafandra, subiendo en el

ascensor; así que me lancé a esta aventura para no seguir sus pasos.

Mientras contemplaba la torre Eiffel, comprendía muy bien todo esto. Una profesión fatal, seductora por el calificativo de «un gran paso de la humanidad», que, como había dicho Armstrong, sólo era «un pequeño paso de los hombres», pero en realidad un punto culminante, el apogeo no solamente de una órbita, un lugar que podía perderse, una imagen simbólica de la vida humana, con toda la avidez de sus esfuerzos y esperanzas dirigidos hacia lo inalcanzable. Con la única diferencia de que aquello que era para el individuo los mejores años, aquí representaba horas. Aldrin sabía que las huellas de sus grandes zapatos sobre la Luna sobrevivirían no sólo al recuerdo del programa Apolo, sino probablemente a toda la historia de la humanidad, porque tardarían mil quinientos millones de años en ser borradas por el fuego del sol. ¿Cómo podía un hombre que había estado tan cerca de la eternidad contentarse con vender cerveza?

Saber que todo ha quedado atrás, comprenderlo de modo tan inmediato e irrevocable, constituía más que una derrota, era también un escarnio del momento culminante y la emoción que la precedieron. Mientras contemplaba el monumento de hierro erigido por un hábil ingeniero al siglo xix, me maravillé más y más de la ceguera en que había vivido durante tantos años, y sólo la vergüenza me impidió volver a Garges por el camino más corto y hacer el equipaje a escondidas. La vergüenza y la lealtad.

Por la tarde, Barth me visitó en mi buhardilla. Parecía algo malhumorado. Tenía una novedad para mí: el inspector Pingaud, enlace entre su equipo y la Súreté, nos invitaba a su casa. Se trataba de un caso del que se había encargado uno de sus colegas, el comisario Leclerc. Pingaud creía que debíamos conocer las circunstancias de este caso. Como es natural, me mostré conforme, y nos dirigimos juntos a París. Pingaud nos estaba esperando. Le reconocí: era el hombre canoso y reticente que viera en compañía de Barth la noche anterior. Entonces me había parecido mucho más joven. Nos recibió en una pequeña antesala; cuando entramos se levantó de detrás de una mesa sobre la que había un magnetófono. Nos dijo sin preámbulos que el comisario había ido a verle hacía dos días; estaba jubilado, pero todavía visitaba a menudo a sus antiguos colegas.

Hablaron de un caso que Leclerc no podía contarme personalmente y que había relatado al inspector a instancias de éste, y el relato quedó grabado en una cinta.

Después de pedirnos que nos instaláramos cómodamente, ya que la historia era bastante larga, Pingaud nos dejó solos, tal vez por cortesía, para no estorbarnos, aunque a mí se me antojó un poco extraño.

Era un favor excesivo, teniendo en cuenta las costumbres de la policía en general y sobre todo de la francesa. Excesivo e insuficiente. No creía que Pingaud nos hubiera mentado; no podía tratarse de una investigación fingida ni de una historia ficticia. Desde luego el comisario Leclerc estaba jubilado, pero nada hubiera sido más fácil que reunimos con él en alguna parte. Comprendía que no nos quisieran enseñar las actas, que eran algo sagrado para ellos, pero el magnetófono sugería que su intención era atajar cualquier discusión por adelantado. La mera información tenía que bastarnos. A un magnetófono no se le pueden formular preguntas. ¿Qué se escondería detrás de todo esto? En cuanto a Barth, o estaba tan perplejo como yo, o quería —o tal vez debía— guardar sus dudas para sí mismo. Todo esto me pasó por la mente como un relámpago al tiempo que surgía del magnetófono una voz profunda, segura de sí misma y un poco entrecortada:

«Señor, para evitar malos entendidos... le contaré lo que puedo contarle. El inspector Pingaud responde por usted, pero hay cosas que no pienso revelar. Conozco el dossier que usted ha traído consigo, lo conocí antes que usted, y voy a decirle mi opinión al respecto: no contiene ningún material de investigación. ¿Comprende a qué me refiero? Profesionalmente, no me interesa lo que no entra en los párrafos del código penal. Hay en el mundo miles y miles de cosas incomprensibles, platillos volantes, exorcismos, tipos que desde la pantalla de televisión doblan tenedores a distancia, pero nada de esto me concierne como policía. Como lector del *France Soir* puedo ocuparme de ello durante cinco minutos y decir: "¡Vaya!" Por lo tanto, al afirmar que en esta historia italiana no hay material para una investigación, puedo equivocarme, pero no en vano tengo a mis espaldas treinta y cinco años de trabajo policial. Por otra parte, si usted no comparte mi opinión, es cosa suya. El inspector Pingaud me ha rogado que le exponga un caso del que me ocupé hace dos años. Cuando se lo haya contado, comprenderá la razón de que no apareciera en la prensa. Seré brusco y le diré que si intentara hacer público este material, todo sería desmentido. No tardará en comprender por qué. Se trata de una razón de estado y yo soy un policía francés. Le ruego que no se ofenda; es una cuestión de lealtad profesional, y he tenido que emplear las formalidades acostumbradas.

»El caso mencionado pasó a las actas. Estuvo a cargo de la policía, de la Sûreté y finalmente del contraespionaje. Los autos están archivados y pesan en su conjunto varios kilos. Pero empecemos. El sujeto principal es un tal Dieudonné Proque. El nombre de Proque no suena a francés. El sujeto se llamaba anteriormente Procke, un judío alemán emigrado a Francia con sus padres en su juventud, durante la época de Hitler, en el año treinta y siete. Los padres eran burgueses y, hasta la época nazi, patriotas alemanes. Tenían en Estrasburgo parientes lejanos, residentes en Francia desde el siglo xviii. Me remonto a tiempos tan lejanos porque investigamos en profundidad, tal como solemos hacer en los casos complicados. Cuanto más enigmático es un caso, tanto más hay que buscar en círculos remotos. El padre no le dejó nada al morir. Proque estudió óptica. Durante la ocupación residió en Marsella, en la zona libre, en casa de otros familiares, y el resto del tiempo, a excepción de estos seis años, vivió en París, en mi mismo *arrondissement*. Poseía una pequeña óptica en la rué Amélie, y el negocio no le iba demasiado bien. No tenía dinero y no podía competir con las tiendas importantes. Vendía poco y se dedicaba sobre todo a reparaciones, cambiaba cristales de gafas y muchas veces arreglaba juguetes, y no sólo aparatos ópticos. Era el óptico de la gente sin dinero. Su madre le sobrevivió; vivía con él y llegó casi a los noventa años. Era un solterón empedernido y tenía sesenta y un años cuando ocurrió lo que voy a relatarle.

»Proque no tenía antecedentes penales, no figuraba en nuestro fichero, pese a que sabíamos que su taller fotográfico, que había montado en la parte trasera de la tienda, no era una afición tan inofensiva como él daba a entender. Hay gente que gusta de tomar fotografías de desnudos, no necesariamente pornográficas, y que no saben o no quieren revelarlas, y entonces necesitan una persona de confianza que lo haga por ellos. Tiene que ser una persona honrada, alguien que no haga copias extra para sí mismo o para otros. Hasta cierto límite, esto no es un delito. Hay gente que pone a otros en situaciones comprometedoras y los fotografía en secreto con el fin de hacerles chantaje. En nuestro fichero figuran unos cuantos tipos de éstos, y no es aconsejable para ellos tener una cámara oscura propia o un fotógrafo con antecedentes penales. Proque se dedicaba a este menester, pero con moderación. Sabíamos que revelaba esta clase de fotografías y que solía hacerlo cuando lo necesitaba

económicamente. Pero no existía motivo para tomar cartas en el asunto. Hoy día hay muchas otras cosas que reclaman la atención de la policía, siempre corta de presupuesto y falta de medios y de gente. Por otra parte, Proque no ganaba mucho con este trabajo. Nunca se había atrevido a exigir mucho a sus clientes. Era cauto y de naturaleza temerosa, y estaba totalmente bajo el dominio de su madre. Vivían con la regularidad de un reloj. Todos los años se marchaban de viaje, siempre en julio, siempre a Normandía, a un piso de tres habitaciones atestadas de trastos viejos, encima de una tienda. La pensión era antigua y los inquilinos, siempre los mismos, se conocían desde hacía años, de antes de la guerra.

»Tengo que describirle a Proque, ya que ello tiene cierta importancia, sobre todo para usted. Era bajo, prematuramente encorvado, tenía un defecto en el ojo izquierdo —el párpado se caía continuamente— y en la gente que no le conocía mucho producía la impresión, en particular por la tarde, de que era sordo, algo estúpido o distraído. Sin embargo, su mente era completamente normal, sólo sufría accesos de cansancio, en especial por la tarde, provocados por un descenso de la presión arterial. Por eso tenía siempre sobre la mesa del taller un termo de café al que recurría cuando empezaba a cabecear durante el trabajo. Con los años, este cansancio, estos continuos bostezos, esta sensación de que se mareaba y caería en redondo de un momento a otro, fueron menudeando cada vez más. Al final su madre le mandó al médico. Fue a ver a dos, que le recetaron unos estimulantes inofensivos cuyos efectos duraron poco tiempo. Esto que le digo era sabido por todos los inquilinos de la casa, cualquiera de ellos podría contárselo. Es probable que también conocieran su negocio secreto de la cámara oscura. Era un hombre fácil de penetrar. Semejantes fotos son en el fondo un juego de niños, comparadas con lo que constituye nuestro pan de cada día. Por otra parte, yo soy de la brigada criminal; los *moeurs*, la moral, son un mundo por sí mismos. Después de lo ocurrido, los introdujimos en las investigaciones, pero sin resultado.

»¿Qué añadir para completar su retrato? Proque coleccionaba viejas postales, se quejaba de una piel muy sensible, no podía tomar el sol, pues le provocaba erupciones, y aparte de esto no era hombre que diera valor al hecho de estar bronceado. Pero en otoño del año antepasado su rostro se oscureció visiblemente, la piel adquirió un brillo cobrizo semejante al causado por los rayos ultravioleta, y sus viejos clientes o conocidos le preguntaban: "¿Qué pasa, señor Proque? ¿Va usted al solárium?" Y él enrojecía como una doncella y explicaba a todo el mundo que no, que tenía una dolencia horrible, un furúnculo en cierto lugar fatal, y como ya duraba demasiado, el médico le había recetado sol artificial, vitaminas y un unguento. Y al final todo esto mejoró su estado.

»Llegó octubre, que aquel año fue bastante desapacible, lluvioso y frío, y fue en otoño cuando empezaron a menudear los accesos de agotamiento y debilidad del óptico, sobre todo a mediodía; volvió al médico y éste le recetó de nuevo unas tabletas estimulantes. A fines de mes dijo un día con gran animación a su madre durante la comida que le habían encargado un trabajo muy bien pagado, una larga serie de fotografías para revelar y ampliar, en color, y muchas copias de gran formato. Calculaba que cobraría mil seiscientos francos, que para él era una suma considerable. Hacia las siete bajó la persiana metálica y se encerró en la cámara oscura después de decir a su madre que acabaría tarde porque era un trabajo urgente.

«Hacia la una, un ruido despertó a su madre. El ruido procedía de la habitación de su hijo. Proque estaba sentado en el suelo y lloraba "de un modo horrible, como nadie ha llorado jamás", según palabras de su madre, que

constaban en el acta. Sollozaba y gritaba que había echado a perder su vida y que debía suicidarse. Rompió su amada colección de postales y derribó varios muebles sin que la anciana pudiese hacer nada por evitarlo: su hijo, siempre tan obediente, no hacía ahora el menor caso de su presencia. Se abalanzó sobre él y le agarró por el traje, mientras Proque, como en un melodrama barato, buscaba un cordel: al final arrancó el cordón de los visillos, pero era demasiado delgado y además su madre pudo arrebatárselo. Entonces fue a la cocina, rebuscó entre la vajilla y cogió un cuchillo, y segundos después decidió bajar a buscar un veneno. En la cámara oscura tenía muchos productos químicos, pero de pronto le fallaron las fuerzas, se sentó en el suelo y empezó a roncar y a sollozar incluso dormido. Así durmió hasta la mañana, ya que ella no era capaz de cargar con él hasta la cama. No quería llamar a los vecinos, por lo que se limitó a ponerle una almohada bajo la cabeza.

»Al día siguiente había recobrado la normalidad, aunque se encontraba muy decaído. Se quejó de fuertes dolores de cabeza, dijo que se sentía como si hubiera pasado la noche entera bebiendo, aunque nunca bebía más de un vaso de vino blanco en la comida, un vino de mesa aguado. Tragó un par de tabletas y bajó a la tienda. El día transcurrió como siempre. Como óptico tenía pocos clientes, la tienda estaba casi siempre vacía, por lo que se retiraba a la trastienda para tallar cristales o revelar fotografías. Aquel día sólo tuvo cuatro clientes. Llevaba un libro de contabilidad y registraba todos los encargos, aun los más pequeños. Cuando no conocía al cliente, describía la índole del encargo. Esto no rezaba, naturalmente, para los trabajos fotográficos.

»Los dos días subsiguientes transcurrieron asimismo sin incidentes especiales. Al tercer día recibió una parte del dinero que le debían por las ampliaciones y las copias. Como es natural, estos ingresos no los registraba en el libro; no era tonto hasta ese extremo. Aquel día la cena fue más espléndida, al menos en comparación con la acostumbrada. Un vino más caro, pescado, no recuerdo nada más con exactitud, pero puedo decirles que entonces sabía incluso de memoria cuántas clases de queso se sirvieron.

»Al día siguiente recibió una nueva partida de películas del mismo cliente. Durante la comida, Proque estuvo de excelente humor y dijo a su madre que aún podrían hacerse construir una casa; por la tarde se encerró nuevamente en la cámara oscura y desde allí un ruido espantoso llegó a oídos de la anciana alrededor de la medianoche. Bajó, llamó a la puerta del pasillo que comunicaba con la cámara oscura —era un tabique de contrachapado—, le oyó gemir, dar golpes, romper cristales y, horrorizada, pidió ayuda al vecino, un grabador que tenía una tienda en la misma calle. El vecino, un hombre viudo, maduro y de carácter tranquilo, levantó con un escoplo el pequeño cerrojo del tabique. Dentro reinaba la oscuridad y un silencio casi completo. Proque yacía en el suelo, entre los negativos a medio revelar, pegados entre sí, de las fotografías pornográficas, doblados en todos sus ángulos y rotos en parte; el linóleo estaba cubierto de cristales, pues había hecho añicos los frascos donde guardaba los productos químicos; había tirado al suelo la ampliadora y quemado sus manos con ácido, tenía agujeros en el traje, el grifo estaba abierto y él empapado de pies a cabeza. Como sentía náuseas, había intentado aliviarlas mojándose la cabeza y al final poniéndola bajo el chorro de agua. Por lo visto había querido envenenarse, pero tomando bromo en lugar de cianuro, por lo que estaba completamente atontado. Se dejó conducir al piso, el vecino tuvo que llevarle casi a rastras, y la madre dijo que cuando el grabador se hubo marchado, Proque volvió a hacer el loco, pero ya no le quedaban fuerzas y todo pareció de nuevo una comedia barata. Tendido sobre la cama, empezó a agitar brazos y piernas, quiso romper la sábana para colgarse de ella, se la metió en la

boca, graznó, lloró, maldijo, y cuando trató de levantarse, se cayó como un ovillo y, al igual que la primera vez, quedó dormido sobre el suelo.

»A la mañana siguiente se despertó tarde y sintiéndose molido. Se lamentó con desesperación, pero ya en su pleno juicio, de los daños que se había causado a sí mismo. Pasó toda la mañana recogiendo los deteriorados negativos, mojándolos y tratando de salvar los que pudo, puso orden en la cámara oscura, la limpió y a mediodía salió apoyado en un bastón, porque tenía mareos, a comprar los productos químicos que había echado a perder. Por la tarde dijo a su madre una y otra vez que en su opinión se trataba de una enfermedad mental y le preguntó si en la familia había habido casos de trastornos mentales. No la creyó cuando la anciana repuso que no conocía ninguno. Entonces la acusó de mentirle y su madre comprendió que no se hallaba del todo repuesto, ya que jamás se había atrevido ni siquiera a levantarle la voz. Nunca había sido tan agresivo y, de hecho, es fácil imaginar la excitación y el temor de un hombre que se ve víctima en pocos días de dos ataques de delirio. Todo el mundo los consideraría como los primeros síntomas de un estado de locura. Proque dijo a su madre que si esto le ocurría una vez más consultaría a un psiquiatra. Tales decisiones enérgicas no correspondían a su modo de ser; antes pasaban semanas antes de que se animase para ir a ver al dermatólogo, aun sufriendo mucho de sus úlceras, y no por avaricia, ya que estaba asegurado, sino porque el mínimo cambio en el curso del día le resultaba sencillamente insoportable.

»Disputó con el cliente que le había confiado la película, pues faltaban varias imágenes, pero no sabemos con detalle qué ocurrió entre ellos; es el único punto de este caso que no pudo quedar esclarecido.

«Durante toda una semana no se produjo ningún incidente. Proque se fue calmando poco a poco y en las conversaciones con su madre no volvió a mencionar la sospecha de una dolencia mental. El domingo fue con ella al cine, y el lunes enloqueció. Ocurrió lo siguiente: a las once de la mañana abandonó la tienda, dejando la puerta abierta de par en par, y no contestó, como hacía siempre, al saludo de su amigo, que posee una pequeña pastelería en la esquina. Este hombre, un italiano, le habló el primero porque se encontraba precisamente ante la puerta. Proque le pareció "un poco extraño", entró, compró pasteles y explicó que los pagaría a la vuelta, ya que entonces tendría "un montón de dinero"... esto también era contrario a su manera de ser. Entonces subió a un taxi de la parada, lo cual no había hecho en diez años, y dio al conductor una dirección de la rué de l'Opéra. Le pidió que esperase y volvió al cabo de un cuarto de hora, lanzando improperios en voz alta y gesticulando. En una mano tenía un sobre lleno de billetes. Maldijo al miserable que había intentado estafarle su bien ganado dinero y se hizo llevar en dirección a Notre - Dame. Allí, en la isla, pagó cien francos por el viaje y no reclamó el cambio. El conductor del taxi observó que el sobre rebosaba de billetes de cien.

»El taxi aún no se había alejado cuando Proque intentó trepar por la barandilla del puente. Un transeúnte le agarró por una pierna y ambos lucharon. El taxista, que les estaba observando, saltó del coche, pero ni siquiera entre los dos pudieron reducirle. Proque repartió mordiscos y puntapiés, les empujó y volvió a subir por la barandilla. Entonces apareció un policía, y los tres metieron a Proque en el taxi, donde continuó debatiéndose; sobre el empedrado estaban esparcidos los billetes de cien francos. Al final el policía le puso las esposas y se dirigieron al hospital. Por el camino, el óptico logró realizar algo asombroso. Cuando el coche arrancó Proque se inmovilizó junto al policía, inanimado como un saco, pero de improviso dio un salto, y antes de que el policía pudiera echarle hacia atrás, agarró el volante. El tráfico era intenso, y no tardaron en

chocar. El taxi arremetió de tal forma contra la puerta delantera de un "Citroen" que la mano del conductor quedó aprisionada entre el volante y la puerta, rompiéndose la muñeca.

«Finalmente el policía, con ayuda de otro taxi, pudo ingresar a Proque en el hospital, donde por negligencia no se tomó su caso demasiado en serio, ya que Proque se hallaba sumido en un estado de estupor, lloraba de vez en cuando, no contestaba a las preguntas, pero se mantenía tranquilo. Le retuvieron para someterle a observación, y durante la visita vespertina del médico jefe notaron su desaparición. Yacía debajo de la cama, envuelto en una manta que había estirado del lecho, y tan pegado a la pared que les costó un rato encontrarle. Estaba inconsciente. Con un trozo de navaja de afeitar que trasladara a hurtadillas de su traje al pijama del hospital, se había cortado las venas y perdido ya mucha sangre. Después de tres transfusiones pudo considerarse como salvado, pero más tarde surgieron complicaciones, ya que tenía el corazón débil.

»Yo me enteré de este caso al día siguiente de producirse el accidente en la Ile Saint-Louis. En realidad no parecía ser asunto de la Sûreté, pero el dueño del "Citroen" tenía un abogado que vio en ello una magnífica oportunidad de fastidiar a la policía. La versión del abogado acusaba de descuido imperdonable en el ejercicio de su deber al policía que había permitido en el traslado de un loco furioso que éste chocara contra el coche de su cliente, causándole, además de heridas y daños materiales, un grave trastorno psíquico. Por consiguiente, la policía tenía que responder de ello. Seguramente se exigiría el pago de una indemnización —por supuesto de las arcas ministeriales—, ya que el policía culpable del accidente estaba de servicio.

»A fin de tener un buen comienzo, el abogado informó en este sentido a la prensa. Con ello el asunto dejaba de ser un incidente cualquiera y ascendía varios escalones, pues ahora entraba en juego el prestigio de la Sûreté, o mejor dicho, de la policía *judiciaire*, de modo que el jefe me encargó investigar el caso.

»El diagnóstico médico estableció originalmente un estado agudo de excitación psíquica, de síntomas parecidos a los de la esquizofrenia; pero cuanto más se examinaba a Proque, menos podía mantenerse este diagnóstico. Al cabo de seis días era un hombre acabado, apenas vivo, visiblemente envejecido, pero completamente normal. Al séptimo día de su estancia en el hospital hizo una declaración. Explicó que su cliente, en vez de darle los convenidos mil quinientos francos, le había dado solamente ciento cincuenta porque no le entregó todas las copias. El lunes, mientras montaba los cristales de unas gafas, le acometió de pronto ante la máquina talladora una cólera tal respecto a su cliente, que lo dejó todo y salió corriendo de la tienda "para ajustarle las cuentas". No recordaba haber entrado en la pastelería por el camino ni nada de lo ocurrido en el puente, sólo sabía que había hecho una escena al cliente en su domicilio y que éste le había pagado el resto del dinero.

»Por la noche su estado empeoró con rapidez. Murió al amanecer de un fallo cardíaco. Los médicos fueron unánimes en dictaminar una psicosis reactiva. Aunque la muerte de Proque sólo se relacionaba indirectamente con su delirio del lunes, el caso adquirió más importancia. Un muerto es siempre un triunfo en la mano. La víspera de la muerte de Proque fui a ver a su madre, quien disfrutaba de muy buena salud mental para su edad. Me acompañó a la rue Amélie un joven funcionario del departamento de narcóticos, quien mientras tanto debía examinar la cámara oscura y los preparados que contenía. Estuve mucho rato con madame Proque, pues cuando logré soltarla de la lengua, tuve que escucharla pacientemente hasta el final. Al despedirme, me pareció de



pronto haber oído sonar la campanilla de la tienda, pues la ventana sólo estaba entornada. Mi acompañante se hallaba detrás del mostrador y hojeaba un libro de contabilidad.

»—¿Ha encontrado algo? —le pregunté.

»—No, nada.

»Pero se me antojó un poco confuso.

»—¿Ha entrado alguien?

»—Sí. ¿Cómo lo sabe?

»—He oído sonar la campanilla.

»—Sí —repitió él, y me contó lo ocurrido. Había oído la campanilla, pero como en aquel momento estaba subido a una silla (quería examinar la caja de conexiones eléctricas) tardó un poco en salir a la tienda. El visitante oyó que alguien se movía en el local de atrás y, convencido de que era Proque, dijo en voz alta:

»—¿Qué tal está? ¿Cómo se siente hoy, mi querido Dieudonné?

»Entonces el funcionario entró en la tienda y vio a un hombre de mediana edad, sin sombrero, que al advertir su presencia se sobresaltó e hizo ademán de dirigirse hacia la puerta. Aquí intervino la casualidad. En general los hombres del departamentó de narcóticos van vestidos de paisano, pero aquel día se celebraba una pequeña fiesta porque uno de los inspectores había sido condecorado, y en su honor todos debían presentarse de uniforme. Y como la recepción estaba fijada para las cuatro, el muchacho ya iba de uniforme, para no tener que ir a su casa a cambiarse.

»Así pues, el desconocido se turbó bastante al ver ante sí a un policía. Dijo que venía a recoger sus gafas y enseñó un recibo con un número. El policía contestó que el dueño de la tienda estaba enfermo y por lo tanto él no podría recoger sus gafas. Con esto quedaba dicho todo, pero el cliente no se movió del sitio. Al final inquirió con voz ahogada si Proque había enfermado de repente. Nuestro hombre asintió.

»—¿Es algo serio?

»—Bastante serio.

»—Yo... necesito las gafas con urgencia —dijo entonces el desconocido, evidentemente porque no se atrevía a formular una pregunta concreta—. Pero ¿vive todavía? —interrogó al final.

»Esto no gustó en absoluto al funcionario. En lugar de responder, se dispuso a levantar la tabla del mostrador, con intención de pedir la documentación al cliente. Pero éste dio media vuelta y salió. Cuando nuestro hombre hubo soltado la tabla del gancho y salido a la calle, el desconocido se había esfumado. Eran casi las cuatro, la gente salía del trabajo, lloviznaba, las aceras estaban atestadas.

»Me fastidió bastante que mi subordinado le dejara escapar, pero aplacé la reprimenda para más tarde. Aún teníamos el libro de encargos. Le pregunté si se había fijado en el número del recibo que le mostrara el cliente. No lo había observado. En el libro figuraba una gran cantidad de encargos de los últimos días, marcados con las iniciales de los clientes. El asunto no se ponía fácil para nosotros. La única sospecha era frágil como una nube en el cielo: la reacción de aquel cliente. Debía conocer bien a Proque, ya que le llamaba por el nombre de

pila. Al final me apunté los últimos encargos del libro, aunque sin grandes esperanzas. ¿No sería el recibo de las gafas un simple pretexto? Los narcóticos podían estar ocultos, y este escondite era difícil de encontrar en un solo día, incluso para expertos. El número del recibo podía ser falso.

»¿Qué pensaba yo entonces de Proque? En realidad no lo sé. Pero incluso en el caso de que me equivocara respecto a la persona del óptico y la tienda fuera un centro de tráfico de drogas, ino me entraba en la cabeza que Proque, tras recibir una entrega de narcóticos, se hubiera atiborrado de ellos para suicidarse! La droga puede estar falsificada, es algo que ocurre de vez en cuando, pero lo que nunca ocurre es que el traficante la tome. Conoce demasiado bien las consecuencias para caer en la tentación. Así pues, yo no sabía qué pensar del asunto cuando, de improviso, mi acompañante me ayudó al recordar que el cliente, aunque llovía, no llevaba paraguas ni sombrero, y que su abrigo, un gabán de lana peluda, no estaba húmedo. No había venido en coche, ya que la calle estaba interceptada a causa de unas obras. Por lo tanto, el hombre debía vivir en las proximidades.

»Al quinto día dimos con él. ¿Cómo? Muy sencillo. A partir de la descripción del agente, se hizo un retrato robot del desconocido, y los detectives lo enseñaron a los porteros de la rue Amélie. No era un don nadie, sino un científico, un químico llamado Dunant. Jérôme Dunant. Volví a mirar las entradas del libro y descubrí algo muy notable: las iniciales J. D. aparecían tres veces, siempre la víspera de que Proque sufriera un ataque. El científico vivía a un par de casas de distancia, en la acera de enfrente. Le visité a primera hora de la tarde. El mismo me abrió. Le reconocí en seguida por el dibujo de nuestros especialistas.

«—Ajá —profirió—. Entre, se lo ruego...

»—¿Esperaba esta visita...? —pregunté, siguiéndole.

»—Sí. ¿Está vivo Proque?

»—Perdone, pero soy yo quien ha de preguntar. ¿Por qué cree que Proque puede estar muerto?

»—No responderé a esto. La historia no puede hacerse pública, comisario; es el punto más importante. Le ruego que no la revele a la prensa. De otro modo, las consecuencias podrían ser fatales.

»—¿Para usted?

»—No, para Francia.

«Pasé por alto su respuesta. Pero no logré sacarle nada más.

»—Lo lamento —dijo—, pero sí hablo, será sólo con el jefe de la Sûreté, y únicamente si mis superiores me lo permiten.

»No añadió ni una palabra más. Temía que yo fuera uno de aquellos policías que facilitan noticias sensacionales a la prensa. Más tarde lo comprendí: habíamos tenido bastantes roces con él. Al final se hizo como él deseaba: mi jefe se puso en contacto con sus superiores. Dos ministerios tuvieron que autorizar su declaración.

»Es bien conocido que todos los Estados aman la paz y todos se preparan para la guerra. Francia no puede ser una excepción. Todos hablan con indignación de las armas químicas, pero no dejan de trabajar en ellas. Y precisamente el tal doctor Dunant se ocupaba de investigar determinados preparados, los llamados depresores psicotrónicos, que en forma de gas o polvo

deterioran la moral y el espíritu combativo del adversario. ¿De qué nos enteramos? Nos enteramos —bajo el más riguroso secreto— de que el doctor Dunant trabajaba desde hacía más de cuatro años en la síntesis de un depresor semejante. Había partido de un determinado compuesto químico y producido una gran cantidad de derivados. Uno de ellos actuaba del modo requerido sobre el cerebro. Pero sólo en dosis gigantescas. Habría debido tomarse a cucharadas para que se presentaran los síntomas típicos: primero una fase de excitación y agresividad, luego una fase de depresión que acababa en un agudo impulso de suicidio. Muchas veces, en semejantes circunstancias, es la casualidad lo que conduce al resultado apetecido. Se sustituyen diversos grupos químicos del compuesto original y se investigan las cualidades farmacológicas de los derivados. Se puede trabajar así durante años, pero también es posible acertar de repente con un derivado que posea las cualidades deseadas.

»Naturalmente, lo primero es mucho más probable. El doctor Dunant, que era muy miope y llevaba siempre gafas, era cliente asiduo de Proque en los últimos años. Sin gafas no podía hacer nada, por lo que poseía tres pares. Uno para uso cotidiano, otro de repuesto, que llevaba siempre consigo, y un tercer par que guardaba en su casa. Tenía esta precaución desde que una vez se le rompieron las gafas en el laboratorio y tuvo que interrumpir su trabajo. Ahora, exactamente tres semanas atrás, le había ocurrido algo similar. El doctor Dunant trabajaba en un instituto donde se usaban grandes medidas de protección. Antes de entrar en el laboratorio se cambiaba de arriba abajo, tenía allí zapatos especiales y ropa blanca especial, y todos los objetos personales los dejaba en el guardarropa, que estaba aislado del lugar de trabajo por una cámara a presión. Cuando trabajaba, llevaba siempre la cabeza envuelta en una capucha de plástico transparente; recibía el aire a través de un tubo flexible especial. Ni su cuerpo ni las gafas entraban en contacto con las sustancias que investigaba. Para evitar percances como el que le ocurriera una vez, Dunant, antes de iniciar el trabajo, colocaba siempre las gafas de repuesto sobre un estante alto en el que estaban los productos químicos. Al querer alcanzarlas con la mano, las dejó caer al suelo. Un cristal se hizo añicos y además se rompió la montura porque puso el pie encima. Por lo tanto, tuvo que llevar las gafas a Proque. Cuando fue a recogerlas al cabo de dos días, apenas reconoció al óptico. Tenía tan mal aspecto que se hubiera dicho que había pasado una grave enfermedad. Explicó a Dunant que debía haberse envenenado con algo, pues por la noche se había sentido muy mal y tenido un extraño ataque. "Todavía tengo deseos de llorar, y no sé por qué", terminó su relato.

»Dunant no prestó una atención especial a sus palabras. Sin embargo, no quedó satisfecho de la reparación, pues una varilla le apretaba, y el cristal nuevo se movía dentro de la montura y acabó soltándose unos días después, y como esto sucedió en el laboratorio, cuyo suelo era de cerámica, el cristal se rompió. El químico volvió a llevar las gafas al óptico. Al día siguiente fue a buscarlas, y entonces Proque parecía un Lázaro, como si en el transcurso de un día hubiera envejecido varios años. Dunant empezó a preguntarle discretamente sobre detalles del nuevo "ataque". La descripción indicaba una profunda depresión en el marco de una psicosis inducida químicamente, con síntomas asombrosamente similares a los provocados por el preparado equis, en el que Dunant trabajaba desde hacía tiempo. De todos modos, sólo una dosis de diez gramos de sustancia seca podía desencadenar síntomas tan elocuentes; ¿qué relación podía tener con ello el hecho de que llevase sus gafas a reparar? Las había entregado dos veces al óptico, y como eran las de repuesto, casi siempre estaban en el estante, sobre el mechero "Bunsen". Le acometió la sospecha de que la sustancia equis, propagada por el vapor, se hubiera esparcido sobre las

gafas en cantidades microscópicas. Decidió investigar el asunto, hizo un análisis químico de las gafas y descubrió que, ésa era la verdad, en los cristales y la montura de las gafas había trazas del compuesto equis. No obstante, eran cantidades del orden de una gamma, o sea la milésima parte de un miligramo. Entre los químicos se cuenta una anécdota sobre el descubrimiento del LSD. El químico que trabajaba con esta sustancia no sospechaba, ni lo sospechaba nadie, que pudiera tener un efecto alucinógeno. Al volver a su casa sufrió un típico trip con alucinaciones y aura psicopática, pese a que, como siempre, se había lavado las manos a fondo antes de abandonar el laboratorio.

Sin embargo, bajo sus uñas había quedado una mínima parte de LSD, que bastó para provocar la intoxicación mientras se estaba preparando la cena.

»El doctor Dunant reflexionó sobre el procedimiento que seguía el óptico cuando ajustaba en la montura cristales nuevos y curvaba el puente. A fin de enderezar correctamente la montura de plástico, la pasaba rápidamente sobre una llama de gas. ¿Experimentaba el compuesto equis al calentarse algunos cambios que incrementaban su efecto un millón de veces? Dunant calentó probetas con el compuesto de todas las maneras imaginables, sobre el mechero, un infiernillo, la llama de una vela, pero todo en vano. Intentó, por lo tanto, repetir el experimento. Dobló intencionadamente el puente de las gafas, y después lo mojó con una solución del preparado equis, pero tan diluida que cuando el disolvente se hubo evaporado en la montura sólo quedaban unas trazas de una millonésima de gramo. Por tercera vez llevó estas gafas al óptico. Cuando volvió para recogerlas, vio al policía detrás del mostrador.

»Y ésta es toda la historia, señor. Una historia sin solución y, en consecuencia, sin final. El doctor Dunant supuso que algún agente del taller del óptico había desencadenado el cambio del preparado equis. Debía de haberse producido una reacción catalítica que aumentó un millón de veces el efecto del preparado. No hemos conseguido probarlo. Nos retiramos del asunto porque no había motivo para continuar la investigación, puesto que los culpables no eran hombres, sino átomos. No se trataba de un crimen, porque la cantidad de compuesto equis con que Dunant empapara las gafas no es suficiente ni para matar a una mosca. Sólo sé que Dunant o un apoderado suyo compró a madame Proque toda la instalación de la cámara oscura y comprobó el efecto en su preparado de todos los productos químicos que contenía, pero sin resultado.

«Madame Proque murió poco antes de Navidad de aquel año. Oí decir a mis hombres —aunque como rumor— que tras su muerte Dunant se trasladó durante un tiempo a la tienda vacía y realizó pruebas con todas las sustancias posibles, el contrachapado del tabique, el polvo de la talladora, la pintura de las paredes, el polvo del suelo. Al parecer se dedicó a ello durante todo el invierno, y no pudo encontrar nada. Le he relatado todo esto, porque el inspector Pingaud me rogó que lo hiciera. Tengo la impresión de que su caso es algo similar. Cosas semejantes ocurren en nuestro mundo desde que lo hemos perfeccionado científicamente. Esto es todo.»

Volvimos a Garges en pleno tráfico y apenas hablamos durante la hora de camino. Yo había reconocido la locura de Proque como se reconoce un rostro amigo. Faltaba la fase de alucinaciones, pero ¿cómo saber si no había sido el caso peor? Era extraño: había considerado a las otras víctimas elementos de un rompecabezas, y en cambio Proque me inspiraba lástima —a causa de Dunant—. Veía con claridad que a éste no le bastaban los conejillos de Indias. Estos no se suicidan. Necesitaba un hombre. No se arriesgó a nada: cuando vio en el umbral al policía, se camufló detrás de Francia. Yo comprendía incluso esto. Pero sus palabras: «¿Qué tal? ¿Cómo se encuentra hoy, querido Dieudonné?», me

encolerizaban. Si aquel japonés de Roma era un criminal, ¿qué era Dunant? Seguramente habían cambiado el nombre. Me pregunté por qué el inspector Pingaud me habría permitido oír esta historia; no por simpatía, desde luego. ¿Qué se ocultaba detrás de ello? Incluso el final podía ser fingido. De ser así, era probable que hubiesen aprovechado la oportunidad para facilitar, bajo una apariencia inofensiva, informaciones sobre una nueva arma química al Pentágono. Pensándolo bien, esto llegó a parecerme bastante posible. Tenían un triunfo en la mano y lo utilizaban con tanta destreza que en caso necesario podrían negar haberlo enseñado, al fin y al cabo yo había escuchado con mis propios oídos que no se había encontrado absolutamente nada, y no podía tener la seguridad de que no fuese cierto. De haber sido yo un detective privado corriente, era indiscutible que no me hubiesen ofrecido esta representación; pero un astronauta, aunque fuese de segundo grado, podía ponerse en contacto con la NASA, y la NASA con el Pentágono. Si esta decisión procedía de estamentos más altos, Pingaud sólo había cumplido órdenes, y la confusión que el asunto parecía haber causado en Barth no significaba nada. La situación de Barth era más delicada que la mía. Sin duda husmeaba el toque de la alta política en la inesperada acción de «ayuda», pero no quería hablar de ello conmigo porque también para él había constituido una sorpresa. Yo estaba seguro de que no le habían puesto al corriente; conocía muy bien las reglas del juego en este terreno. No podían haberle llevado aparte para decirle: «Vamos a dejar que este *ami* vea de lejos nuestras cartas y así luego dará el soplo.» Estas cosas no funcionan de este modo.

Si sólo me lo hubieran revelado a mí, habría parecido extraño: no podían hacerlo porque sabían que Barth y su equipo ya habían prometido su colaboración. No podían excluirle ni iniciarle en las interioridades del caso, por lo que habían escogido la variante más sensata: dejarle oír lo mismo que yo y que ahora se devanara los sesos sobre lo que ocurriría después. Tal vez ya estaba arrepentido de haberme escuchado con tan buena predisposición. En seguida pensé en las consecuencias para nuestra investigación que se desprendían de esta historia. No eran precisamente de color de rosa. En la serie italiana, las características que predestinaban a un accidente eran: baños sulfurosos, una edad que rayara en los cincuenta, una complexión robusta, la soledad, el sol y una alergia, y aquí se trataba de un hombre que había sobrepasado los sesenta, delgado y no alérgico, que vivía con su madre, no tomaba baños sulfurosos ni de sol y no se movía de su casa. Era difícil encontrar más diferencias.

En un repentino acceso de generosidad, dije a Barth que debíamos digerir por separado la novedad recién escuchada a fin de no influenciarnos mutuamente, y así por la noche podríamos intercambiar las conclusiones a que habríamos llegado de modo independiente. Accedió de buen grado. Hacia las tres salí al jardín, donde detrás del cenador me esperaba el pequeño Pierre. Era nuestro secreto. Me enseñó los materiales para el cohete. Un barreño representaría el primer módulo. Nadie reacciona con mayor sensibilidad que los niños, así que no le dije que un barreño no podía servir de tobera, pero le dibujé en la arena los diferentes módulos del Saturno V y IX.

A las cinco fui a la biblioteca, tal como había acordado con Barth. Me sorprendió. Del mismo modo que en Francia se había trabajado con el factor equis, empezó, también debía de ser el caso en otros países. Tales trabajos solían desarrollarse paralelamente. En consecuencia, también los italianos... Tal vez sería preciso considerar el asunto desde un punto de vista totalmente nuevo. No era obligatorio que el preparado se elaborase en los laboratorios del Gobierno; podía desarrollarse en una empresa privada. Un químico que tuviera contactos con extremistas podía haberlo descubierto, o lo que aún sonaba más

probable, robado simplemente una cantidad del compuesto químico. La gente que lo tenía en sus manos ignoraba con qué factor de efecto máximo debía usarse el preparado. ¿Qué hacían, entonces? Experimentar... Pero ¿por qué en tal caso eran las víctimas extranjeros de una edad determinada, reumáticos, etc.?

También para esto tenía a punto una respuesta.

—Póngase en el lugar de un hombre que dirige a un grupo de esta índole. Han oído decir que el preparado tiene un efecto enorme, pero no saben con exactitud cuál es. Carecen de escrúpulos morales. Hay que probar el preparado en alguna persona, pero ¿en quién? Desde luego queda descartado cualquiera que se encuentre en su círculo inmediato. Debe ser un desconocido. Supongamos que este desconocido es italiano, con una familia numerosa. Los primeros síntomas aparecen en su conducta; un italiano tratado de esta forma no tardaría en acudir al médico o a una clínica. En cambio un hombre sin familia puede presentar tales síntomas sin que nadie se interese por ellos, sobre todo en un hotel, donde siempre se procura pasar por alto las singularidades de los huéspedes. Cuanto más lujoso es el hotel, mayor es el aislamiento. En una pensión de tercera clase, la patrona vigila cada paso de su inquilino, mientras que en el Hilton es posible andar cabeza abajo sin llamar la atención. La dirección y el personal no hacen nunca aspavientos mientras no se trate de un delito criminal. El desconocimiento del idioma es un factor aislante adicional, ¿no cree?

—¿Y la edad? ¿La alergia? ¿El reuma? ¿El azufre?

—El resultado de las pruebas es tanto más perceptible cuanto mayor es la diferencia entre la conducta del sujeto antes y después de la toma del preparado. Un hombre joven no es tan sedentario, hoy está en Nápoles, mañana en Sicilia; en cambio, un hombre mayor es el sujeto ideal para un experimento, sobre todo si toma baños, pues entonces todo va por orden: del médico al balneario, del solárium al hotel; de este modo el grado de intoxicación está a la vista...

—¿Y qué me dice del sexo?

—Tampoco es una casualidad. ¿Por qué exclusivamente hombres? ¿No será tal vez porque con este nuevo método sólo se pretende liquidarlos a ellos? Se me antoja que aquí está la clave del problema, ya que indicaría que el asunto tiene un trasfondo político por excelencia. Como si se quisiera quitar de en medio a políticos eminentes, o sea, hombres. ¿No opina usted igual?

—¡Algo hay de verdad en ello...! —concedí, admirado—. ¿Quiere decir que observaban a la gente de los hoteles y elegían una determinada categoría de huéspedes que coincidiera incluso en edad con los políticos que un día, en un golpe de Estado, pensaban paralizar? ¿Sí? ¿Ha sospechado esto?

—¡Preferiría no afirmarlo! Es mejor no limitar innecesariamente la óptica... Hace quince o veinte años, este concepto se hubiera considerado propio de un melodrama barato. Pero hoy día... comprendalo...

Yo lo comprendía y suspiré, porque no me atraía precisamente la perspectiva de empezar de nuevo las investigaciones. Sopesé el pro y el contra de todos los aspectos.

—Confieso que me ha desconcertado... Pero quedan todavía muchas cosas incomprensibles. ¿Por qué solamente alérgicos? ¿Qué hay de la calvicie? Y también está la estación, finales de mayo, principios de junio... ¿También puede darme una explicación para esto?

—No. En todo caso, no puedo sacármela de la manga. Habría que reconsiderarlo todo desde el otro extremo: buscar a las víctimas potenciales, no a los «candidatos a la prueba» sino a los auténticos. Echar un vistazo a la élite política de Italia, y no sólo a la política. Si resulta que en algunos casos importantes se trata de alérgicos...

—¡Aja! Comprendo. Usted quiere enviarme a Roma. Me temo que tendré que ir, puede ser una pista verdadera...

—¿Le gustaría ir? Pero no en seguida...

—Mañana o a más tardar pasado mañana, ya que estas cosas no pueden contarse por teléfono...

Con esto nos separamos. Cuando repasé en mi buhardilla la hipótesis de Barth, la encontré genial. Había dado de pronto con una teoría verosímil y abandonado el caso, ya que el asunto revertía ahora naturalmente a Italia, y la cuestión de la historia francesa del factor equis quedaba descartada. Ya no era importante que Dunant lo hubiera o no reconstruido en la cámara oscura de la rue Amélie. Cuanto más reflexionaba sobre ello, más convencido me sentía de que el disparo a ciegas de Barth daría en el blanco. El preparado equis existía y producía su efecto; esto era indiscutible. Pero también era indiscutible que semejante método para eliminar a los políticos clave desencadenaría un shock, y no sólo en Italia. Las repercusiones serían más violentas que las del «clásico» golpe de Estado. Al mismo tiempo, ahora consideraba el caso de aquellos once hombres con una mala gana que recordaba a la repugnancia. Allí donde me había acechado un enigma incomprensible, se dibujaban ahora los contornos de una lucha por el poder tan trivial como sangrienta. Detrás de una pantalla de hechos extraordinarios se ocultaba el asesinato político.

Al día siguiente fui en coche a la rue Amélie. No sé por qué lo hice. He dicho que fui allí porque pasé a las once con mucha lentitud junto a la acera y me quedé parado frente a los escaparates; pero cuando salía de Garges aún no estaba seguro de si cambiaría de opinión en el último momento y tomaría el camino de la torre Eiffel para despedirme de París. Pero esta posibilidad quedó eliminada cuando giré hacia los bulevares. Me costó encontrar la rue Amélie, pues no conocía el barrio, y tampoco encontré en seguida un lugar para aparcar el coche. Reconocí la casa donde vivía Dieudonné Proque antes de que pudiera leer el número. Tenía el mismo aspecto que había imaginado. Una casa de pisos antigua, condenada a la demolición, adornada con el frontón con el que los arquitectos del siglo pasado prestaban una personalidad propia a sus edificios. El taller de óptica ya no existía, de la persiana metálica pendía un candado. En el camino de vuelta me detuve ante una tienda de juguetes. Ahora tenía que ocuparme de los regalos, ya que no estaba dispuesto a colaborar en una nueva investigación. Había decidido traspasar a Randy la información de Barth y regresar a Estados Unidos.

Así pues, entré para comprar algo a los hijos de mi hermana; esta compra era una justificación plausible de mi escapada. Nuestra abigarrada civilización centelleaba en pequeño formato desde las estanterías. Busqué juguetes que me recordaran mi propia infancia, pero allí no había más que electrónica, rampas de lanzamiento de cohetes, minisupermanes en posición de judo o karate. «No seas estúpido —me dije—. ¿Para quién son los juguetes?» Me decidí por dos cascos de gala con penacho de la guardia francesa y por una muñeca Marianne, porque en Detroit no había ninguna de las dos cosas. Muy cargado, subí al coche y observé en la esquina la pequeña pastelería con visillos blancos. En el escaparate había un Vesubio de color marrón salpicado de almendras

garrapiñadas. Recordé al comerciante frente al cual pasaba siempre en el camino del hotel a la playa. No estaba seguro de que a los niños les gustaran las almendras, pero entré en la tienda y compré dos paquetes. «Interesante — pensé— que Nápoles se despida de mí precisamente en este lugar.» Volví al coche con indecisión, como si aún no hubiera renunciado, pero ¿a qué? Lo ignoro, tal vez a la pureza que hasta ahora había atribuido al enigma sin darme cuenta de ello. Tiré los paquetes al asiento trasero y, de pie, con el brazo apoyado en la portezuela abierta, me despedí de la rue Amélie. ¿Podía dudar aún de las palabras de Leclerc, de la hipótesis de Barth? Me pasaron por la mente combinaciones fantásticas e indescriptibles, pero ¿había creído por un solo instante que se me ocurriría algo inaudito, que lograría atar cabos en que nadie había reparado, y que en semejante momento de inspiración llegaría a una verdad que nadie conocía...? En este lugar quedaba todavía un resto del viejo París, y tenía que desaparecer bajo el carro triunfal de molocs como la Défense. Incluso había perdido el deseo de ver la torre Eiffel. Sin duda el doctor Dunant estaría trabajando a esta hora en su laboratorio de porcelana y níquel. Tuve la impresión de verle ante mí, enfundado en su capucha de celofán, con los ojos brillantes sobre el cristal de los destiladores y un tubo saliendo de su capullo de plástico y serpenteando por el suelo, bombeándole aire. Conocía todo esto; en Houston teníamos laboratorios aún más importantes: las naves estériles de los cohetes.

Me molestaba encontrarme inmóvil y mirando a mi alrededor como antes del lanzamiento, cuando un segundo después todo se hundirá en el vacío. Me embargó una pena tal que me senté rápidamente ante el volante, pero antes de que pusiera el motor en marcha empezó a cosquillearme la nariz. Furioso, contuve el aliento hasta que me puse a estornudar. Sobre los tejados retumbó un trueno, oscureció, había una tormenta en el aire; me soné, estornudé y me reí de mí mismo. La flor de las gramíneas, que creía haber dejado atrás, me había seguido desde Italia a París, pero antes de una tormenta es cuando ataca con más fuerza. Abrí la guantera, dos trocitos de la tableta de «Plimasin» se me quedaron en la garganta, y como no tenía nada mejor a mano, abrí una papalina de almendras y volví a Garges masticando y bajo una lluvia torrencial. No me apresuraba; me gusta conducir despacio, la lluvia centelleaba como el mercurio a la luz de los faros y el chubasco fue breve y violento.

Cuando me apeé frente a la casa, la tormenta había pasado. No estaba escrito que saliera de viaje hoy mismo. Cuando bajaba al comedor, resbalé por la escalera que la doncella española había encerado, y fui rodando peldaño abajo. Me quedé muy dolorido, y mi cóccix volvió a dar señales de vida. En la mesa traté de quitar importancia a lo ocurrido y di conversación a la anciana, quien me dijo que sin duda alguna se trataba del disco y que para ello no había nada mejor que la flor de azufre, el remedio universal contra los dolores en las articulaciones, que se esparcía simplemente bajo la camisa. No me convenció lo del azufre, y como comprendía que en este estado no podía volar a Roma, acepté la proposición de Barth de ir a París para ver a un conocido cirujano.

Tras ser despedido por todos con muestras de simpatía, me arrastré hasta arriba y trepé a la cama como un lisiado. Cuando hube encontrado una posición que hacía el dolor más soportable, me adormecí, pero un estornudo me despertó de nuevo. Una sofocante nube de polvo me subió a la nariz desde debajo de la almohada. Salté del lecho y no pude contener un gemido porque me había olvidado de mis riñones. Creí que sería algún insecticida rociado en la cama por la española en un exceso de celo, pero era aquel remedio contra el dolor de las articulaciones, que el bueno de Pierre había distribuido en secreto mientras yo estaba en el comedor. Sacudí las sábanas para limpiarlas del polvo amarillento,



me cubrí hasta la cabeza con la manta y me dormí al son regular de las gotas de lluvia rebotando sobre el tejado. Bajé las escaleras a la hora del desayuno como si fueran la escalerilla helada de un ballenero que luchara contra una tempestad ártica; mi precaución llegaba con un día de retraso.

El cirujano, a cuya consulta me condujo Barth, era un hombre de color. Después de hacerme radiografías y colocarlas en marcos sobre la mesa de operaciones, procedió a tocarme con manos como palas. Fue un dolor penetrante, pero breve, y cuando bajé de la mesa sin ayuda pude constatar que me encontraba realmente mucho mejor. Me hizo tender media hora más, y entonces compré en la agencia más próxima de Air France un billete para el avión de la tarde. Traté de ponerme en contacto con Randy, pero no estaba en el hotel, así que le dejé un mensaje.

En Garges se me ocurrió que aún no tenía nada para el pequeño Pierre, por lo que le prometí enviarle mi casco desde Estados Unidos; me despedí de toda la familia y me dirigí a Orly. Allí entré en una tienda de Euroflora, pues quería enviar un ramo a la señora Barth, y luego me senté en la sala de espera y hojeé revistas americanas. Pasó mucho rato y todavía no llamaban a los pasajeros del vuelo de Roma.

Pensaba en nuestro caso como si hiciera mucho tiempo que perteneciese al pasado. Ignoraba qué haría en lo sucesivo y trataba de hallar cierto aliciente en este estado, aunque sin mucho éxito. Mientras tanto, el avión llevaba ya mucho retraso y por los altavoces se limitaban a dar confusas disculpas. Una azafata salió de la oficina y nos comunicó que lo lamentaba, pero que Roma no permitía el vuelo. Se inició una actividad febril, todo el mundo telefoneaba, hasta que averiguamos que Roma admitía aterrizajes, pero sólo de aviones americanos, mientras rechazaba a los aviones de Alitalia, de la BEA, de Swissair, de la SAS y el mío de Air France. Se trataba de una huelga del personal de tierra, pero el motivo de la huelga no tenía importancia ahora, era mucho más importante precipitarse hacia los mostradores para cambiar las plazas reservadas por otras en las líneas cuyos aviones tuvieran permiso para aterrizar en Roma. Cuando yo conseguí llegar a una ventanilla, los que me habían precedido ya habían agotado todas las plazas. El avión siguiente, que era el de la British European Airways, no despegaría hasta el amanecer, a la intempestiva hora de las seis menos veinte. ¡Qué remedio! Reservé un billete, cargué mi equipaje en un carrito y lo empujé hasta el hotel Air France donde había pernoctado a mi llegada de Roma. Allí me esperaba la siguiente sorpresa: El hotel no tenía una sola cama libre, pues en él se alojaban todos los pasajeros que no habían conseguido billete. No quedaba otra solución que pasar la noche en París y levantarme antes de las cuatro de la madrugada si quería coger el avión. Volver a Garges era peor, pues se encontraba al norte de París y Orly al sur. Me mezclé con los numerosos desengañados que se dirigían hacia la salida, pensando mientras tanto qué haría ahora. Si era necesario, podía aplazar un día el viaje, pero no tenía el menor deseo de hacerlo.

No hay nada peor que una espera inoportuna. Me paseaba con semejantes pensamientos, cuando el hombre del quiosco salió de su cuchitril con un paquete de revistas para colocarlas en los atriles. Mi mirada se detuvo en el último número de París Match. Desde la portada negra me contemplaba un hombre que pendía del aire como un atleta ejercitándose en el potro. Llevaba tirantes y su pecho estaba cubierto por una niña cuyos cabellos flotaban porque volaba cabeza abajo; parecían estar ejecutando un salto mortal. No creí lo que veía y me acerqué. ¡Era yo con Annabelle! Compré la revista y contemplé un reportaje exclusivo desde Roma. Sobre una fotografía de la escalera destrozada, llena de

cuerpos humanos, un titular ocupaba toda la anchura de la página: «Preferimos morir con la cabeza por delante.»

Recorrí el texto. Habían encontrado a Annabelle. Aparecía en la página siguiente con sus padres, pero mi nombre no figuraba en ella. Las fotografías procedían del video que registra cada grupo de pasajeros que transita por el Laberinto. Yo no había pensado en ello; por otra parte me habían asegurado discreción. Repasé más atentamente el texto. Había un dibujo de la escalera automática y del lugar de la explosión; unas pequeñas flechas indicaban dónde y cómo había saltado yo y publicaban asimismo un trozo ampliado de la fotografía de la portada, donde entre mis piernas y la barandilla asomaba una manga a cuadros. El pie explicaba que era «el brazo amputado del terrorista». Me hubiera gustado hablar con el autor del reportaje. ¿Qué le impulsó a no mencionar mi nombre? Desde luego me habían identificado, ya que decían que era astronauta, y añadían que Annabelle, «la niña encantadora», esperaba una carta de su salvador. No lo expresaban directamente, pero esta insinuación de los sentimientos exaltados que inspiró la tragedia podía leerse claramente entre líneas.

Me acometió una cólera fría. Di media vuelta, me abrí paso con brusquedad entre el gentío del vestíbulo, irrumpí en la sala de dirección y allí, en la habitación llena de personas hablando al mismo tiempo, hice oír mi voz por encima de todas las otras. Tiré el París Match sobre la mesa del director, presentándole así en cierto modo mi heroísmo como coacción. Aún hoy enrojeczo de vergüenza cuando pienso en esta escena. Logré lo que quería. El director, nada acostumbrado al trato con tan valientes astronautas, cedió y me asignó la única habitación disponible que le quedaba y juró y perjuró que era realmente la única, pues ahora los presentes le aborrecían por todos lados como una jauría desencadenada. Quise ir a buscar las maletas, pero me comunicaron que la habitación no quedaría libre hasta las once y sólo eran las ocho. Dejé el equipaje en la recepción y me dispuse a pasar tres horas en Orly. Ya estaba arrepentido de mi acción, y como podía tener consecuencias, en caso de que entre los pasajeros se contara algún periodista, decidí mantenerme alejado del hotel hasta las once.

No estaba de humor para ir al cine, ni siquiera para comer algo, por lo que me permití un lujo que ya me tentara una vez en Quebec, cuando a causa de una ventisca de nieve no pudo despegar el avión. Me dirigí al otro extremo del aeropuerto, a una peluquería y pedí al peluquero que me diese una muestra de todo su arte. El hombre era gascón y no comprendí mucho de lo que me contó, pero, fiel a mi decisión, contesté que sí a cada nueva pregunta, pues de otro modo me habría pedido que abandonase el local. El corte y el lavado los resistí bastante bien, pero después se puso verdaderamente en vena. Buscó en el transistor que tenía entre los espejos un rock and roll, aumentó el volumen del sonido, se arremangó y, siguiendo el ritmo con los pies, como si bailara, empezó a darme masaje. Me golpeó la cara, me pellizcó las mejillas, me retorció el mentón, me lanzó compresas empapadas en agua hirviendo sobre los ojos y practico una y otra vez pequeños agujeros en esta sofocante careta para evitar que me ahogara, me preguntó algo que no oí, porque no me sacó de las orejas el algodón que me insertara antes de este proceso. Contesté: «*Ca va bien*», a lo cual se abalanzó de nuevo sobre el armario para buscar nuevos frascos y ungüentos.

Estuve en sus manos una hora entera. Al final me peinó las cejas, las alisó, dándoles una forma regular, retrocedió un paso con el ceño fruncido, contempló su obra, me cambió el peinador, extrajo de un cajón especial un frasco dorado,

me lo enseñó como si fuera una botella del vino más generoso, se untó el dedo de una gelatina verde y empezó a frotarme con ella el cuero cabelludo. Durante todo el tiempo no cesó de hablar a un ritmo demente, aseverando al final que ahora yo podía estar tranquilo: era seguro que no me quedaría calvo. Después de cepillarme el cabello con un par de ademanes enérgicos, retiró todas las toallas y compresas, me sacó el algodón de las orejas, me sopló en cada una con ternura e intimidad a la vez, me rodeó de una nube de polvos, sacudió una vez más el peinador ante mi nariz y se inclinó con dignidad. Estaba satisfecho de sí mismo. Mi cuero cabelludo se había encogido, las mejillas me ardían, me levanté completamente mareado, le di diez francos de propina y salí.

Faltaba todavía una hora y media para que pudiera ocupar la habitación. Quise subir a la terraza para contemplar el tráfico aéreo, pero equivoqué el camino. En el aeropuerto se hacían obras, una parte de la escalera automática estaba interceptada mediante cuerdas, debajo de ella estaban trabajando unos mecánicos, y de pronto me encontré en medio de un grupo de gente que se dirigía a la puerta de embarque: militares exóticos, monjas con tocas almidonadas, negros de largas piernas, probablemente un equipo de baloncesto. Al extremo de la hilera una azafata empujaba una silla de ruedas ocupada por un anciano con gafas oscuras que llevaba sobre las piernas un bulto peludo que le saltó del regazo y se arrastró hacia mí. Era un mono cubierto con una manta verde y tocado con una gorrita. Me miró con sus ojos negros y vivarachos y yo bajé la vista hacia él hasta que se fue en pos de la silla de ruedas. No podía librarme del rock and roll de la peluquería, era como una cantinela que me parecía oír en el susurro de los pasos y las voces de la gente. Contra la pared, bajo las luces de neón, había una máquina tragaperras electrónica; eché una moneda y me entretuve unos momentos con la diminuta bola de luz que cruzaba la pantalla como una pelota, pero el punto deslumbraba y me fui sin haber terminado la partida.

De nuevo una cola de pasajeros se dirigía a la puerta de embarque; descubrí entre ellos a un pavo real que, con la cola arrastrando, parecía muy tranquilo a pesar de los empujones de la gente, y sólo meneaba la cabeza como si no supiera muy bien a quién picar en la pierna. Primero un mono y ahora un pavo real. Quizá había perdido a su dueño. Yo no podía abrirme paso entre la gente, así que me limité a dar vueltas en el mismo sitio, pero no volví a ver al pavo. Entonces me acordé de la terraza y busqué el camino. Elegí un pasillo que me condujo abajo, al laberinto de los joyeros, peleteros y pequeñas agencias y tiendas. Mientras me distraía mirando los escaparates, tuve de improviso la sensación de que bajo el pavimento había un abismo cada vez más profundo, como si me encontrara sobre la superficie helada de un lago. Era como si el edificio tuviera en sus cimientos su oscuro y mudo negativo. En realidad no vi ni sentí nada, pero fui consciente de este abismo. Subí a la planta superior, pero en otra ala del edificio, a una sala llena de vehículos. Colocados en apretadas hileras, esperaban ser cargados: carritos de golf, cochecitos de niño, tartanas playeras; me introduje entre los apretujados vehículos y admiré el brillo de la chapa bruñida.

Me detuve ante un cochecito dorado; el otro estaba cubierto de una especie de barniz, y en él descubrí mi reflejo. Me vi tembloroso, amarillo como un chino, con un rostro ya delgado, ya grueso, y al mover la cabeza mis ojos se transformaron en huecos marrones de los que surgían escarabajos metálicos; cuando me agaché, detrás de mi reflejo asomó otro mayor y más oscuro. Miré a mi alrededor, no había nadie, pero en el oro reflejado volví a observar esta forma, una interesante ilusión óptica. Al final de la sala había una puerta corredera, pero estaba cerrada, así que volví por donde había venido, burlado

por una gran abundancia de reflejos que imitaban cada uno de mis movimientos como en una galería de espejos. Esta multiplicidad resultaba en cierto modo inquietante, y comprendí por qué: las imágenes me reproducían con un ligero retraso, aunque de hecho esto era imposible.

A fin de olvidar el ritmo del rock and roll, que seguía zumbándome en la cabeza, empecé a silbar la melodía de John Brown's body; no encontré el camino de la terraza, por lo que me dirigí al exterior por una salida lateral. Pese a las farolas cercanas, reinaba una oscuridad verdaderamente africana. Cruzó mi mente la idea de si se trataría de un principio de ceguera nocturna o de un mal funcionamiento de mi rodopsina, pero al cabo de unos momentos ya veía mejor. Me había deslumbrado el paseo por la galería dorada; mis ojos cansados no se adaptaban ya como antes a los cambios de luz. Detrás de los aparcamientos se elevaba un gran edificio en construcción, bañado por un mar de luces. Los bulldozers se movían de un lado a otro entre los postes de los focos, apartando montones de tierra amarillenta que refulgía como oro ante mis ojos. Sobre este Sahara nocturno pendía como una galaxia la nube plana de las lámparas de mercurio, y unos relámpagos retardados hendían de vez en cuando el espacio oscuro; eran los faros de los coches que salían de la autopista en dirección al aeropuerto. Esta escena tan corriente tenía para mí un encanto misterioso. Mi vagabundeo por el aeropuerto adquirió aquí cierta calidad de expectación. No era la habitación lo que esperaba, aunque también pensaba en ella; esperaba algo más importante, como si hubiera intuido que se aproximaba un momento crucial. Estaba incluso seguro de ello, pero no podía explicarlo, del mismo modo que no se recuerda un nombre, aunque se tenga en la punta de la lengua.

Me uní al gentío congregado ante la puerta principal, o más bien fue la gente quien me empujó hacia su grupo. Cuando entré de nuevo en el vestíbulo, pensé que ya era hora de tomar un tentempié, pero las salchichas eran insípidas como el papel. No las comí, sino que las tiré junto con la bandeja a la papelera, y me dirigí al pequeño café sobre cuya entrada había aposentado un pavo real, que estaba como en un trono y se antojaba de tamaño mayor que el natural, por lo que no podía ser disecado. Ya había estado una vez en este Café del Pavo Real, hacía una semana, con Annabelle, antes de que su padre diera con nosotros. Dentro había unas cuantas personas. Me senté con mi café en un rincón, de espaldas a la pared porque en la barra había sentido en la nuca la mirada de un desconocido, una mirada tenaz que ya se había desviado, puesto que ahora nadie se fijaba en mí. Había algo ostentoso en esta falta de interés. Al son de un lejano ruido de motores, que llegaba hasta nosotros como procedente de un mundo más importante, aplasté con la cucharilla el duro terrón de azúcar contra el fondo de la taza. En la mesa contigua a la mía vi una revista que tenía una banda roja sobre la portada negra, seguramente un ejemplar de París Match, pero la mujer sentada ante la mesa con su desaliñado amante cubría el nombre con su monedero. ¿Intencionadamente? ¿Quién me había reconocido, un cazador de autógrafos o un reportero casual? Como por descuido, dejé caer al suelo el cenicero de cobre. A pesar del ruido, nadie se volvió a mirar. Este hecho acrecentó mis sospechas.

Como no quería ser molestado, bebí el café de un trago y me alejé. Me sentía bastante mal. Mis piernas se movían como tubos huecos y el cóccix me recordó de nuevo con sus punzadas el golpe que había recibido. Estaba harto de deambular. Pasé frente a los centelleantes escaparates de las tiendas y me situé en la escalera mecánica que ostentaba en letras azules celeste las palabras Air France. Era el camino más corto hacia el hotel. Me agarré con fuerza a la barandilla porque el acero de los peldaños estaba reluciente por el uso y no quería correr ningún riesgo. A media altura observé ante mí a una mujer que

llevaba un perro en los brazos. Al ver su cabello rubio me estremecí: era igual que la otra. Volví lentamente la cabeza y miré por encima del hombro; ya sabía quién estaba detrás de mí. Un rostro plano y azulado por la luz de neón, con gafas oscuras. Casi con brutalidad, subí por la escalera automática rozando a la rubia al pasar por su lado, pero no podía seguir huyendo así. Me detuve junto al pasamanos y observé a las personas que la escalera iba depositando en el piso superior.

La rubia me miró de reojo y siguió caminando. Llevaba una estola con flecos sobre el brazo, y yo había tomado los flecos por una cola de perro. El hombre era grueso y pálido. No había nada asiático en su aspecto. Mi *esprit d'escalier*, pensé; pero ¿por qué se presentaba de nuevo una semana después? «No me encuentro bien, es hora de que me acueste.» Por el camino compré una botella de tónica, me la metí en el bolsillo y en el reloj de la conserjería vi con alivio que era muy tarde.

La habitación ya me esperaba. Un botones me precedió con el equipaje, dejó en la antesala la maleta pequeña encima de la grande, recibió sus cinco francos de propina y se marchó. En el hotel reinaba un silencio íntimo, el silbido de los aviones que se preparaban para aterrizar se antojaba aquí dentro una equivocación. Menos mal que había pensado en la tónica... Tenía sed, pero nada con qué abrir la botella, así que eché una ojeada al pasillo por si había una nevera provista de un abridor. El tono cálido de la alfombra y las paredes me sorprendió, y pensé con admiración en los decoradores franceses. Por fin encontré una nevera, abrí la botella, y ya volvía a la habitación cuando vi aparecer a Annabelle por el recodo del pasillo. Ataviada con un vestido oscuro, más alta de como la recordaba, pero con la misma cinta en el pelo y la misma expresión escrutadora en los ojos oscuros, caminaba hacia mí haciendo oscilar su bolso en bandolera. También ese bolso me era familiar, pero la última vez que lo había visto estaba destrozado. Se detuvo ante la puerta de mi habitación, que estaba entornada, porque yo sólo la había empujado al salir.

«Annabelle, ¿qué haces aquí?», quise preguntar, desconcertado y contento a la vez, pero sólo pude pronunciar un confuso «A...», porque ella entró en mi habitación tras hacerme una seña con la cabeza para que la siguiera y mirarme con una expresión tan significativa que me quedé petrificado. Dejó entreabierta la puerta interior. Atónito, pensé que tal vez quería confiarme un secreto o un problema, pero antes de que yo traspasara el umbral, oí dos ruidos claros y estridentes: sus zapatos, que había tirado al suelo, y el crujido de la cama. Con este rumor en los oídos y lleno de una justa ira, entré en la habitación, y... me quedé sin aliento: la habitación estaba vacía.

—¡Annabelle! —grité. La cama se hallaba intacta—. ¡Annabelle!

Silencio. ¿En el cuarto de baño? Abrí la puerta y como dentro no había luz, esperé a que se encendieran los tubos de neón. Bañera, bidet, toallas, lavabo, un espejo y, en él, mi rostro. Volví a la habitación y no me atreví ni a moverme. Aunque no podía haber tenido tiempo de esconderse en el armario, lo abrí. Nada. Con las rodillas temblorosas, me senté en un sillón. Habría podido describir con exactitud cómo caminó hacia mí, qué vestido llevaba, que me había parecido más alta porque calzaba zapatos de tacón alto mientras en Roma llevaba sandalias planas. Recordaba la expresión de sus ojos, cuando cruzó el umbral, cómo me miró y que sus cabellos ondearon cuando volvió la cabeza. Seguía oyendo el ruido de sus zapatos al caer al suelo y el crujido del colchón. Estos rumores me habían sobresaltado; ¿acaso podían ser un engaño de los sentidos? ¿Una alucinación?

Me toqué la rodilla, el pecho, la cara, como si tuviera que iniciar las pesquisas por este orden; pasé ambas manos por la áspera funda del sillón, me levanté, fui de un extremo a otro de la habitación, propiné un puñetazo a la puerta entornada del armario; todo aquí era sólido, inamovible, muerto, claramente perceptible y, no obstante, vago. Me detuve ante el televisor y vi en su pantalla abombada la imagen disminuida de la cama y de dos zapatos femeninos, tirados sobre la alfombra. Horrorizado, di media vuelta.

No había nada sobre la alfombra. Junto al televisor se encontraba un teléfono blanco. Descolgué el auricular. Oí la señal de llamar, pero no marqué ningún número. ¿Qué iba a decir a Barth? ¿Que en el hotel se me había aparecido una muchacha y por esto me daba miedo estar solo? Colgué, saqué el neceser de la maleta, fui al cuarto de baño y me inmovilicé ante el lavabo. Todo cuanto hacía tenía la consabida correspondencia en mi memoria. Me salpiqué la cara con agua fría, como Proque. Me froté las sienes con agua de colonia, como Osborn. Volví a la habitación sin saber qué hacer. No me pasaba nada. Lo único razonable era acostarme cuanto antes y conciliar el sueño, pero al mismo tiempo temía desnudarme, como si la ropa fuese una capa protectora, al menos, así me lo parecía. Me moví sigilosamente, para no provocar al diablo, me quité los pantalones, zapatos y camisa y, después de apagar la lámpara del techo, posé la cabeza sobre la almohada. Ahora todo cuanto me rodeaba parecía emanar inquietud, todos los objetos vagamente perceptibles a la luz escasa de la lámpara de la mesilla. La apagué y me quedé inmóvil, obligándome a respirar lenta y profundamente. Llamaron a la puerta. No me moví. Repitieron la llamada y poco después alguien abrió la puerta y entró en la habitación. Una silueta oscura, que se perfilaba contra la luz intensa del pasillo, se acercó a mi lecho.

—Monsieur...

No emití ningún sonido. El hombre permaneció ante mí unos momentos, dejó algo sobre la mesa y se retiró en silencio. La puerta se cerró; volvía a estar solo. Más agotado que aturdido, bajé de la cama y encendí el aplique de la pared. Sobre la mesa había un telegrama doblado. Con el corazón desbocado, con las piernas vacilantes, agarré el telegrama. Iba dirigido a mí y al hotel de Air France. Miré la firma y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

Cerré con fuerza los ojos, volví a abrirlos y leí una vez más el nombre del hombre que aún no había estado bajo tierra el tiempo suficiente para haberse descompuesto.

«Le espero en Roma. Hilton. Habitación 303.

»Adams.»

Leí el texto unas diez veces, me lo acerqué mucho a los ojos y le di la vuelta una y otra vez. El telegrama había sido expedido en Roma a las 22.40, así que hacía una hora larga. ¿Se trataría tal vez de una confusión normal? Era posible que Randy se alojase en el Hilton; habría ido a un pequeño hotel de la Plaza de España porque no encontró otra cosa, y ahora se había trasladado y me lo hacía saber. Había recibido mi mensaje y tras esperarme en vano y enterarse de que se habían suspendido los vuelos, me enviaba un telegrama. Pero ¿por qué firmar precisamente con este nombre? Me apoyé en la pared y pensé que tal vez estaba soñando. La luz del aplique ardía sobre mi cabeza. Todo cuanto miraba sufría una transformación. Las cortinas, el televisor, el borde doblado de la alfombra, los contornos de las sombras me comunicaban algo incomprensible. Todo cuanto me rodeaba dependía de mí, existía exclusivamente gracias a mi voluntad. Decidí desechar el armario: el brillo del pulimento se volvió mate, los contornos de la puerta se oscurecieron, la pared se abrió y se formó una brecha

negra e irregular de la que manaba una sustancia escurridiza. Traté en vano de abrir el armario. La habitación se fue derritiendo en los rincones oscuros; sólo podía conservar lo que se encontraba a la luz. Alargué la mano hacia el teléfono. El auricular, convertido en un objeto deforme, me resbaló de la mano; el aparato era una piedra gris de superficie granulada y con un agujero en vez del disco para marcar. Mis dedos atravesaron la superficie y tocaron algo frío. Sobre la mesa había un bolígrafo. Empleé toda la fuerza de mi voluntad para que existiera, y escribí con letras gigantes en el telegrama:

23.00 Náusea

23.50: Ilusiones y engaños

Pero mientras escribía dejé las riendas a la habitación y ya no pude dominarla. Esperé a que todo se derrumbara, pero sucedió lo inesperado: observé que algo ocurría cerca de mí. En este «cerca» reconocí mi propio cuerpo. Se agrandaba. Piernas y brazos se alejaban. Por miedo a chocar con la cabeza contra el techo, me tiré sobre la cama. Tendido boca arriba, respiré con dificultad; mi pecho se elevaba y abombaba como la cúpula de San Pedro, con cada una de mis manos habría podido coger varios objetos, incluso toda la habitación habría cabido en ellas.

«¡Una pesadilla! —me dije—. ¡No hagas caso!» Había aumentado tanto de tamaño que los límites exteriores de mi cuerpo se desvanecieron en la oscuridad. Se movían en alguna parte, a varios kilómetros de distancia de mí mismo. Perdí la sensación en ellos. En mí sólo quedaba mi interior. Era gigantesco. Un terreno laberíntico, un abismo entre mi mente y el mundo. Por lo demás, el mundo ya no existía. Me incliné sin aliento sobre mi propio abismo. Donde antes había pulmones, intestinos y venas, ahora sólo había pensamientos. Y eran gigantescos. En ellos contemplé mi vida. Estaba ramificada, comprimida, ardía, se carbonizaba y quedaba reducida a cenizas. Una nube de rescoldos, un Sahara negro que representaba mi vida. La habitación donde yacía como un pez en el fondo del mar se encogió a su vez hasta tener el tamaño de una semilla. La tenía también dentro de mí. Y como continuaba esta incesante multiplicación más allá de los límites de mi cuerpo, más allá de todas las dimensiones, tuve miedo. El terrible poder de mi desenfrenado espacio interior, que tragaba con avidez todo cuanto había en su torno, me destruía. Gemí con desesperación, arrastrado hacia el abismo, y me incorporé trabajosamente sobre los codos, como si me apoyara sobre un colchón que se encontrase en el interior de la tierra. Temía derribar las paredes con un movimiento de la mano. Me dije una vez más que esto era imposible, pero al mismo tiempo sentía que no lo era con cada fibra, con cada nervio. Empecé un demente intento de huida y bajé de la cama, caí de rodillas, fui a tientas rozando la pared y llegué al interruptor de la luz. La habitación se iluminó con una claridad penetrante. Vi la mesa, que chorreaba una grasa policroma, el teléfono —un hueso retorcido— y muy lejos, mi rostro en el espejo, brillante de sudor; lo reconocí, pero no cambió nada. Intenté comprender qué me ocurría, qué clase de fuerza primitiva me dispersaba para abrirse paso. ¿Era yo mismo aquella fuerza? Sí y no. Esta mano hinchada era mi mano. Pero si crecía hasta ser una montaña de carne y rodaba hasta mí como una masa en ebullición, ¿podría seguir pensando que era mi mano y no un poder extraño que se expandía? Siempre que intentaba ofrecer resistencia a las metamorfosis, llegaba un poco tarde, porque ya todo había vuelto a transformarse. Ahora mi mirada levantó el techo de la habitación, lo apartó a un lado; cada lugar se doblaba bajo mi mirada, se curvaba hacia dentro, se desmoronaba, como si yo estuviera ardiendo y con mis ojos derritiera un edificio de cera. ¡Desvarios!, traté de decir

en voz alta. Las palabras sonaron en mi oído como un eco en el fondo de un pozo. Me aparté de la pared, me afiancé sobre las piernas muy separadas, que se tambaleaban y hundían en la masa blanda del parquet, volví la cabeza como la cúpula de una torre gigantesca y observé mi reloj de pulsera sobre la mesilla de noche. Su esfera formaba la base de un embudo luminoso y giratorio. El segundero se arrastraba por encima, lenta y siniestramente, dejando una huella más blanca que el esmalte de la esfera, la cual se convirtió en una llanura que yo veía desde arriba y por la que desfilaban unas tropas. El terreno calcáreo por el que caminaba estaba socavado por las explosiones, la humareda adquirió la forma de unas caras, se transformó en máscaras blandas de una agonía silenciosa. Nutridas filas de soldados de infantería se cristalizaron, la sangre que manaba de ellos formó manchas de fango redondas y rojas, al ritmo regular de unos tambores se pusieron de nuevo en marcha, cubiertos de polvo y de sangre. El estruendo de la batalla remitió cuando oculté el reloj, pero no se extinguió.

La habitación empezó a oscilar. Describió un perezoso giro y me lanzó contra el techo. Algo me frenó en mi caída, y aterricé sobre las rodillas y las manos. Me eché junto a la cama; ahora la habitación giraba con más lentitud, todo volvió a unirse y por fin se inmovilizó. Con la cabeza en el suelo como un perro, eché una mirada al reloj, que estaba apoyado contra la lámpara de la mesilla. Era la una menos cuarto. Aquí ya no pasaba nada. El segundero avanzaba tranquilamente, como una hormiga. Me senté, y la frialdad del suelo me serenó. La habitación, bajo la luz blanca, parecía llena de un grueso cristal de mudo tintineo, que contenía elementos fosforescentes. Todo cuanto había en este centro iluminado en exceso, cada doblez de la cortina, las sombras proyectadas por la mesa, era de una perfección indescriptible. Yo no me fijaba en esta belleza, estaba al acecho y en tensión como un bombero que busca humo en el lugar del siniestro y no tiene ojos para el escenario. Debilitado y ágil al mismo tiempo, me levanté. Forcé mis dedos extraños y escribí en la hoja del telegrama:

12.50: Alivio

«Plimasin» por la mañana Orly (peluquería)

No sabía nada más. Inclinado sobre la mesa y con la mirada fija todavía en las letras torcidas, sentí llegar la próxima transformación. Los reflejos de luz que había sobre la superficie de la mesa se abrieron en abanico como alas de libélula; se elevaron en el aire y la mesa revoloteó ruidosamente frente a mi rostro como alas grises de murciélago; sus rápidos movimientos amortiguaron la luz lechosa de la lámpara de la mesilla; el borde de la mesa, que mis manos agarraban, se ablandó y cedió; yo no podía seguir ni escapar del acoso de esta transformación, que durante un rato se diversificó a un ritmo vertiginoso, pasando a través de mí terrible, majestuosa y burlescamente como el viento, aunque cerraba con fuerza los párpados; los ojos ya resultaban superfluos. Recuerdo el esfuerzo continuo e indefinido con que intentaba apartar este elemento extraño, como si quisiera vomitarlo; todo era en vano, pero me defendía. Cada vez era menos espectador y observador, y poco a poco me convertí en una partícula de las pululantes y estremecedoras visiones, en una mancha temblorosa.

Pasada la una emergí una vez más. El proceso se desarrollaba en oleadas peristálticas, pero cada fase, que parecía definitiva y la última, volvía la próxima vez con mayor violencia. Las alucinaciones me abandonaron entre las dos y las tres, y esto fue lo peor, pues lo que me rodeaba recobró su aspecto normal, pero yo me hallaba en un estado diferente. ¿Cómo puedo expresarlo? Los objetos y las paredes se habían petrificado, congelado en una transición



espantosa: el tiempo se había detenido, y era ésta la única razón de que también se hubiera inmovilizado todo cuanto hasta ahora había arremetido contra mí como un alud desde todas las direcciones; se mantenía quieto como en un largo fogonazo de magnesio. La habitación entera semejaba la asfixia entre dos gritos; centelleaba con declarada maldad donde quiera que fuese: sobre la alfombra de cambiante dibujo, sobre el cuadro de los castillos del Loire que había encima de la cama, sobre el césped verde de estos castillos. Este verde fue mi sentencia, lo contemplé de rodillas y comprendí que debía sucumbir. Entonces me abalancé contra la habitación —¡sí, contra la habitación!—, rompí los cordones de visillos y cortinas, los arranqué de los ganchos, destrocé la ropa de la cama, tiré las sábanas asesinas a la bañera, cerré el cuarto de baño —cuando metí la llave en la cerradura, el paletón se rompió—, y al apoyarme jadeando en la puerta y contemplar el campo de batalla, vi claramente que no conseguiría nada. No podía eliminar las ventanas ni las paredes. Tiré al suelo el contenido de la maleta, busqué los aros planos con refuerzos de metal que servían para cerrarlos, y los encontré. Randy me los había dado en Nápoles, sonriendo, para que pudiera esposar al asesino, si lo pillaba. Ya lo tenía. Entre las camisas rodaban unas bolas pequeñas y oscuras: las almendras del paquete roto. No podía escribir acerca de ellas, temía no lograrlo, así que me limité a echar un puñado sobre el telegrama, arrastré una silla hasta el radiador y me senté pesadamente.

Con la espalda apoyada contra el respaldo, las piernas apretadas contra el suelo y esposado al radiador, esperé lleno de tensión la embestida de aquello como se espera el despegue. No despegué hacia arriba ni hacia abajo, sino hacia el abismo, rodeado de una niebla roja y burbujeante, entre paredes que ejecutaban una danza demente, esposado, sin poder alcanzar otra cosa que una pata de la cama, pese a que me revolví y agité como un perro atado a una cadena. Logré atraer la cama hacia mí, y, como si quisiera sofocar un incendio, apreté la cara contra el colchón, y lo mordí hasta encontrar su relleno esponjoso, pero no me asfixió porque tenía poros, así que agarré con la mano libre mi garganta y la apreté, gimiendo de desesperación porque no conseguía quitarme la vida.

Recuerdo que antes de perder el conocimiento sentí explosiones en el cráneo. Seguramente embestí el radiador con la cabeza. Recuerdo la última chispa de esperanza: tal vez ahora lo conseguiría. Y luego nada más. Estaba muerto, y el hecho de saberlo no me pareció nada extraño. Después nadé por las negras cataratas de grutas desconocidas, rodeado de fragores y bramidos, como sí el oído fuese lo único que no hubiera muerto en mí. Oí un repique de campanas. El negro se convirtió en rosa. Abrí los ojos y vi un rostro grande, pálido, desconocido y de una serenidad sobrehumana, que se inclinaba sobre mí. Era el doctor Barth. Le conocí en seguida y quise decírselo, pero entonces sufrí un banal desmayo.

Me encontraron a las cuatro de la madrugada, esposado al radiador, porque el italiano de la habitación contigua había alarmado al personal. Como parecía un ataque de locura, me inyectaron un calmante antes de llevarme al hospital. El bueno de Barth, al enterarse al día siguiente de la interrupción del tráfico aéreo, telefoneó a Orly, y cuando le contaron lo que me había ocurrido, me visitó en el hospital, donde yo continuaba inconsciente. No me desperté del todo hasta treinta horas después. Tenía costillas magulladas, la lengua mordida, suturas en varios puntos de la cabeza y la muñeca esposada estaba hinchada como un globo, lo cual significaba que yo le había dado algunos tirones. Por suerte, el termostato al que me encadené era de metal; uno de material sintético se habría roto y entonces yo habría saltado por la ventana; no había nada en el

mundo que deseara más.

Un biólogo canadiense descubrió que los hombres que carecen de tendencia a la calvicie tienen en los tejidos de la piel el mismo compuesto de nucleína que los monos caterrinos, en los cuales tampoco se presenta la calvicie. Esta sustancia, llamada «hormona de simio», resultó efectiva en el combate contra la calvicie. Hace tres años que una empresa suiza empezó a fabricar en Europa un ungüento de hormonas según la patente americana de Pfitzer.

Los suizos cambiaron la composición del preparado, haciéndolo más efectivo pero también más sensible al calor y de descomposición más rápida.

Al exponer la piel al sol, la hormona cambia de estructura química y, bajo la influencia del «Ritalin», puede transformarse en el preparado X del doctor Dunant, su depresor psíquico, pero no es venenoso más que en grandes cantidades. El «Ritalin» se encuentra en la sangre de las personas que lo toman, y la hormona se halla en un ungüento de uso externo, pero el ungüento contiene una mezcla de hialuronidase, que permite una mayor penetración en los vasos sanguíneos a través de la piel. Sin embargo, para que se produjera una intoxicación de efecto psicopático, habría que frotar diariamente la piel con doscientos gramos de dicho ungüento y al mismo tiempo tomar dosis de «Ritalin» mayores de las máximas permitidas.

El catalizador que aumenta un millón de veces el efecto del depresor son los compuestos de cianuro con azufre: las rhodanidas. Tres letras, tres símbolos químicos, SCN, son la clave del enigma. En las almendras se encuentran trazas de cianuro, que les presta su característico sabor amargo. En varios tostaderos de almendras de Nápoles había una plaga de cucarachas. Los pasteleros emplearon como desinfectante un preparado que contenía azufre. Partículas de éste fueron a parar a la emulsión donde se lavaban las almendras antes de entrar en el horno. Esto no causaba ningún efecto mientras la temperatura del horno era baja. Pero cuando se subía la temperatura para la caramelización del azúcar, el cianuro de las almendras se unía con el azufre, produciendo la rhodanida. Sin embargo, la rhodanida, introducida sola en el organismo, no constituye un catalizador efectivo para la formación de la sustancia X. En la solución de las sustancias unidas tiene que haber iones de azufre libres. Estos iones, en forma de sulfuros y tiosulfatos, procedían de los baños medicinales. Por consiguiente, tenía que morir aquel que usaba el ungüento hormonal, tomaba «Ritalin», se trataba con baños sulfurosos y era aficionado a las almendras, que al modo napolitano se recubrían con azúcar quemado. Las rhodanidas catalizaban la reacción en cantidades tan minúsculas que sólo se podían descubrir con ayuda de la cromatografía. Una condición previa para la involuntaria autodestrucción era el gusto por las golosinas. El diabético que no podía comer cosas dulces o no lo deseaba, permanecía con vida. La variante suiza del ungüento se vendía en toda Europa desde hacía dos años, y no se produjeron antes accidentes similares. En América tampoco los hubo porque allí Pfitzer acaparaba el mercado, y su hormona no se descomponía fuera de la nevera con tanta rapidez como la europea. Las mujeres no usaban el ungüento, que había sido pensado para hombres, y por ello no pudo haber víctimas femeninas.

El pobre Proque había caído en la trampa por otros derroteros. No era calvo, no usaba ningún preparado hormonal, no iba a la playa, no tomaba baños sulfurosos, y sin embargo, los iones de azufre llegaron a su sangre porque los respiraba en la cámara oscura con el vapor del revelador de sulfuro. Tomaba «Ritalin» para combatir el cansancio, y el compuesto X se lo facilitó el doctor Dunant al romperse las gafas. El docto y paciente químico, que molió finamente

hasta la última partícula de polvo de la tienda de Proque y que sacó extractos del contrachapado del tabique y el polvo de la talladora, no sabía que la misteriosa sustancia que buscaba se hallaba a cuatro metros sobre su cabeza en forma de un paquete de pequeñas almendras garrapiñadas metidas en el cajón de una vieja cómoda.

Las almendras que encontraron sobre la mesa junto con mis notas abrieron los ojos de los químicos de Barth acerca de su importancia: eran el eslabón que faltaba.

Hay cierto pormenor que tal vez no sea esencial, pero sí muy divertido por su carácter anecdótico. Cuando ya me hallaba en Estados Unidos, un químico me dijo que la flor de azufre que el pequeño Pierre esparció sobre mi cama no podía haber jugado ningún papel en el envenenamiento, porque al ser azufre en estado sólido, transformado en polvo por la sublimación, no puede ser soluble. El hombre expresó *ad hoc* la siguiente hipótesis: las trazas de iones sulfurosos en mi sangre procedían de un vino azufrado. Yo lo había bebido en cada comida, como es costumbre en Francia, pero sólo en casa de Barth, ya que no comí en ningún otro sitio, y los químicos de la CNRS, que lo sabían, habían silenciado esta posibilidad para librar a su jefe de la sospecha de que ofrecía a sus invitados un vino barato y de poca calidad.

Más tarde me preguntaron si las almendras habían sido mi eureka. Lo más fácil habría sido afirmarlo o negarlo, pero lo cierto es que no lo sé. Ya antes, cuando destruía todo lo que tenía a mi alcance, cuando metía en la bañera todo aquello que se me antojaba peligroso, me comporté como un demente, aunque en esta demencia había una chispa de instinto de conservación; es posible, por lo tanto, que con las almendras ocurriera lo mismo. Quise añadirlas a las notas, esto sí que lo sé, y mi gesto se debió únicamente a una rutina de muchos años. Me habían entrenado para registrar hechos incluso en condiciones de máxima tensión, y exigido informes que no estuvieran influenciados por mi apreciación de si un determinado hecho era o no esencial. También pudo tratarse de una intuición certera, que me hizo conectar la tormenta de la mañana, mi acceso de estornudos, la tableta que se me quedó atragantada, las almendras con que la tragué y el recuerdo de Proque visitando por última vez la pastelería de la esquina de la rue Amélie. Semejante proeza me parece demasiado bonita para ser cierta. Es verdad que asocié las almendras con el caso de Nápoles, porque el pastelero exhibía en el escaparate un Vesubio adornado de almendras. Aunque el Vesubio no tenía nada que ver con el asunto, resultó ser un eslabón mágico, ya que me había aproximado al meollo de la historia.

Sin embargo, un estudio atento de mi informe revela que muchas veces durante las investigaciones se produjeron acercamientos similares, sin que se obtuviera ningún resultado. Barth fue el que más se acercó al quid de la cuestión, pese a que se equivocara al atribuir a los casos una motivación política; dio en el clavo al dudar de la elección del «grupo de los once» y acertó plenamente al deducir que sólo habían sido afectados hombres extranjeros y solos, porque así estaban doblemente aislados del ambiente italiano: primero por su desconocimiento del idioma y segundo porque no tenían allí parientes ni conocidos. El primer síntoma de la intoxicación había sido un cambio en la conducta, y esto sólo habría podido observarlo a tiempo alguien que estuviera en estrecho contacto con la víctima. Más tarde se descubrieron varios casos abortivos de hombres italianos o extranjeros que mostraron síntomas de envenenamiento, pero que habían ido a Nápoles con sus esposas. El proceso fue generalmente el mismo. La esposa, intranquilizada por la extraña conducta de su marido, le observaba con atención, y cuando se presentaban las

alucinaciones, le convencía con todos los medios a su alcance para que se marcharan. El reflejo de volver al hogar era la reacción natural ante un peligro incomprensible. Los italianos, por su parte, se ponían ya en la fase inicial del envenenamiento bajo control psiquiátrico, casi siempre a instancias de la familia, y como es natural, esto significaba un cambio total de su modo de vida: el sujeto ya no conducía su coche, dejaba de tomar tabletas de «Plimasin», interrumpía los baños medicinales, y los síntomas no tardaban en desaparecer. Estos casos abortivos pasaron desapercibidos durante las pesquisas debido a un detalle banal. Una de la personas allegadas a la víctima se presentaba siempre a anular el abono, y los libros de los balnearios registraban los saldos financieros, no el hecho de interrumpir el tratamiento, por lo que en ellos no se encontró ni rastro de las víctimas que lograron salvarse.

Había además otros factores que dificultaron la investigación. Nadie va por ahí proclamando que emplea un ungüento contra la calvicie. El que no se preocupaba de su calva, llevaba peluquín o se sometía a una operación, se salvaba del peligro, ¿y a quién podía ocurrírsele semejante detalle? Quien no tomaba el preparado de hormonas y disfrutaba de buena salud no tenía nada de qué informar, y quien lo tomaba, perdía la vida. El producto suizo no se encontró entre los objetos de las víctimas porque el ungüento debía guardarse en la nevera, lo cual no es un inconveniente en casa, pero sí en un hotel, por lo que los hombres en cuestión no llevaban consigo el preparado y acudían a un peluquero local. El ungüento se aplicaba cada diez días, de modo que cada una de las víctimas se sometió en Nápoles una sola vez a este tratamiento, pero a nadie se le ocurrió durante la investigación la idea de preguntar en las peluquerías con qué producto daban masaje al cuero cabelludo de muchos de sus clientes.

Por último, las víctimas eran de complexión física similar y tenían ciertas cualidades psíquicas comunes. Eran hombres maduros que aún esperaban mucho de la vida y luchaban contra una incipiente vejez, ocultando este hecho. El que ya tenía una edad avanzada, era totalmente calvo, pasaba de los sesenta y había renunciado a todo intento de parecer más joven, ya no buscaba ningún remedio milagroso, y el que tenía una calvicie prematura y rondaba los treinta años, no padecía un reumatismo avanzado que exigiera una cura de baños. Así pues, estaban exclusivamente en peligro los hombres que habían pisado el umbral de la decadencia. Cuanto más de cerca se consideraban ahora los hechos aislados, más evidente resultaba su concatenación. Los envenenamientos habían coincidido siempre con la flor de las gramíneas, pues los conductores sólo tomaban «Plimasin» en esta época del año, y los asmáticos graves no conducían coches y por lo tanto no necesitaban una medicina indicada para los automovilistas.

Barth me visitó en el hospital y fue tan amable conmigo que fui a despedirme de él antes de mi marcha a Estados Unidos.

El pequeño Pierre me espiaba desde la escalera, pero al verme, se escondió. Yo lo comprendí y le aseguré que no me había olvidado del casco. En casa de Barth encontré al doctor Saussure, que no llevaba chaqueta sino una camisa con puños de puntilla. En lugar del transistor, esta vez pendía de su cuello un reloj. Hojeaba los libros de la biblioteca, y Barth me dijo algo muy gracioso: que la tentativa de incorporar al computador a las investigaciones había acabado siendo un éxito, pese a que el computador, no estando programado ni siquiera puesto en funcionamiento, no había hecho nada por sí mismo. Pero si yo no hubiese ido a París con esta intención, no habría vivido en su casa, ni conquistado la simpatía de su abuela, ni el pequeño Pierre habría intentado

salvarme con la flor de azufre de la bisabuela cuando me caí por las escaleras; en suma, la participación del computador en la solución del enigma era indiscutible, aunque de naturaleza puramente abstracta. Sonriendo, yo observé que la coincidencia de sucesos totalmente casuales que me había conducido al centro del enigma se me antojaba aún más asombrosa que el enigma mismo.

—¡Está cayendo en un egocentrismo injustificado! —exclamó de pronto Saussure, volviéndose hacia nosotros desde las estanterías—. Esta serie no es tanto una expresión del presente como un indicio del futuro. Su advertencia, todavía incomprendible...

—¿Y usted la comprende?

—Presiento su significado. La humanidad se ha multiplicado y condensado tanto, que las leyes del átomo empiezan a gobernarla. Cada átomo de gas se mueve caóticamente, pero es precisamente este caos lo que conduce al orden: estabilidad de la presión, temperatura, peso específico, etc. Su éxito involuntario se antoja paradójico: una larga serie de extraordinarias coincidencias. Pero sólo lo parece. Usted dirá: no fue suficiente caerme por las escaleras en casa de Barth y respirar azufre en vez de humo de tabaco; también fueron necesarias mis pesquisas en la rue Amélie, motivadas por la historia de Proque, e hizo falta que estornudara antes de la tormenta y comprara las almendras para el niño, que se interrumpiera el tráfico aéreo en Roma, que el hotel estuviera atestado, que fuera a la peluquería y quizá también que el peluquero fuese gascón, para que la reacción en cadena pudiera producirse.

—Y aún hay más —repliqué—. Si mi parte en la liberación de Francia no se hubiera limitado a un cóccix fracturado, la contusión no se habría renovado en Roma en el incidente de la escalera y en consecuencia yo habría salido indemne también aquí. Si no me hubiera encontrado tan cerca del terrorista en la escalera mecánica, mi fotografía no habría aparecido en París Match, y sin estos laureles yo, en vez de luchar por una habitación en el hotel de Air France, habría vuelto a París para pernoctar allí, y tampoco habría pasado nada. Pero la misma posibilidad de que yo estuviera presente en el atentado era a priori astronómicamente pequeña. Podría haber volado en otro avión, subido en otro peldaño de la escalera... ¡Y qué astronómicamente pequeñas fueron también las posibilidades de lo que ocurrió después! Si no me hubiese enterado del caso de Proque, no me habría apresurado a viajar hasta Roma precisamente el día en que se interrumpieron los vuelos; esto solo ya fue la más pura casualidad.

—¿Que se enterara del caso Proque? No lo creo. El doctor y yo hemos hablado de ello antes de que usted llegara. Le informaron del caso gracias a las intrigas entre la Sûreté y la Defensa, y éstas son a su vez consecuencia de luchas políticas por el poder. A alguien le interesaba comprometer a cierto militar que juega a político y protege al doctor Dunant. Una especie de billar, ¿sabe usted?

—¿Qué debía ser yo, la bola o el taco?

—En nuestra opinión, pretendían que usted desenterrara el caso Proque para perjudicar así indirectamente a Dunant...

—Pero suponiendo que así fuera, ¿qué relación hay entre el objeto de mi viaje a París y las intrigas políticas de Francia?

—Naturalmente, ninguna. Precisamente por eso a usted le parece que tal cantidad de casualidades dirigidas con tanta precisión hacia el centro del enigma contradicen el sentido común. Pues bien, yo le digo: ¡olvidemos este sentido común! De hecho, cada fase de su aventura es bastante verosímil si se contempla aisladamente, pero la trayectoria que resulta de la concatenación de

estas fases raya en el milagro. Así es como usted lo ve, ¿no es verdad?

—Así es.

—Sin embargo, ha ocurrido lo que yo le dije aquí hace tres semanas. Le ruego que se imagine un campo de tiro donde en lugar de un blanco se ha colocado un sello de correos a ochocientos metros del tirador. Se trata de un sello de diez céntimos con la imagen de Marianne. En la frente de ésta hay la mancha de una mosca. Ahora van a probar suerte un par de magníficos tiradores. No aciertan a la mancha con exactitud, por la sencilla razón de que no la ven. Pero dejemos que intervengan cien tiradores medianos y que disparen al blanco durante semanas. No cabe la menor duda de que una de las balas acabará dando en la mancha. No la acertará porque se trata de un tirador fenomenal, sino porque la cantidad de disparos lo garantiza. ¿De acuerdo?

—Sí, pero esto no explica...

—Aún no he terminado. Es verano, y en el campo de tiro hay gran número de moscas. La probabilidad de dar en el blanco es muy pequeña. La probabilidad de que la bala acierte al punto y también a una mosca que por casualidad se le pone delante es todavía menor. La probabilidad de acertar con la misma bala al punto y además a tres moscas es ya astronómicamente pequeña, para expresarme como usted, y pese a ello puedo asegurarle que también se produce tal coincidencia cuando los disparos se prolongan durante el tiempo suficiente.

—Perdone, pero usted habla de un diluvio de disparos, y yo estaba solo...

—No lo crea. En un momento determinado, la bala que acierta a tres moscas y al punto también está sola. El tirador que lo consigue se maravillará igual que usted. El hecho de que haya dado en el blanco no es milagroso ni extraño, por la sencilla razón de que uno tenía que acertar. ¿Lo comprende? Aquí no se trata de sentido común. Ha ocurrido lo que ya le predije. El enigma de Nápoles ha sido originado por un mecanismo de casualidades, y este mecanismo lo ha resuelto. En ambos sectores del problema ha actuado la ley de la cantidad numérica. Naturalmente, si usted hubiera dejado de cumplir una sola condición, no se habría envenenado, pero tarde o temprano otro habría cumplido estas condiciones. Al cabo de un año, de tres años, de cinco años. Y habría ocurrido porque actualmente vivimos en un mundo regido por la casualidad. En un gas molecular humano que es caótico y que con sus «improbabilidades» sólo asombra a los átomos aislados: los individuos. En un mundo en que hoy ya se antoja banal lo que ayer aún era extraordinario, y lo que hoy es extremo, mañana será la norma.

—Sí, pero yo...

No me dejó hablar. Barth, que le conocía, guiñó un ojo, como si intentase reprimir la risa.

—Perdone, pero aquí no se trata de usted.

—Pues si no hubiera sido yo, ¿quién, entonces? ¿Un detective?

—Eso no lo sé ni me interesa en absoluto. Cualquiera. Tengo entendido que piensa escribir un libro sobre el caso. ¿Es cierto?

—¿Se lo ha dicho Barth? Sí, es cierto; tengo incluso un editor... Pero ¿por qué lo ha mencionado?

—Porque pertenece al caso. En el campo de tiro, una bala tiene que dar en el blanco, y en este caso, un hombre tenía que llegar al fondo de la cuestión. Y siendo así, la aparición de ese libro era también un hecho matemático,

independientemente del autor y el editor.

Noviembre, 1975